

E L L U G A R

D O N D E

E L T I E M P O

S E E Q U I V O C A

L a u r a C á r d e n a s

nieblα



El lugar donde el tiempo se equivoca

*Laura Cárdenas*

# El lugar donde el tiempo se equivoca

niebla

Huelva, 2019

©Laura Cárdenas, 2019  
© de esta edición Rafa Pérez. Editorial Niebla, 2019  
Fotografía de portada: Patricia del Sol  
Primera edición en Niebla: Abril de 2019  
I.S.B.N: 978-84-949902-0-5  
Depósito Legal: H 102-2019  
BIC: F-FA

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

[www.nieblaeditorial.com](http://www.nieblaeditorial.com)

Hecho e impreso en España - Made and printed in Spain

*A los que ya no están.*

*A mi madre*

## PRÓLOGO

### *EL LUGAR DONDE EL TIEMPO SE EQUIVOCA*

*por Vera Torres.*

Todo surge como la belleza del óxido. Esa que nace del tiempo, de la degradación y del abandono.

Es curioso cómo algo repudiado, olvidado y maltratado puede convertirse en bello.

Así nace este entorno y así nace también mi viaje. Con degradación y abandono. Con dejadez y tristeza.

Según los mejores fotógrafos, el óxido esconde una belleza inusual y agradecida que necesita del tiempo para ser conseguida.

Permítanme que discrepe.

¿Qué sucede cuando hay que extrapolar la belleza del óxido más allá de un objetivo sin querer ocultar el dolor que la ha llevado a conseguirla?

Llegué a este rincón del mundo a escasos cincuenta kilómetros del inmenso atlántico azul con la batalla perdida, dolor y rabia escondida.

Nunca antes había hablado en una crónica de la vida en primera persona. Vida, de repente, vacía y hecha pedazos tan pequeños que ni mi persona favorita pudo recogerlos.

Vida. En singular.

Llegué a este rincón del mundo a escasos cincuenta kilómetros del inmenso atlántico azul pensando que no me aportaría absolutamente nada.

Craso error.

La amabilidad de un pueblo que parece oculto en el interior de sus propios hogares fue lo primero que llamó mi atención.

Sillas solitarias en las puertas de las casas bajas esperando a ser usadas a la caída del sol. Vecinos que salen a tomar el fresco de la tarde en sus parcelas de acera.

Niños comiendo pipas en la plaza del pueblo mientras otros juegan al fútbol, tan presente como su origen. Bares repletos donde la risa y la conversación se unen al buen comer.

La Parroquia de Santa Bárbara al fondo, con su recién estrenado siglo de

vida. Sin duda, una de las grandes damnificadas de la historia por culpa de la voladura en 1888 de la anterior iglesia, esa que fue testigo de «el año de los tiros» y de los acontecimientos del 4 de febrero, los que tras la primera protesta ecologista de la historia de España dejó las calles de Riotinto y alrededores sembradas de muertos sin nombres.

Mi casa por dos semanas, victoriana e impregnada de recuerdos entre sus muros rehabilitados. Muros que saben más de mí que mi hogar de Madrid.

Riotinto parece vivir dormido, como su voz en la historia. Esa que no nos enseñan en la escuela y que tanto bien nos habría hecho.

Pero esta crónica va de recomendaciones y no del dolor histórico adquirido por años, aunque ese dolor forme parte de los cimientos de este pueblo y se vislumbre en los ojos de los que bien conocen su historia.

Vivo entre sus calles el prelude del verano. Viandante arropada por cielos cerúleos de difícil comparación.

Todo lo que me rodea es como una película de Berlanga.

Pero no me malinterpreten, por favor. Es algo mágico y único saber mezclar el llanto con la risa. Y créanme, de humor y dolor, aquí, saben un rato.

No les puedo explicar muy bien cómo fui convencida para acabar haciendo senderismo extremo con unos chicos que acababa de conocer, pero recordé que una vez leí que «la vida no abandona a los valientes».

¿Saben? Últimamente me hago más preguntas de las que mi cabeza puede contestar y a la única conclusión lógica a la que llego sentada en este sofá de estilo inglés desde donde les escribo en mi quinto día de viaje es que, con los años, la valentía se disfraza de temor.

Así que me decidí.

Me quité la coraza, me desnudé ante tres desconocidos y expuse lo mejor de mí. ¡Por supuesto que también acepté ese plan de turismo alternativo! Si algo he aprendido a lo largo de los años y de los lugares recorridos es que, por mucho que la valentía se vista con los trajes del temor, yo nunca he sido de disfraces.

Salimos desde el pueblo de Berrocal y acabamos comiendo a orillas del río Tinto. Llegar a él fue tan gratificante como complicado y tan complicado como doloroso.

Caídas, risas y amigos.

Sí, leen bien, amigos. Nuevos amigos.



Porque como ya les decía, la bondad es una seña de identidad de esta tierra y de esa bondad, nacen mis nuevos amigos.

En el río se respira pureza y metal.

Los colores ocres tiñen la orilla y la llenan de piedras redondeadas por el propio curso del agua. Todo bien flanqueado por arboledas de verde infinito y cielo azul intenso.

El rojo sangrante del río no podría hacer más honor a la historia minera. Sorprendente y de incuestionable belleza.

Es curioso cómo buscamos nuestra propia desconexión al llegar allí...

En silencio, cada uno por su lado, sin preguntas ni respuestas. Viviendo la vida en blanco rodeados de tantísimo color.

Tengo que confesarles algo con absoluta sinceridad, y es que fue allí donde me reencontré con mi paz interior. Esa que al llegar a este rincón de la manida España profunda (¡no saben lo que se pierden los que piensan así!) creía perdida y que por primera vez incluyo en una crónica tan distinta como ahora también lo soy yo.

Pero, por favor, no deben evitar el turismo convencional, ese que es necesario para tener perspectiva histórica y que se puede completar en un día si es que pasan por esta zona sin mucho tiempo.

El Museo Minero Ernest Lluch, la Peña del Hierro, el ferrocarril, la Casa 21... todo al alcance del turista aderezado con un entorno gastronómico de primera para hacer todavía más placentera la visita.

Pero si tienen tiempo, por favor, indaguen, hablen con la gente del pueblo, disfruten y vivan.

Conocer la Corta Atalaya con alguien que la siente es impagable y eso que ya la visité desde la perspectiva del turista en la ruta organizada por el Museo Minero.

Créanme, nada que ver.

Respirarla, verla en su plenitud con el viento azotando mi pelo, creer escuchar martillos estrellándose contra el metal, gritos de hombres en la ardua tarea diaria y sentir el duro trabajo de la mina.

Me teletransporté al pasado y lo hice con quien menos lo esperaba y cuando menos lo esperaba.

El Cementerio Anglicano, único en Andalucía. Un remanso de paz de enorme impacto.

Actualmente rehabilitado, dicen los de por aquí que ha perdido el encanto de antaño cuando estaba tan dañado como su historia.

En unos días llevaré flores a la tumba de William Martin en el Cementerio de la Soledad de Huelva, pero esto ya lo contaré más adelante.

Recuerdo que me encontré una sentencia sobre Huelva nada más bajarme del AVE en Santa Justa.

En una enorme fotografía del océano en todo su esplendor se podía leer: «HUELVA, LA LUZ»

No se pueden imaginar lo de acuerdo que estoy.

«HUELVA, LA LUZ»

Todo tiene luz. Desde las miradas de las personas que con entusiasmo te cuentan sus historias hasta la que le da viveza y sentido al horizonte más lejano.

Cuando no sabía de dónde iba a sacar el tiempo para visitar al hombre que nunca existió y de la forma más inesperada viajé a la capital.

El Cementerio de la Soledad está apartado de la ciudad, tiene su acceso por una carretera secundaria y escoltado por un largo camino de cipreses nos regala hasta donde nos alcanza la vista un precioso campo de girasoles.

En la tumba de mármol blanco desgastada por los años no había flores frescas más que las que nosotros llevamos, pero sí que había pequeñas plantas y pegatinas de estudiosos de la memoria histórica procedentes de países latinos, algunas pequeñas cruces de madera y bendiciones en varios idiomas.

Por cierto, algo a tener en cuenta. ¡Qué bien se come en Huelva!

Lo hicimos con vistas al muelle cargadero de la Riotinto Company, conocido como Muelle del Tinto y fiel escudero del Nuevo Colombino, apuestan los de la zona que pertenece a la escuela Eiffel, aunque yo tenga mis serias dudas al respecto.

¡Ay, Huelva! La marinera, la descubridora, la de luz y de sal, la que está llena de magia y por la que días después pasearía sola.

Tharsis no entraba en mis planes iniciales de viaje, pero si hablamos de minas y de legado es ahí donde parte de la historia sigue latente.

La casualidad me llevó hasta el corazón de quien la vivió desde dentro, quien además con respeto y agradecimiento te ilustra como esos grandes maestros de la educación primaria.

Porque primero está la pasión y luego está el conocimiento.

En la Sierra Bullones y sus cortas sigue vivo el futuro de la mina, entorno que además alberga la ilusión anual de niños y mayores pues según el Papa Benedicto XVI fue ese el lugar desde donde Sus Majestades los Reyes Magos de Oriente emprendieron su camino hacia Belén.

Historias religiosas aparte, mi mayor fe la deposité en el pequeño cementerio inglés que encuentras si dejas atrás el jardín de la Señorita Gray. Alguien tan importante para Tharsis como la riqueza que se extraía de la mina.

Educada y servil se hizo un hueco entre los plebeyos del pueblo, quienes aún la recuerdan paseando por su literario jardín o recibiendo visitas en La Casa de Huéspedes.

Visualmente tan impactante como Riotinto parece vivir en el letargo de una ciudad que desgraciadamente apenas conoce su historia.

¡Y aquí me tienen!

Mil quinientas cuarenta y cuatro palabras después sin querer cerrar esta historia.

Porque cuando te encuentras después de tanto tiempo perdida, cuando recompones los añicos de tu existencia y llenas la vida de vida, lo único que te apetece de verdad es asomarte a un lugar como la Corta Atalaya, ese donde el tiempo se equivoca para bien, abrir los brazos de par en par y, por fin, respirar.

## Capítulo 1

### Helado de chocolate con trocitos de chocolate

—Bueno, dime ¿vamos a hablar?

Estaba sentada en el salón de su apartamento. Serena, con la mirada puesta en el infinito, inexpresiva...

—Vera, ¿me vas a decir algo?

Respondió con un susurro:—No tengo nada que hablar contigo.

—¿En serio? ¿Ya está? ¿Se acabó? Todo se va al carajo y sin hablar.

Se giró para mirarlo a los ojos.

—Pero... ¿Tú te estás escuchando?

—Quiero solucionar esto y quiero hacerlo como adultos.

—Me has engañado, Pedro. ¿No crees que está todo dicho?

—¿Y si te digo que te quiero?

Alzó la voz: —¿Me quieres volver loca? ¡Llevas dos años con otra!  
Pedro ocultó la cara tras las manos por unos segundos.

—¡Lo podemos arreglar, Vera! Créeme, lo podemos superar.

—¡No me puedo creer lo que estoy escuchando! No hay absolutamente nada que superar —suspiró—. Mira Pedro, he llamado a la editorial y he pedido el primer destino que haya para las dos próximas semanas. Cuando vuelva espero que no haya nada tuyo aquí. El alquiler está a mi nombre, así que no me voy a ir yo. Me da igual lo que te lleves... ¡Como si quieres llevártelo todo! Me da igual eso.

—Estás muy nerviosa. ¿No crees que será mejor que hablemos de esto mañana con más calma? No creo que en caliente...

No lo dejó continuar.

—Estoy muy tranquila, Pedro. Decepcionada, dolida, asqueada, muy cabreada e incluso puteada, pero nerviosa... precisamente nerviosa no estoy y ahora, por favor, ¿te vas de mi casa?

Se acercó a ella.

—Vera, por favor... Volvió a alzar la voz.

—¿Te vas de mi casa, por favor?

...

Tener dos relaciones simultaneas durante dos años y conseguir que no se enterase de nada tenía muchísimo mérito. Lo cierto es que a Vera su trabajo la tiene largas temporadas fuera de casa.

Aun así, lo había hecho realmente bien. Ella incluso habría puesto la mano en el fuego por él sin dudarlo un instante si alguien le hubiera cuestionado algo al respecto.

*¿Se habrán quedado aquí? ¿Lo habrán hecho aquí?*

Se levantó del sofá como un resorte, quitó las sábanas de la cama y las metió en una bolsa que dejó al lado del cubo de la basura. Pensó que quizás debía tirar todos los juegos de sábanas que tenía en casa, pero ¿quién sabe cuántas veces han podido estar juntos allí o si en realidad habían estado?

Cogió el móvil y buscó en favoritos.

—¡Hola, Enana! ¿Estás haciendo algo?

—Nada importante, ¿por?

—Vente a casa que te quedas hoy aquí. Invéntate algo con mamá para que no sospeche que pasa algo.

—¿Qué te pasa?

—He roto con Pedro.

—¿Perdona?

—Claudia, no te voy a contar nada por teléfono y mucho menos si tienes a mamá cerca. Invéntate algo y vente.

—Madre mía, Vera. ¿Estás bien?

—Estoy terriblemente... cabreada. No puedo ni llorar. ¿Vienes?

—Sí, sí, claro que sí. Dame media hora y lo que tarde el metro.

Vera esperó la llegada de Claudia sin saber bien qué hacer.

Encendió la televisión y puso el canal de viajes con el sonido casi inaudible.

El exceso de actividad cerebral lograba que la cabeza le pesara toneladas, que las mejillas le ardieran y que la vida en pareja se desvaneciera.

Casi siete años con Pedro, de los cuales, cuatro parecían haber sido en soledad... o eso quería creer, y casi tres viviendo juntos.

Casi siete años, una boda, una felicidad fingida y la enorme vergüenza que dejan tras de sí los cuernos.

Muy a pesar de lo que digan, los cuernos no pesan. Pesa la vida en soledad, pesa la ignorancia y, sobre todo, pesa la culpa de no saber cuándo fue que todo se acabó y la vergüenza de haberse convertido en una mártir redomada que a partir de ese momento iba a tener que escuchar en más de una ocasión eso de «pobrecita, no te lo merecías».

Claudia llegó a la hora con una bolsa de mano y abrazos de los que aprietan. Esos que son de verdad y que hacen llorar.

—No llores, anda. —Soltó la bolsa sin cuidado en la entrada y se fueron al salón.

—¿Quieres algo de beber?

—Ahora lo cojo yo, no te preocupes. Me tienes de los nervios.

»¿Qué ha pasado?

—¿Qué le has dicho a mamá? —preguntó Vera mientras volvía al sofá. Claudia se sentó a su lado.

—Le he dicho que me iba a casa de Loreto a estudiar las opos y que por la mañana desayunaría contigo.

Sonrió a su hermana con dulzura.

—Eres la mejor.

—Bueno, cuéntame, ¿qué ha pasado?

—Que lleva dos años con otra, Clau. Eso ha pasado.

—¿Cómo? ¡Qué hijo de puta! —Claudia se llevó las manos a la cabeza —. ¿Cómo te has enterado?

—De la manera más ridícula que te puedas imaginar.

»Esta mañana nos equivocamos de teléfono. Él se llevó el mío y yo me llevé el suyo.

»Tú sabes que yo siempre lo llevo en silencio, así que si me llegó algún Whatsapp o algo no se enteró. Pero yo sí me enteré del suyo.

»Una chica escribió preguntando si había encontrado excusa, si se iban a ver y que ella estaba libre a partir de las dos. Como no tengo ni su huella ni la clave del teléfono no pude ver más que lo que salía en los mensajes flotantes. Que, ¡ya ves tú!, con lo bien que lo ha hecho hasta ahora, ya los podía tener ocultos.

»Como no recibía respuesta y como no lo vería conectado, pues lo llamó.

—¿Y lo cogiste?

—Por supuesto.

—¡Qué valor tienes!

—¿Qué tenía que perder? Ya lo había perdido todo. Así que me hice pasar por María, su compañera de departamento y le dije que se había olvidado el teléfono.

—Y a él, ¿cuándo lo has visto?

—Pues media hora después me armé de valor y me presenté en la oficina. Le he dado su teléfono y con una preciosa sonrisa en mi cara le he preguntado quién cojones era Beatriz.

—¿La habéis montado en la oficina?

—Un poco, la verdad.

—¡Qué vergüenza!

—No lo sabes tú bien.

Vino después de trabajar y hemos estado más de una hora sin hablar y sin mirarnos. Se ha ido hace un rato. Bueno, siendo sincera, lo he echado. Ha cogido algo de ropa y no sé adónde se habrá ido.

Mañana cuando sepa destino y fecha, le diré que venga a recoger lo que quiera.

Se quedaron unos segundos en silencio. Una al lado de la otra en el sofá.

—También está el tema mamá... que a ver cómo me enfrento a eso.

—No seas tonta, ¿Qué va a pasar?

—Estuvo dos meses sin apenas hablarme cuando le dije que íbamos a hacer un paripé de boda.

—Se va a alegrar, ya te lo digo yo. No llevaba ella muy bien lo de una boda sin boda y de blanco.

—Dos meses de moños y poniéndome la cabeza como un bombo, acuérdate que no quería ni ir. Pero, en ese aspecto, la que se alegra soy yo, ¿eh? Lo que menos me apetece ahora es ponerme a arreglar papeles de divorcio y pagar abogados.

—¿Qué te ha dicho antes de irse? Porque algo habréis hablado, ¿no?

Vera jugaba con la alianza dorada de su dedo anular, se la quitó sin cuidado y la dejó sobre la mesa.

—Que me quiere y que lo podemos arreglar.

—¡Claro! Espera que bajo al chino a comprar pegamento y cinta adhesiva.

—No quiero ser una mártir, Claudia, pero Pedro me ha destrozado. Emocionalmente estoy en los huesos.

»Nunca he querido una relación basada en la obligación o la costumbre y por lo que se ve no solo la he vivido sino que además lo he hecho estando totalmente ciega.

—No sé qué decir, la verdad. Lo único cierto es que es él quien pierde.

—Creo que perdemos los dos.

—Créeme, pierde él. Te ha perdido a ti. Lo mejor que le ha podido pasar en su miserable vida.

—Desgraciadamente eso ahora no me consuela, además, eres mi hermana, ¿qué vas a decir tú?

—¿Qué tiene que ver que sea tu hermana? Tú no has hecho nada malo, ¿verdad? No he escuchado nunca a nadie decir: «¡Qué buena es! ¡Cómo se merecía los cuernos!». Así que deja de decir tonterías que parece que los justificas.

—No, pero lo mismo si tenía que haber cuidado más lo que tenía.

—Mira, Vera, te queda mucho proceso por delante. Así que date tiempo a



ti misma y deja de darle vueltas al tema.

»¿Has comido? Deberías comer algo. Seguro que no lo has hecho en todo el día.

—Ni he comido, ni tengo hambre. ¿Qué procesos me quedan?

—Pues de momento asimilar todo lo que te ha pasado, que no es poco y quitarte esa coraza de victimismo y odio que llevas puesta.

—¿Victimismo?

—Vamos a ver, Vera. Te ha puesto los cuernos, te enteras, te cabreas, le plantas cara, lo echas de su casa, porque sí, también es o era su casa, derramas cuatro lágrimas cuando me ves de puro cabreo.

»¿Crees sinceramente que estás asimilando esto o te estás escudando en un odio que no te va a llevar a ningún sitio?

—¿Hola? ¿Te acabas de poner de su lado? Lo último que me faltaba ya...

—¡No! Todo lo contrario. Dices que no quieres ser una mártir y lo estás siendo. Pues es mi deber decirte que te queda camino por andar. Yo sí que no quiero que sufras, pero si eso es lo que te quería Pedro, por mí, le pueden ir dando muchísimo.

—Creo que tengo suficientes sentencias sinceras por el momento. Me voy a dar un baño porque siento que estoy llena de mierda —Se levantó del sofá, buscó su bolso y sacó la cartera. Estaba más triste que seria. Sobre la mesa dejó un billete de cincuenta euros—. Pide algo de cena preferiblemente grasienta y cargada de colesterol. Estoy dispuesta a cumplir esta noche todos los estereotipos de persona despechada. Si tienen helado de chocolate con trocitos de chocolate, pide.

—Vera, no quiero...

Vera le realizó un gesto de silencio.

—Todo bien, Enana. Pero me ausento un rato. Voy a coger una bomba de sales y me voy a meter en la bañera bien acompañada, con el silencio, conmigo, mi drama, mis cuernos, mi pena, mi victimismo y mi mejor odio. Ni te imaginas la fiesta que tienen montada en mi cabeza.

—¡Joder, Vera!

—Shhh. Todo bien.

—Sí... Todo genial.

—Pide la cena, anda. Lo del helado iba en serio.

Vera llenó la bañera tomándose su tiempo. Colocando las sales de baño,

cogiendo toallas limpias... En realidad, engañaba al dolor actuando con naturalidad en cada cosa que hacía. Encendió el reproductor de música en el que empezó a sonar la melosa voz de Adele con *Rolling in the deep*.

«Bien...», pensó con los primeros acordes, «canciones para superar una ruptura. Seguro que esta lista ya existe en Spotify». Pero nada más acabar comenzó a sonar Antonio Vega y en *El sitio de mi recreo, se deshizo*.

Le pesaban las extremidades, el día y la vida.

Abrió el cajón de la ropa interior con la intención de coger una muda limpia, clavando la vista en el cajón de al lado. El cajón de la de Pedro.

Ahí, ocultas del mundo, estaban las prendas que días antes se arrancaban entre abrazos, besos, juegos, ignorancia y vueltas de viaje.

Sola, en su habitación, con el dolor sonando de fondo en forma de canción, con el miedo aferrado a la piel, con su parte empática sentada en el sofá y con la certeza fehaciente de que le tocaba enfrentarse sola a ese desengaño.

Hizo un gurrúño con sus bragas apretándolas con rabia entre ambas manos y por primera vez lloró, con ira y dolor contenido.

También en ese momento de desasosiego recordó a un señor mayor que en un viaje a la campiña inglesa y con un perfecto acento español, sentado a su lado en una parada de tren, le dijo al verla llorar tras una bronca telefónica con Pedro: «La mayoría de los problemas tan solo son circunstancias, pequeña. No lo olvides nunca».

Entre lágrimas sonrió a su recuerdo. Se desnudó, se sumió en el agua y tras de sí dejó gran parte de su, de repente, sucia vida dentro de la bañera.

Volvió al salón con el pelo hecho un roete en la toalla. Iba dejando a su paso el olor a baño recién recibido y a su vez la fue invadiendo el hambre tras la ausencia de alimento en todo el día.

Claudia la miró y le dijo:

—¡Justo a tiempo! Acaban de llegar las pizzas. Por cierto, bien de llorar, ¿eh? Ojitos hinchados.

—¡Cállate! Eso ya pasó. ¿Quieres vino?

—¿En serio?

—Voy a cumplir todos los pasos, ya te lo he dicho. ¿Quieres o no?

—Dale. Somos un equipo. Mañana estudio con resaca, como en la carrera.

—Tú eres joven. Aún no sabes lo que es una resaca de verdad.

—Sí, pero hoy creo que oposito también a eso.

—Tú no sé. Yo pienso graduarme con honores.

...

El día amaneció gris, con siete llamadas perdidas de Pedro y una tremenda resaca.

Se desperezó en la cama tirando la colcha al suelo con los pies. Se levantó, entró en el baño y asintió al ver en el espejo el reflejo de su cara llena de marcas rojas de lágrimas y sábanas con el pelo alborotado. También porque llevaba puesta una camisa de Pedro.

Cogió el teléfono para ver si había cometido alguna locura escribiéndole o llamándole y que sus siete llamadas tuvieran sentido.

Por suerte no fue así.

Se lavó la cara, se adecentó el pelo, se vistió y salió al salón.

Claudia estaba en la mesa con un montón de apuntes y libros a su alrededor.

—Por Dios, ¡qué productiva!

—Buenos días, quiero sacarme una plaza fija, es lo que me toca.

»¿Tienes resaca?

—En realidad creo que me estoy muriendo. Claudia sonrió.

—¡Qué exagerada eres!

—Me he despertado con una camisa de Pedro puesta y siete llamadas perdidas tuyas en el teléfono.

—¿Qué dices?

—¿Me pasé mucho anoche?

—No. La verdad es que estuviste muy divertida. Has tirado tu alianza al váter.

—No recuerdo eso. En realidad, no recuerdo nada. Pero bueno, bien tirada está. ¿Quieres café?

—Está hecho. Te estaba esperando para desayunar.

—Te quiero.

Claudia le devolvió una sonrisa sincera.

—¿Cómo estás?

—Bien. Creo que un rato lo llamaré e imagino que le diré de vernos en algún sitio neutral. Tengo que ir a la editorial un rato también.

»¿Por qué no te quedas? Estudias aquí y así cuando vuelva te tengo cerca.

—¿Y qué le digo a mamá?

—Nada. Voy a ir a casa ahora y le contaré también a ella lo que ha pasado.

—Te has levantado *sincericida*.

—No. Me he levantado con la idea de normalizar la situación y empezar a asumirla.

—Bien. Vuelves a ser tú. Ayer cuando llegué no te reconocía.

—¡Joder, Clau! —Una lágrima se deslizó por su mejilla la cual se secó con el reverso de la mano—. Lo quiero. Lo quiero mucho.

—¿Y lo vas a perdonar?

—¿Qué dices? ¡No! Solo que tengo que empezar a organizar mi vida sola.

—Ya vivías tu vida sola.

Vera se apoyó en la mesa a su lado.

—¿Sabes? Cuando tienes a alguien ahí, no hace falta que esté para todo. Sabes que está y con eso, ya es suficiente.

—¿Y él? ¿Ha estado para ti?

—En eso estoy. En comprender y asimilar que he sido una gilipollas que ha ido viajando de la mano invisible de nadie. Voy a hacer el desayuno, niñata con argumentos.

—Yo también te quiero.

—Lo sé.

—Y para que te enteres..., en tu viaje, era mi mano la invisible que tenías cogida. Por si te quedan dudas, nunca viajas sola.

...

Se adentró en la mañana perfectamente maquillada para ocultar los resquicios de locura y trasnoche con exceso de alcohol y actividad mental a borbotones.

El pelo recogido en una cola alta. Tras mirar en repetidas ocasiones el interior de su armario acabó decidiéndose por una camisa y pantalón de vestir en color negro. No tenía el día para llevar colores vivos a pesar del buen tiempo, zapato de tacón y bolso Satchel.

Visitó a su madre, con quien mantenía una extraña relación desde el fallecimiento de su padre. Al principio, tanto Claudia como ella intentaron hacerle comprender que la vida continúa más allá de la muerte de un ser querido, pero con el tiempo llegaron a la conclusión de que hay personas que hacen del dolor su forma de vida.

Le contó todo lo que había sucedido y la decisión que había tomado.

Su madre nunca comprendió sus ausencias laborales, al igual que nunca vio con buenos ojos una relación basada en la confianza plena vista desde la distancia. El resultado fue el que ella esperaba desde hacía mucho tiempo y, a pesar del intento de Vera de hacerle comprender que por muy extraño que le pareciese, la mayoría de las veces, ese tipo de relaciones solían funcionar.

Una conversación de cuarenta y cinco minutos donde «¡Si es que lo sabía!» fue la frase más recurrente.

La comprensión llegó cuando en un momento de la conversación Vera le

dijo que estaba convencida de que ella quería verla feliz y que posiblemente, de haber seguido con Pedro, nunca lo hubiera sido.

Sin duda, un intento controlado de manipulación para que el drama no fuera tan intenso, enmascarado de mentira piadosa, pues Vera no había sido infeliz hasta que Beatriz apareció en el teléfono.

Con un incipiente dolor de cabeza provocado a medias por la resaca y la tensa conversación mantenida con su madre llegó a la editorial.

En su mesa la esperaban: una invitación para una presentación literaria en el Círculo de Bellas Artes, correcciones acumuladas, su compañera Dalía, encargada de organizar la mayoría de sus viajes, y un ramo de peonías que Pedro le había enviado junto con un mayúsculo «LO SIENTO» escrito de su puño y letra en un rectángulo de cartón blanco.

—¡Hola Veri! Te tengo un sitio espectacular reservado. Te va a encantar. Me dijiste que te ibas en coche, ¿verdad? Por cierto, tremendo ramo. Muy gorda la ha tenido que hacer para que te mande esta preciosidad.

Vera cerró los ojos y se apretó la sien con su mano izquierda.

Odiaba que la llamaran Veri, pero no le importaba que Dalía lo hiciera.

Dulce, delicada y muy entregada a su trabajo. Le sonrió.

Cogió una de las tarjetas de visita que con su nombre tenía sobre la mesa y en el reverso escribió «Gracias por tanto». Rompió la tarjetita de Pedro y colocó la suya en el ramo.

Miró a Dalía y le dijo:

—¡Toma, para ti!

—Pero chica, ¿te has vuelto loca? Te las ha mandado tu chico.

—Y yo te las regalo a ti. Te las mereces..., ojalá hubiera salido de mí hacerlo hace tiempo.

—¡Ay! Muchas gracias.

—No tienes que darlas. ¿Me cuentas luego todo lo del viaje?

—¡Claro! Te dejo trabajar.

Dalía se marchó feliz con su ramo de flores mientras Vera maldecía a Pedro en silencio. Lo maldecía por lo que había hecho, por haberle enviado flores como si con eso se solucionara todo, por lo complicada que estaba siendo la mañana por su culpa, por no querer quererlo, aunque lo siguiera haciendo.

En silencio, lo maldijo mucho.

Acompañada por un montón de nervios supo enfrentarse a él.

Lo hizo en un pub irlandés bastante ruidoso que en los comienzos de su relación solían frecuentar.

Cuando ella llegó, él ya estaba esperándola.

Al verlo desde la puerta, sentado en un taburete alto de madera, tan impávido y con el rostro serio, se le hizo un nudo en la boca del estómago. Respiró con fuerza para aplacar los nervios y entró.

Se acercó a él, se sentó en el taburete que estaba a su lado y lo saludó distante. Él le dio un beso en la mejilla.

—Estás preciosa.

—No vayas por ahí, Pedro.

—Te llamé anoche varias veces.

—No estaba para contestarte, la verdad.

—Lo siento. De verdad.

Vera negó con la cabeza.

—No vengo a arreglar nada, Pedro.

»Quiero acabar con esto y voy a intentar hacerlo de esa forma cordial que pedías. Nada más.

—¿Te han llegado mis flores?

—Sí. A Dalía le han gustado mucho.

—Vera, déjame que vaya a casa. Déjame intentarlo. Déjame demostrarte que te quiero.

—¿Y a ella? ¿La quieres?

Pedro estuvo unos segundos en silencio. Finalmente, con un hilo de voz supo decir: —Puedo dejar de hacerlo...

Vera miró hacia sus manos. Él aún llevaba su alianza puesta.

—Respuesta incorrecta.

—¿En serio, Vera? Sabes que podemos. Somos nosotros. Tú y yo.

—Para que te quedes tranquilo, no había respuesta correcta. Eres un maldito egoísta. Haces que recaiga todo sobre mí. Todo el peso de esta ruptura como si yo hubiera hecho algo mal. ¿Sabes? Más allá de quererte estando bien ciega, no he hecho absolutamente nada mal. Posiblemente he trabajado mucho, te he dado demasiada libertad.

»¡Joder! Me parezco a mi madre hablando así. Pero hasta ella supo verlo antes que yo —suspiró—. En fin, te he dado demasiada confianza. Te la di toda.

—Vera...

—Me voy el lunes y estaré fuera en torno a dos semanas. Tienes tiempo para sacar todas tus cosas de mi casa.

Pedro señaló su mano.

—Te has quitado la alianza...

—La he tirado por el váter. Cuando acabes de recoger todo, dejas las llaves. No me gustaría tener que cambiar la cerradura.

—¿A dónde viajas?

—Ya no te importa. Ya no somos tú y yo. Tú decidiste que no fuéramos tú y yo.

Vera se levantó del taburete donde estaba sentada. Aún no había llegado el camarero a preguntarle qué iba a tomar. Lo agradeció.

Lo miró a los ojos y antes de romper a llorar delante de él, con una fortaleza que desconocía tener, le dijo:

—Espero que no hagan contigo lo mismo que tú has hecho conmigo.

—Vera, por favor.

—Adiós, Pedro.

—¿Y con el coche qué pasa?

—¿En serio? —Vera asentía incrédula—. Te puedes quedar con lo que te salga de las pelotas, Pedro. No quiero tener nada cerca que me recuerde a ti.

Dejando tras de sí las vigas de madera envejecida creadas para la ocasión de lo que hace algún tiempo para ella fuera el bar de moda, supo que estaba haciendo lo correcto. Por primera vez se sintió liberada. Tal y como si hubiera realizado la Dieta Dukan, hubiera estado una semana a base de zumos Detox y se hubiera aplicado toda la teoría de *La Encima Prodigiosa y que además, todas, le hubieran funcionado a la perfección. Se sentía liviana, purificada y ligera.*

Quitándose el lastre, se acabó la dieta.

...

Volvió a su casa bien entrada la tarde. Claudia continuaba estudiando en la mesa del salón. Podría jurar que estaba casi en la misma postura que la había dejado en la mañana. La saludó.

—¡Hola, Enana! ¿Has comido o has perdido la noción del tiempo entre leyes y decretos?

—¡Hola, Mayor! Sí, me he comido los restos de la cena, ¿y tú?



—Ensalada en la oficina.

Apoyó pesadamente la cabeza sobre su mano.

—¿Qué tal el día?

—Bien. Todo en orden.

—¿En qué orden?

—En uno muy abstracto, pero creo que voy por el buen camino.

¿Sabes en qué contenedor debo tirar las sábanas que tengo en la cocina?

Claudia dudó un segundo antes de contestar:

—En el de la ropa para la beneficencia. Las telas no se reciclan. Así que, o se las das a la beneficencia o las tiras, haciendo un gravísimo mal para la naturaleza, al contenedor de lo orgánico.

—Es verdad, el lino contamina mogollón.

—¡Idiota! Puedes llevarlas a cualquier punto limpio. Pero ni se te ocurra tirarlas en los contenedores comunes.

—Tranquila, Brigitte Bardot.

—Otra vez, ¡idiota!

Vera sonrió.

—¿Sabes? Le he plantado cara a mi hombre invisible.

—Pues espero que le hayas dado por detrás, como en el chiste.

Soltó una sonora carcajada.

—Te voy a dejar estudiar y me voy a tumbar a ver alguna serie absurda tipo *Mom en mi cama*.

—Hablando del tema... Hace rato he hablado con la nuestra. Bien, ¿no?

—Sí. Se puede decir que sí.

—¿Ya tienes destino?

—Sí. Tengo un destino bastante complicado, la verdad.

—¿Y eso? Te has recorrido medio mundo recomendando lugares que no vienen ni en los mapas, estás vacunada contra todo...

—Para esto no necesito vacunas. Me voy a la sierra de Huelva a conocer el legado británico. ¿Qué narices voy a recomendar de allí?

—Pues no sé, pero aún no has estado. Deja que la vida te sorprenda.

—¡Qué gran frase esa! Deja que la vida te sorprenda. La muy cerda lleva días sorprendiéndome a lo bestia.

—Eso se llama karma, chata. Si la llama cerda, te sorprenderá de la misma manera. Mima tu vida, verás cómo ella cuida de ti.

—*Namasté, hermana Claudia Mercedes.*

—No te insulto porque estás débil, pero mi nivel de odio hacia ti está en modo aumento.

Vera, se acercó a ella y le dio un maternal beso en la frente.

—No sabes cuánto agradezco que estés aquí.

—Lo sé y no tienes nada que agradecer. Ahora déjame estudiar.

Entró en su habitación con paso pesado.

Estaba derrotada, mental y físicamente.

Con desidia dejó caer su cuerpo sobre la cama. También dejó caer el bolso a un lado de la cama del que salió un pintalabios que rodó hasta debajo de la cajonera.

—¡Genial! —musitó con la cara hundida en la almohada.

Abrió los ojos con esfuerzo. Sobre la mesilla de noche del lado derecho de la cama, la del lado de Pedro, vio el reloj que ella le compró como regalo de pedida. Recordó el grabado que encargó en la joyería para la parte trasera de la caja.

### *Te quiero, siempre*

Por inercia comenzó a llorar. Lo hizo con dolor, rabia y mucha pena. Lo hizo por lo que le grabó en su reloj, ahora sin sentido, por su madre, por el ramo de peonías que le había mandado a la oficina, por su destino de viaje, por Beatriz y por toda la culpa que desde hacía veinticuatro horas llevaba asociado el nombre de Pedro. Lloró por solo unos segundos. Lo justo hasta darse cuenta de que lo estaba haciendo.

—¡Basta, Vera!

Se reincorporó en la cama, se enjugó las lágrimas con el reverso de la mano y cogió el portátil.

Buscó un billete de Ave hasta Sevilla para el lunes dejando la vuelta abierta, alquiló un coche que recogería a su llegada a la estación de Santa Justa y visitó la web de la casa que había reservado Dalía.

Victoriana, techos altos, anchas vigas de madera, suelo hidráulico...

Dalía tenía razón, era preciosa.

Se imaginó leyendo en la puerta del patio, o en la azotea con vistas a los montes. Escribiendo lo primero que se le pasara por la cabeza antes de poner en pie todo lo que hubiera vivido en ese viaje. Releyendo su cuaderno con notas, como hace en cada lugar que visita.

Prefería una casa a una habitación de hotel.

No le gustaba la soledad de los hoteles. Las sábanas blancas, las personas de paso, los desayunos *buffet con promoción en bollería y el guion aprendido de los recepcionistas*.

Le gustaba sentir la habitabilidad de un hogar aunque no fuera el suyo. Ver los libros en las estanterías sin recibir uso alguno en años.

Saludar a los vecinos como si los conociera de toda la vida. Algo que no solía hacer más allá de su edificio en Madrid.

Sonrió al ver cómo viajar la convertía en una persona más amable.

Pagó tanto el viaje como el alquiler del coche. En la editorial no sabían nada de su ruptura. Tampoco tenía ganas de dar demasiadas explicaciones.

Prefirió pagar y callar.

Al desviar la vista pudo ver a Claudia en la puerta.

—¿Qué haces a oscuras, Mayor?

Vera extendió el brazo y encendió la luz de su mesilla.

—Sacarme un billete de tren y alquilar un coche.

—¿Pues no te ibas en el tuyo?

—Se lo quiere quedar y a mí me da igual.

—¡Qué cabrón!

—Déjalo Clau, ya da igual.

—Deberías lavarte la cara.

—¿Cómo?

—Que si quieres llorar a escondidas para que puedas seguir aparentando que tienes puesta la armadura de chica dura, deberías lavarte la cara. Pareces Alice Cooper.

Se restregó los ojos con las manos.

—¡Qué idiota eres!

—Mira lo que acabo de recibir por WhatsApp. *Claudia le enseñó a Vera una foto de una ecografía*.

—¡Anda! ¿De quién es?

—Carlota y Pablo van a ser papás.

—¿En serio? ¡Qué buena noticia! Y yo que pensaba que tú acabarías con él.

Claudia sonrió.

—¿Te imaginas? Seríamos insoportables, dos abogados juntos.

—Oye, que hace algunos años en un cumpleaños tuyo tuvisteis vuestros

más y vuestros menos.

—Éramos jóvenes y alocados.

—Me alegro mucho por ellos. Son una pareja preciosa.

—Sí. Se merecen. No como Pedro y tú, que él nunca te ha merecido y mucho menos tú te lo merecías a él. Lo veíamos todos menos tú.

—¡Ay, hermanita! *L'Amour*...

—*L'amour et la aveugle*.

»¿Vemos una peli?

—Pues sí. totalmente ciega. Venga, elige qué peli vamos a ver mientras guardo unas cosas del viaje en favoritos y me lavo la cara.

¡Ah!, y por cierto, tengo una cosa para ti. —Vera cogió una copia de las llaves de su casa que tenía sobre su mesilla de noche.

—¿Y esto?

—Pues nada. Ya tienes un sitio tranquilo donde estudiar en mi ausencia. ¡Quédate aquí el tiempo que quieras!

—Pero, ¿qué pasa si viene la pieza a recoger sus cosas?, lo mismo tiene pensado quedarse aquí.

—¡Y una mierda! Esta ya no es su casa. Que se lleve todo lo que quiera... No se lo tiene que llevar en un día, pero aquí que no se quede. Tal y como venga, que te deje las llaves.

—Vale, que lo que quieres es un ama de llaves.

—¿Cómo? No, joder. Te doy las llaves para lo que quieras, no te tienes que quedar si no quieres.

—La ruptura te hace perder agudeza, Alice.

—Gilipollas.

—Gracias.

## Capítulo 2

### ... y respirar

-----Mensaje original-----

De: Vera Torres [<mailto:veratorres@veratorres.com>]

Enviado el: lunes, 05 de junio de 2017 07:51

Para: [pedromorales@peypcompany.com](mailto:pedromorales@peypcompany.com)

Asunto: De viaje

Hola Pedro.

Te escribo para informarte de que ya estoy de viaje, por lo que podrás pasar por mi casa a recoger tus cosas cuando quieras a partir de hoy.

Yo volveré en dos semanas.

Por favor, no uses las llaves que tienes y llama al llegar pues mi hermana estará allí.

También te pido que las llaves las dejes cuando llegues, ya que no las vas a volver a necesitar.

Si por otro lado, necesitas más días para llevarte las cosas, queda con Claudia. No hay ningún problema con eso.

Espero que seas consecuente con lo que es mío, con lo que es tuyo y con lo que ha sido de los dos, al igual que también espero que sepas actuar educadamente con mi hermana. Esta movida no va con ella.

Cualquier problema, consulta, reproche o lo que se te pase por la cabeza, me llamas. Referente a mi casa: SOLAMENTE. Lo demás, está todo hablado.

Te recuerdo que ella no tiene la culpa de las decisiones que hayas tomado en tu vida ni tiene por qué escuchar lo que quiera decirle el mayor error que he cometido yo en la mía.

Avísame antes de ir.

Vera.

Estuvo bastante tiempo releendo el correo antes de darle a enviar. Borró bastantes líneas desafiantes que no la dejaban en buen lugar.

Escribió, borró, reescribió...

Lo último que quería era tener una guerra abierta con Pedro vía email. Quería acabar con todo, cerrar la puerta y que él, se quedara fuera para siempre.

Descorrió la cortina de la ventanilla del tren para poder ver el paisaje, el sol creciente en el horizonte, los pocos árboles frutales del camino, los

montes y la vereda que parecía ser infinita en vete tú a saber qué lugar de Castilla.

Suspiró, volvió a mirar la pantalla de su móvil y con convicción, pulsó enviar.

Con la seria intención de pasar el viaje de la forma más amena posible, buscó en el teléfono una *playlist* con canciones de los años setenta y ochenta, se colocó los auriculares y a ritmo de *Culture Club* comenzó a leer toda la información que llevaba impresa sobre su destino. Recortes de la prensa nacional con la historia de los pueblos que iba a visitar, noticias sobre la curiosa asociación con el planeta Marte por el color del río Tinto, las visitas de la NASA, las incursiones cinematográficas y literarias, el fútbol...

Le gustaba estar informada y conocer su destino a pesar de que en su forma de escribir no entrara la opción de vender, ni contar lo de antaño, ni la historia, ni siquiera la idiosincrasia del lugar. Vera era partidaria de la asociación de emociones respecto a los lugares, de la empatía con lo intangible, de la recarga de energía que ofrecen determinadas zonas y que llenan de vida los rincones de su propia existencia, de las ganas de volver cuando aún no has abandonado el lugar, de la gastronomía, de las personas... En definitiva, llenaba su vida de vida para poder compartirla.

Por otro lado, existía el temor de no poder sentir tanto como quisiera de un lugar tan recóndito de la España profunda. Era la primera vez en los años que llevaba en la editorial que la enviaban a un lugar nacional.

Contaban con personas expertas en este tipo de lugares. Pero, ¿ella?. Ella habla cuatro idiomas, está Licenciada en Historia del Arte y ha sido cooperante en África y Sudamérica gracias a un Máster en Proyectos de Cooperación para el Desarrollo y Ayuda Humanitaria.

Volvió a España cuando se enteró de la enfermedad de su padre. Él fue su mayor apoyo a la hora de realizar el sueño de irse a los países más necesitados ante la negativa de su madre. «Vera tiene mucho carácter y es muy valiente, pero también tiene un corazón enorme», solía decirle a su mujer cuando dramatizaba sobre todo lo que le iba a pasar.

En su segundo viaje como cooperante, en Haití, pilló el dengue.

Estuvo ingresada un mes y casi le cuesta la vida. Es un secreto que a día de hoy solo conoce su hermana y que su padre se llevó a la tumba.

A través de un amigo llegó a la editorial con una crónica sobre la

hambruna en África.

Escribió con tanto entusiasmo lo enriquecedora que fue la experiencia a pesar de todo, contándola desde una perspectiva tan humilde, viviendo en primera persona la vulnerabilidad humana que hizo sentir que ella no conocía más civilización que esa. Escribió con amor lo que para el lector acostumbraba a ser un enorme foco de dolor.

La contrataron tras salir la publicación.

A día de hoy, tan solo le quedan un puñado de recuerdos, personas que ha ido perdiendo en el camino y la certeza de lo difícil que le será volver a vivir todo aquello de la misma manera.

Las pérdidas le han enseñado a ver el temor que hace unos años ni sabía que existiera.

Supo aparcar el amor por los sueños y hoy es precisamente el amor el que la deja sin ellos.

...

Vera dejó los papeles a un lado, se quitó los auriculares cuando sonaba *Jolene de Dolly Parton* y con la cabeza recostada sobre su brazo apoyado en la ventanilla, pensó en Pedro.

Pensó en lo extraño que puede ser el dolor de una ruptura, ese que te come poco a poco por dentro aunque no lo notes, que aparece cuando menos te lo esperas y que, aunque ni se lo merezca, viaja vestido de añoranza. Lo echaba de menos.

Casi lo podía sentir. Cómo le recolocaba los mechones de pelo detrás de la oreja cuando se lo recogía de cualquier manera o cómo la sacaba a bailar cuando limpiaban la casa a ritmo de la misma *playlist que acababa de cortar, cómo sonreía tras leer las publicaciones que realmente le gustaban, cómo recortaba las que salían en portada y las ponía con imanes en la nevera, los desayunos en la cama en los primeros meses de convivencia...*

Casi lo podía oler. El aroma del día en que se conocieron en el ascensor de la editorial, él vestido de traje chaqueta y su perfume de marca con olor a limpio, el del café a primera hora de la mañana, el de los pedos entre risas cuando quería que se levantara de la cama para hacer algún plan fuera de casa, el de las tortitas con caramelo que hacía algunos sábados y que su madre le enseñó a hacer de pequeño, el efímero olor a limpio de su perfume la tarde que le dijo que se fuera...



En el coche camino de Minas de Riotinto llamó a su hermana para contarle que le había enviado un email a Pedro y que estuviera atenta por si la llamaba. También llamó a la casera de su nuevo hogar con fecha de caducidad y a su madre para asegurarle que seguía viviendo a pesar de la ruptura.

Las vistas una vez adentrada en la serranía onubense eran espectaculares. Curvas pronunciadas entre encinas, castaños, alcornoques... los pueblos de paso, las ventas a la salida, el rojo tinto del río allá por donde pasa y la entrada del pueblo marcada por los años, su historia y su legado.

En la puerta de la casa de estilo victoriano la esperaba una chica de largo cabello castaño, joven, de unos veinticinco años, vestida con estilo informal, con amplia sonrisa sincera e impactantes ojos azules.

Se acercó hasta el coche al tiempo que Vera bajaba. Le extendió la mano.

—Eres Vera, ¿Verdad?

—Sí, encantada.

—Soy Antía, mucho gusto. Hemos hablado hace un ratito por teléfono.

Vera miraba a su alrededor.

—Esto es una maravilla.

—Sí, suele sorprender. Aunque hay que ser realistas, esta parte está restaurada y muy cuidada, hay zonas mucho más rurales. Aun así, a mí me apasiona este lugar. Su gente, su historia..., tiene un encanto especial.

—¿Eres de aquí? No tienes acento.

—¡No! Soy de Madrid. Esta casa es de mi familia. Perteneció a mis abuelos y bueno, con los años, hemos querido devolverle el cariño que merece. Te he dejado una lista con lugares que puedes visitar dentro, la contraseña del wifi y algo de comida básica. Tienes sitios cerca donde poder comprar y un restaurante calle abajo. Es el mejor del pueblo. —Le extendió las llaves a Vera—. Para todo lo que necesites, ¡tienes mi teléfono!

—¡Fenomenal! Gracias.

—¿Quieres que te enseñe la casa o prefieres descubrirla por ti misma?

—Con tu permiso, voy a dejar que la casa me sorprenda.

—¡Genial! Vienes con la actitud perfecta. Disfruta y ya sabes..., para lo que necesites.

—Gracias de nuevo.

Al entrar, el olor a limpio invadía el espacio. Aromas de lejía suave

mezclada con el olor del limonero y el árbol de jazmín que podía ver desde la puerta principal en el patio interior, de la madera de las vigas en los techos... Olía a hogar.

Dejó la maleta en la entrada y fue visitando uno a uno los rincones de la casa.

No parecía un lugar deshabitado, ni tampoco un lugar de alquiler por días poblado de muebles suecos y cortinas de quita y pon.

El sofá, tipo *Chester*, *delante de una chimenea de piedra*. *El suelo hidráulico rústico era una auténtica maravilla*.

Se imaginó fotografiando sus desayunos como los de aquella chica que durante un año entero estuvo mostrando los suyos en Instagram.

La cocina, con una isla en el centro de madera envejecida, los muebles iguales, la moderna nevera de estilo británico, los electrodomésticos... Enmudecía en cada espacio en el que iba entrando. La casa había sido reformada, eso estaba claro, pero habían mimado hasta el último detalle.

El único baño que tenía la casa contaba con una antigua bañera con patas de león.

La habitación principal. Enorme, acogedora. La de invitados, casi tan grande como la principal.

Observó otra puerta de entrada, esta en la parte trasera de la casa. Al abrirla se encontró con un pequeño porche rodeado por un cuidado jardín vallado.

No se escuchaba ningún ruido más que algún aspensor lejano. Respiró con fuerza y volvió al interior.

Cogió la maleta y la llevó hasta la habitación principal. La dejó a un lado de la puerta y se tiró sobre la cama. Estaba derrotada y sin darse apenas cuenta, con el arrullo del viento entrando por la ventana del patio, se durmió.

El teléfono la despertó a las tres horas.

—Dime, Clau.

—¿Estabas dormida?

—Sí... —contestó pesadamente—. ¿Qué hora es?

—Las seis y media.

—¿En serio? ¡Joder!

—¿Cuánto tiempo llevas dormida?

—Desde que llegué. O sea, desde algo más de las tres.

—Pedro me ha llamado hecho una fiera, así que te llamará si no lo ha hecho ya.

—¡Genial! Habrá leído mi email... Lo que no sé es por qué no me llama a mí antes. ¿Te ha dicho algo?

—Que viene mañana por la tarde.

—No te preocupes, ya hablo yo con él. ¿Todo bien por ahí?

—Sí. Sin novedad.

—¿Y mamá?

—Como siempre. Preguntando cuánto tiempo vas a durar así.

—Así, ¿cómo? ¿Viajando?, ¿separada?...

—Lo de siempre, Vera. No le echas cuenta.

—¡Qué remedio! Bueno, Enana, voy a ver si como algo, que ya es hora.

....

Decidió salir a pasear y conocer un poco el entorno de la casa. Compró fruta, verdura y una botella de vino en una pequeña tienda cercana y caminó por las calles del pueblo con desidia sin saber bien qué podría escribir sobre aquel lugar.

Más allá de una mina a cielo abierto, de la historia del fútbol que tan poco le interesaba y del trabajo de los mineros, ¿qué interés podía tener aquello?

En ese preciso instante sintió que su vida se desinflaba. Tal y como si el destino le jugara la broma de vivir allí tan ahogada como sus últimos días en Madrid.

Nunca antes había tenido esa sensación al llegar a un lugar en el que

descubrir encantos y virtudes. En realidad, nunca había sentido tanto desánimo.

Quería pasar el tiempo en su casa temporal victoriana, leyendo libros en inglés colocados en una estantería con historia y tocados por manos ajenas, bebiendo vino en vaso de cocina, oliendo los cítricos aromas que le llegaran desde el patio y escuchando de fondo la voz de Salvador Sobral cantando boleros como si fuera jazz.

Quería que el tiempo se parase allí mismo... y respirar.

Una voz lejana la sobresaltó: —¡Vera!

Intentó enfocar su vista a través de las gafas de sol.

En una terraza, debajo de una sombrilla, vio dos siluetas que saludaban a un grupo de personas sentadas alrededor de una mesa. Se acercó al acerado sin invadir demasiado el espacio donde se encontraban.

—¡Ah!, ¡Antía! No te veía con el sol. Iba pensando en mis cosas y claro, aquí no me conoce nadie...

Antía se despidió del grupo de personas y junto a un chico se acercó a la acera donde esperaba Vera.

—Casi nadie querrás decir. ¿Qué tal la adaptación a la vida rural? —No la dejó contestar—. Ella es la chica que está en la casa de mis abuelos. Él es mi novio, Sergio.

Tras dos besos y un mutuo saludo con encanto, la conversación quedó suspendida incómodamente en el aire.

Antía insistió:

—Bueno, ¿qué? ¿Te adaptas?

Le recordaba a Claudia. Directa, sin miedos, con ganas de conocer.

Le regaló una sonrisa sincera.

—Estoy enamorada de la casa. Si no tuviera que trabajar me convertiría en una ermitaña de cada rincón y tendría como mi lugar favorito del mundo la bañera.

—¿Quieres tomarte algo con nosotros? Mi hermano nos ha guardado mesa en el patio, vamos a estar los tres.

—¡Qué va! No quiero molestar.

—Con lo difícil que es llegar a un sitio nuevo y relacionarse...

»¡Anda, ánimo! Somos buena gente.

—De verdad. No quiero molestar.

Sergio interrumpió: —No va a parar hasta que aceptes y por favor, acepta.

Me muero de hambre.

Soltó una sonora carcajada.

—Venga, de acuerdo. Os acompaño. Yo también tengo hambre.

—¡Bien! —sentenció Antía al tiempo que entraban en el restaurante.

El local era bastante espacioso. Bonito. Debía ser el restaurante que le recomendó al llegar.

Sergio se adelantó al patio mientras Vera acompañada por Antía observaba todo con detenimiento.

Suelos de hormigón no muy uniforme, mesas robustas de madera rústica y sillas a juego. La barra era de piedra vista y la misma madera de las mesas y sillas, desde la cual podías ver en una limpiezísima cocina todos los platos que iban elaborando al momento.

—¿Te gusta?

—Ya quisieran muchas capitales tener algo así. Es enorme, además.

—Es de mis tíos. Mi hermano les echa una mano cuando estamos por aquí. Se come muy bien y, cuando cae la noche, es una maravilla. Ya lo verás.

—¡Qué genial que sigáis haciendo viajes familiares!

—Ven, acompañañame. —Le indicó el camino para salir al patio—. Yo bajo más a menudo. A Sergio le encanta esto, hacer rutas de senderismo, la playa que no está muy lejos, la tranquilidad, la comida...

Se vive bien aquí. De aquí, te vas enamorada, escucha bien lo que te digo.

Vera sonrió:

—¡Déjame que lo dude!

—Bueno ven, que te presento a mi hermano.

Vaqueros, camiseta blanca, pelo castaño claro, ojos azul claro... Plegaba un delantal negro que le dio a un chico que pasaba por su lado. Vera pensó: «¿Me lo habrá dicho por el hermano? Pues, se la va a dar de bruces».

—Mira Theo, ella es Vera, la inquilina de casa de los abuelos.

Theo se acercó a Vera y le dio dos sonoros besos en la mejilla.

—Encantado. ¡Ya te ha liado! Le encanta socializar con los inquilinos.

—Bueno, yo también estoy encantada de dejarme socializar y de conocerlos.

—¡Qué va! No le echas cuenta. Lo dice porque una vez intenté salir con el hijo de unos inquilinos. Muy mono, pero me dio calabazas. —Miró nerviosa a Sergio—. No te pongas celoso, cariño. De esto hace muchos años.

Theo reía.

—¿Cuántas veces lo invitaste?

—¡Te quieres callar!

—Venga Anti... dilo —insistía Theo. Sergio y Vera observaban mientras que se sentaban en aquel frondoso patio en el que apenas se veía un resquicio de pared. Fresco y acogedor—. Veintidós.

—Esperad, que no termina aquí la historia. ¿Cuánto tiempo estuvieron?

—¡Theo, vale ya! ¡Qué vergüenza!

—Estuvieron una semana. Huyeron despavoridos.

—¡Tenía quince años! ¿Qué querías? Estaba en plena revolución hormonal. Además, la casa no tiene nada que ver ahora con la de aquella época.

—¿De dónde eres, Vera? —preguntó Sergio.

—De Madrid. ¿Y vosotros?

—También. ¡Qué casualidad! Bueno, yo creo que ya te lo dije antes, ¿no?

Respondió Antía.

—Sí, sí. Pero, ¿tenéis familia inglesa o algo?

—Somos una mezcla rara.

Fue Theo quién le respondió. Lo tenía sentado frente a ella y casi se podía ver reflejada en sus ojos. Era bastante atractivo, la verdad.

—Nuestros padres son ingleses. Nuestro abuelo paterno, todo un señor inglés, se casó nuestra abuela que era de aquí y nuestra abuela materna también inglesa, se casó con nuestro abuelo que era de Tharsis.

—¿Tharsis?

—Otro pueblo minero de aquí que deberías conocer. Y por cierto, me has robado mi alojamiento.

—¿Cómo va a ser eso? Mi empresa paga rigurosamente.

—Me quedo allí cuando bajo y no hay inquilinos. ¿Vienes por trabajo?

Asintió.

—Vengo a escribir sobre esto para una revista de viajes. De hecho, te pediré consejos para alguna ruta, Sergio. Si no te importa, claro.

—¡Claro! Organizamos algo. Hay rincones maravillosos aquí —contestó Sergio con absoluto interés.

—Creo que me repito mucho, pero de verdad, no quiero molestar.

—Acabas de encontrar a tu mejor amigo —dijo Antía. Vera sonrió agradecida.

—O sea, que tenéis apellidos británicos.

—Sí. No quedaba muy bien eso de llamarnos Teodoro y Antonia Brooks.

—¡Joder, Theo! Ni tú eres Teodoro y yo, gracias a Dios, no soy Antonia.

—Para los gallegos, sí —sentenció Theo con un guiño de ojos a su hermana.

Vera entre risas continuó:

—Oye, pues no suena mal. Imagínatelo como nombre de escritora de cuentos fantásticos. *Las aventuras de Flinn y el reino de los nanomundos por Antonia Brooks*.

Rieron.

Justo en ese momento a Vera le sonó el teléfono, era Pedro. Miró a todos y preguntó:

—¿Os importa?

—Para nada, habla tranquila. Pero, ¿qué quieres beber?

Contestó al teléfono:

—Dame un segundo, Pedro. —Tapando el auricular contestó a Antía—. ¿Vino?

—¿De cuál?

—Me dejo recomendar.

Le guiñó un ojo y se alejó del patio con media sonrisa y los nervios a flor de piel. No quería hablar con Pedro, pero tenía que hacerlo.

—Ya, perdona, ando cenando con unos amigos.

—Ya. ¿Desde cuándo tienes amigos en Huelva?

Con tono sosegado le contestó: —Desde que no tengo que darte explicaciones de lo que hago en mi vida. ¡Cuéntame! ¿Qué necesitas?

—¿En esas andamos, Vera? ¿Me dejas el Bulldog en casa para vigilar que no me lleve nada que no deba y en esas andamos?

—Mal vas, Pedro. Mi hermana puede estar en mi casa sin que te dé ningún tipo de explicación. Sin embargo, si la necesitas, te diré que está allí preparándose las oposiciones. Por otro lado y como ya te dije: llévate lo que te dé la real gana, no te voy a reclamar nada. Solo pido que seas consecuente con lo que es tuyo, con lo que es mío y con lo que ha sido de los dos.

—Estupendo. Me echas de mi casa y con condiciones.

Vera intentaba no elevar el tono.

—¿Qué condiciones? Vivíamos de alquiler, el contrato está a mi nombre y te estoy poniendo en bandeja que te lleves hasta los tenedores si quieres.

»¿Qué quieres que haga y qué quieres que te diga? Porque ya no sé cómo debo actuar.

—Intentar solucionarlo, por ejemplo.

—Pregúntale a Beatriz qué opina al respecto.

Vera tomó una bocanada de aire para tranquilizarse.

—Mira Pedro, de este tema no nos queda nada que hablar. Lo siento. No soy de las que perdonan ese tipo de circunstancias. Bastante daño me has hecho ya como para encima restregármelo por la cara. Llévate lo que quieras, deja a mi hermana en paz y si quieres trato cordial, aquí estoy. Pero no me pidas ser tu amiga y mucho menos, tu mujer. Sabes de más que nunca lo he sido.

—¿Podremos vernos y hablar cuando vuelvas a Madrid?

—No. Ya no tengo nada que hablar contigo. Te quiero olvidar, Pedro. Quiero que me borren la memoria como en la película esa de Jim Carrey y si me cruzo contigo por la calle, no tener ni puta idea de quién eres.

—¿Sabes que en esa película están predestinados a estar juntos?



—Yo pienso ir a un médico de pago. Espero que seas feliz y que yo no lo sepa.

Theo pasó a su lado hacia la cocina. Vera alejó y tapó el auricular cuando este, muy bajito, le dijo: —¿Necesitas que te rescaten?

—No estaría mal —contestó ella de la misma manera.

Al volver a ponerse el auricular en la oreja Pedro hablaba de sus ausencias en casa, de las necesidades, de lo incomprendido que se sentía en ocasiones. Hablaba de los errores que había cometido y de cómo los podía enmendar...

—¿Has terminado? Le preguntó Vera con voz cansada cuando a lo lejos se escuchó la voz de Theo.

—¡Vera! ¡Se enfría la cena!

Sonrío.

—¿Quién es ese tío?

—Nadie que te interese. Buenas noches, Pedro. No pongas las cosas más difíciles, por favor.

—¡Vera! ¡Joder!

—Si necesitas saber dónde está algo, me puedes llamar. Buenas noches.

Al colgar se sintió aliviada.

Volvió a la mesa donde se encontraban sus nuevos amigos, agradeció a Theo su rescate improvisado regalándole una sonrisa sincera.

—¿Un exnovio cabreado? —le preguntó Theo con interés.

—Un exmarido.

—¿Un exmarido gilipollas? —reformuló su pregunta.

—Un exmarido y una gilipollas.

—Tienes pinta de todo, menos de gilipollas. Créeme.

Vera volvió a regalarle una sonrisa sincera.

—Desgraciadamente, cuando te abandonas dentro de una relación porque piensas que todo es claro, sano, bonito..., que tienes estabilidad emocional y que nada ni nadie la puede alterar, va la vida y te pega una sonora bofetada para que despiertes del ridículo sueño que te has montado.

Todos asintieron, pero fue Antía la que sentenció: —Es reciente.

—¿Cómo lo sabes?

—Somos expertos en la materia. ¿Verdad, Theo?

—¡Verdad! Soy Licenciado.

—Yo soy la psicóloga del equipo.

—¿Y tú Sergio? —preguntó Vera.

—Yo, como ves, hablo poco. Así que soy el que siempre escucha.

Estuvieron charlando entre risas, cena y vino por bastante rato. De sus empleos. Theo es intérprete y traductor, Antía es asesora inmobiliaria para extranjeros que eligen España como destino turístico y Sergio, profesor de Educación Física.

Eran muy dispares, tanto de carácter como de actitud, pero a su vez estaban bastante unidos y eso, a Vera, le gustaba.

Hablaron de la vida en Madrid, de los viajes de Vera, de la vida rural..., hablaron hasta que estando bien entrada la madrugada, el tío de Antía y Theo les anunció el cierre del local.

—Te vamos a organizar una ruta para mañana, Vera. Así que prepárate a caminar.

Sergio estaba encantado de poder enseñar el pueblo y los rincones escondidos más allá de los tópicos para turistas.

—¿En serio no os voy a molestar?

—No es molestia.

—Te acompaño, Vera. No queremos que acabes en el cementerio inglés y sin saber cómo llegar a casa.

—No te preocupes, Theo. Tengo GPS en el teléfono.

—La cobertura aquí es horrorosa.

Antía respondió a Theo con ironía: —¡Es verdad!, ¡es malísima!

Se despidieron de Antía y Sergio y juntos caminaron calle abajo.

Vera con su bolsa de la compra, con un vaporoso vestido largo azul marino, sandalias y la cazadora vaquera puesta ya que había refrescado.

—Deja que te coja la bolsa, anda.

—Gracias. No sé por qué me da la impresión de que querías acompañarme.

—Puede. ¿Hace mucho que lo has dejado con tu exmarido?

—Una semana y media. Pero eso es coto privado. No quiero hablar de él ni de nada que tenga que ver con él, si no te importa.

—¿Duele?

—Bueno... Ahora mismo, menos de lo que pensaba. Cada día que pasa me doy más cuenta que esto me hace más bien que mal.

—Vale, no te voy a preguntar nada más al respecto. Tan solo una cosa, ¿cuernos?

Vera se acarició el pelo.

—¿Tanto se me notan?

—Los que hemos pasado por lo mismo sabemos diferenciarnos.

—¿Tú también los llevas?

—Me los estoy intentado recortar para que no se noten.

—Se ve que soy muy nueva en esto. Fíjate que no me había dado cuenta. ¡Lo estás haciendo bien entonces!

—Te acostumbras a ellos. Yo por suerte no me llegué a casar, aunque lo habría hecho.

—En realidad, yo tampoco estoy casada. Firmamos unos papeles delante de unos amigos y familia en una fiesta organizada para la ocasión donde nos jurábamos amor eterno como en *Anatomía de Grey*. Ellos en un *post-it*, *nosotros en unos folios que nos escribimos y nos escribieron*.

—Entonces ya me queda claro.

—¿El qué?

—No es un exmarido y una gilipollas. Es tan solo un gilipollas y una gran ex. No todos pueden decir eso de tener una gran ex.

—No me conoces.

—No hace falta conocerte más para saber cómo eres.

—Gracias. Tú también tienes pinta de ser... buen tipo.

—Copiona.

Le dio un pequeño codazo.

—Idiota.

Entre conversaciones banales llegaron a la puerta de la casa, la noche

estrellada, el arrullo de las hojas, el viento jugando con sus cabellos y el tintineo cobrizo de las farolas a su paso convertía ese momento en algo realmente idílico.

Los acompañaban hasta las sombras, las cuales, al llegar a esa puerta victoriana, estáticas y desde su inerte posición, parecían querer detener el tiempo.

—¿Quieres pasar y tomar un vino en vaso de cocina?

—Tienes copas en el mueble del salón.

—¡Vaya! No me ha dado tiempo a bichear la casa. Dime, ¿te apetece?

—Mucho, pero creo que no debo hacerlo.

—¿Por qué?

—¡Ya sabes por qué!

—Estamos teniendo una conversación de besugos y no te veo siendo precisamente un tipo «cortito». No estoy siendo educada. Quiero que entres, que nos sentemos en el patio, que nos bebamos una copa de vino, o dos, seguir charlando...

—Ya...

—Mira Theo, no planeo mi vida más allá de lo que está sucediendo ahora mismo y el único plan que tengo en este preciso instante, un plan que además has elegido tú al querer acompañarme, es el estirar este tiempo contigo lo máximo posible. El resto ya no depende de mí. Es más, me estoy avergonzando un poco en este momento, todo sea dicho.

Theo sonrió: —Mentalmente, he sacado las copas de vino desde que me lo has ofrecido. Eres sorprendente, Vera.

Vera enarcó una ceja y con una sonrisa burlona dibujada en la cara lo imitó.

—Los seres sorprendentes sabemos diferenciarnos. Anda, pasa..., ya conoces la casa.

La comodidad de él en el interior de la casa la hizo sentirse un poco extraña.

Buscó en su portátil algo de música y con suavidad comenzó a sonar la voz de Nina Simone en un altavoz externo que llevó al patio.

—Sabes dónde están las copas y el vino, así que haz los honores, por favor.

Theo le pidió un minuto. Al fondo, en el patio, había una pequeña puerta

cerrada con llave. De allí sacó una botella de vino.

—Este está a mejor temperatura que el que lleva toda la noche en una bolsa rodeado de fruta y verdura y dando vueltas por este pueblo.

—¡Vaya! ¿Eres uno de esos expertos en vinos?

—Bueno, se puede decir que soy un enólogo de pega.

—¿Cómo es eso?

—Mis conocimientos vinícolas se dividen entre «vinos que me gustan y vinos que no»

—¡Anda, como yo! ¿Nos sacaríamos el título en la barra de la misma facultad?

—No creo... Te recordaría.

Vera le dio un pequeño codazo con media sonrisa.

—Te espero fuera.

La noche acompañaba. El cielo estrellado sin luna, una enorme vela en un lateral del patio como única luz, ellos, el vino...

El reflejo de la luz tintineante en los ojos de Theo ponía a Vera nerviosa. Estaba allí con un absoluto desconocido dispuesta a dejarse llevar.

Le gustaba su conversación, le gustaban sus maneras, le gustaba físicamente..., le gustaba pese al dolor que sentía, y eso, no se lo podía negar.

—¿Qué miras?

—El reflejo de la vela en tus pupilas.

—¡Qué poética!

—No lo pretendía. Pero es... no sé. Es como hipnótico.

—¡Me estás poniendo nervioso! Deja de mirarme así.

Vera sonrió.

—¿Así, cómo?

—Me taladras.

—A tomar por culo la poesía.

Theo soltó una sonora carcajada.

—Me encantas, Vera. En serio, me encantas.

—Bueno es saberlo.

Se acercó a él y mirándolo a los ojos asintió.

—¿Qué? —respondió Theo.

Vera se levantó con la copa de vino vacía y entró en el interior de la casa.

—Nada...

Dejó las palabras suspendidas en un suspiro risueño.

Theo siguió sus pasos hasta el salón. Dejando la copa sobre la mesa se acercó a ella. Vera sonreía delicada.

De fondo Hoobastank con *The Reason le daba el sentido que aún desconocían a ese momento.*

Vera con voz casi inaudible acompañó parte de la letra de la canción.

—*A reason to start over new, and the reason is you.*

La tomó con decisión por la cintura y de repente, volvió la poesía. La besó.

Con delicadeza, con sinceridad, con pasión y sin pretensión.

No había futuro para ninguno de los dos. Tan solo tenían el ahora y estaban dispuestos a aprovecharlo.

Sonrieron entre caricias descuidadas mientras se ayudaban mutuamente a deshacerse de la ropa, sin vergüenza.

Theo era bastante más alto que Pedro, más cuidado y sus abrazos la rodeaban más. Le resultaba raro estar en brazos de otra persona después de tantos años acostumbrada a un puzle de errores al que hacía tanto tiempo, irónicamente, le faltaban piezas.

El olor corporal, las manos desconocidas, la piel...

Vera se dejó llevar como la elegancia de la marea, como el vaivén de las olas para así acabar como la espuma que se estremece en la orilla, quien aun viéndose percedera, sabe dejar por un rato su huella.

## Capítulo 3

### El adorno de la cavidad torácica

Estaban desnudos, uno al lado del otro en la cama, recostados sobre sus propios brazos y mirándose a los ojos.

—Te quedas, ¿no?

Theo se encogió de hombros.

—Mañana hemos quedado con mi hermana temprano... no sé qué hacer.

—No te estoy ofreciendo amor eterno.

—Joder, ¡qué dura eres! Sí que te han tenido que hacer daño.

—No busco amor eterno, Vera. En realidad, no busco nada.

—Si no buscas nada, puedes quedarte —dijo Vera al tiempo que le guiñaba un ojo con una sonrisa pícaro dibujada en la cara—. Me encantaría que te quedaras, de verdad.

Él le señaló con el dedo un pequeño tatuaje con el signo positivo en color negro que tenía en las costillas al lado del pecho derecho.

—¿Qué significa esto?

—Soy fan de Alejandro Sanz.

—¡Venga ya! No te creo.

—Oye, pues me sé todas las canciones del disco *Viviendo deprisa*.

—Eso es generacional.

—Me lo hice en Haití. Estuve de cooperante allí tras el terremoto.

—¿También eres cooperante? ¡Qué interesante!

—Lo fui, de hecho, casi muero allí.

—¿En serio?

Asintió sincera.

—Tienes delante a alguien a quien le han dado dos veces la extremaunción.

Theo se incorporó, quedando sentado y con la espalda apoyada en el cabecero de la cama. Vera hizo lo mismo.

—¿Qué te pasó?

—Pillé el dengue. Me hice el tatuaje para no olvidar nunca que todo suma, hasta las tragedias. Sinceramente, esto me ha costado mucho comprenderlo.

»Cuando llegué a Haití, días después del segundo terremoto, con la cantidad de pérdidas que hubo, tanto humanas como materiales y entre tanta pobreza, la gente empezó de cero a levantar ciudades. Con todo el dolor del mundo comenzaron a escribir de nuevo líneas de historia para libros futuros.

—¿Y tu familia qué hizo cuando se enteró de tu enfermedad?

—Mi madre a día de hoy no lo sabe. Mi hermana viajó con una excusa horrorosa para estar a mi lado. Por aquel entonces estudiaba derecho y mi padre convenció a mi madre diciendo que yo le había conseguido que le convalidaran unos créditos en Derecho Internacional si iba ayudar. Lo realmente irónico es que a día de hoy está Licenciada en Derecho con su especialidad en Derecho Internacional Humanitario y está preparándose unas oposiciones para ejercer de ello.

—¡Madre mía, qué historia! ¿Por qué no se lo dijisteis a tu madre? Disculpa si te hago demasiadas preguntas. Creo que es la primera vez que hablo con alguien que ha estado tan cerca de morir.

—No te preocupes, no pasa nada. Pues no se lo dijimos porque siempre decía que no volvería viva. Cada vez que salía de viaje a alguna zona complicada, según ella, me iban a matar, violar o iba a pillar algo por mí misma.

»En realidad estoy viva porque me negaba a darle la razón. No iba a morirme sabiendo que cuando llegara mi cadáver repatriado al aeropuerto militar de Madrid, mi madre se iba a abalanzar sobre el ataúd gritando: «¡Lo sabía! ¡Sabía que esto iba a pasar!». Te prometo que soñé más de una vez con esa escena.

Theo sonrió ante su exageración.

—Estoy alucinando, en serio. Lo que no entiendo es cómo teniendo un trabajo tan interesante acabas en una editorial escribiendo de viajes, cómo acabas en este pueblo, y encima, conmigo.

—En realidad no es una editorial al uso. Hacemos muchas otras cosas.

»Pero bueno, mi padre murió al poco tiempo, sin esperarlo. Aunque en realidad creo que la muerte nunca se espera del todo. A veces pienso que es el karma quien, como a mí me dejó ir, se llevó a una de las personas más



importantes de mi vida.

»En mi último viaje, en Uganda, del que me volví por la enfermedad de mi padre, un amigo me pidió que escribiera sobre la hambruna y cómo la había vivido yo.

»No hablé solo de Uganda. Ya me había recorrido muchos rincones de África.

»Él lo presentó a la que hoy es mi editorial, lo acabaron publicando y yo terminé con una columna mensual en una de sus revistas de viajes. Más cómodo y seguro que la cooperación, pero no tan enriquecedor.

—Creo que tienes el trabajo que todo el mundo querría. Que te paguen por viajar tiene que ser maravilloso.

—Hay ocasiones en las que no tienes ni pizca de ganas de moverte de tu casa, ¡créeme! Pero bueno, si mi vida dependiera solo de los viajes no tendría ni para pipas. Trabajo mucho, aunque no te lo creas, porque desde que llegué aquí estoy haciendo de todo, menos trabajar.

»Con el tiempo me dieron otras publicaciones y además, también, soy profesora de Historia del Arte en la universidad a distancia, con la que tenemos convenio. Ahora estoy en etapa de correcciones de exámenes.

Theo enarcó una ceja.

—Hoy has trabajado un poco.

—Sí, los glúteos y los abdominales. Además, diría mucho de mí si cobrara este tipo de trabajos.

—Estás loca, ¿te lo han dicho alguna vez?

—Alguna que otra. En serio, me sorprende que te haya contado todo esto.

—¿Por qué? Así te dejas conocer un poco.

—¿Y tú? ¿Qué puedo saber de ti?

—Todo lo que quieras saber. Pero siendo sincero, soy mucho más simple que tú. Creo que lo más interesante que he hecho en mi vida ha sido montar la bañera de esta casa sin cargármela.

Vera tenía el semblante serio, pensativo e incluso algo preocupado. Theo le preguntó:

—¿Te arrepientes de esto? Negó con la cabeza.

—No me suelo arrepentir de las cosas que hago porque me apetece, pero no te lo voy a negar, tengo una sensación nueva y bastante extraña.

—¡Me voy!

—¡No! ¿Por qué dices eso? Quiero que me cuentes cosas de ti. Pero si eres tú el que te quieres ir, lo entiendo perfectamente.

—¿Hace cuánto que lo dejasteis?

—¡Preguntas un montón!

—Soy curioso.

—En cambio hablas muy poco de ti.

—Pregunta tú y yo te contesto.

—Te lo dije hace un ratito. Hace diez días que tiré mi alianza al váter.

—Tremendo final para una historia que se ha ido a la mierda, ¿no crees? Vera soltó una sonora carcajada.

—¡Joder! No lo había visto por ese lado. ¿Haces esto a menudo?

—¿El qué? ¿Follar? Cuando me dejan.

Le dio un pequeño codazo.

—No, hombre. Ligarte a las turistas que se quedan en esta casa.

—Ni tú eres una turista al uso ni yo soy un santurrón.

—O sea, sí.

—O sea, no. No soy un santo, pero tampoco un hijo de puta sin sentimientos. Yo tampoco hace mucho que estoy solo. Mi novia..., exnovia, se fue con otro hace algo más de dos meses. Nos acabábamos de comprar una casa, que está totalmente vacía aún.

»Yo... no he sido nunca de atarme a nada ni a nadie. Pero, no sé, era ella ¿sabes?

—El lado positivo de lo de tu casa es que no teníais recuerdos en común en ella. Quien se la quede, la puede hacer totalmente suya, si quiere. Yo en cambio, espero que me haya dejado la mía vacía y cuando vuelva poder empezar de nuevo sin nada.

—Sabes que estamos haciendo todo lo que no debemos hacer, ¿verdad?

—¿El qué no debemos hacer?

—Hablar de nuestras relaciones, en pelotas y tras pasar un buen rato.

—¡Ay! Me dan mucha pereza las normas del bien y del mal, ¿eh? Si no te cuento nada de él es menos cabrón o ¿cómo va esa norma?

Theo sonreía.

—Tranquila, yo también me suelo saltar ese tipo de normas. No te preocupes.

—Además, según esas normas, yo ahora mismo soy la perfecta

despechada y la verdad es que me da bastante igual.

»Que te quieran es bonito, pero querer de verdad, lo es más y yo he querido de verdad aunque ahora tenga el corazón como adorno de mi cavidad torácica.

—Pues se te ve una tía fuerte y con carácter.

—Pues si mi exterior expresara lo que mi interior, Corín Tellado tendría para otros cinco mil títulos.

Estuvieron un rato más hablando de sus relaciones rotas, de su tiempo pasado y de, como de repente y sin aviso, blindaron su corazón ante cualquier persona capaz de pellizcar los resquicios de amor, que, aunque ocultos, siguen habitando en sus maltrechas vidas.

Sabían que debían dormir, sabían que en la mañana les esperaba una larga caminata rural donde, al menos Vera, debía tener todos sus sentidos disponibles para grabar en su retina lo máximo posible. Seguía sin saber bien qué iba a contar de aquel lugar.

Hacía días que se había desconectado de su vida y de su trabajo. Se movía como un espectro manejado por los hilos de su propio destino. Quería escapar de sí misma. Alejarse del sentimiento de culpa constante que la acompaña desde que Beatriz llegara para arrebatarse todo por lo que había luchado y de aquel rancio concepto por el que Pedro había buscado fuera de casa lo que no encontraba diariamente tras la puerta.

...

Amanecieron abrazados como una pareja al uso. Vera desenredó sus piernas de las de Theo y acariciándole la mejilla con dulzura y delicadeza le advirtió:

—Theo, despierta. Nos hemos quedado dormidos y hemos quedado con tu hermana para desayunar.

—¡Mierda! ¿Qué hora es?

Vera se levantó de la cama, cogió las bragas del suelo y una camiseta de la maleta. Se las puso.

—Las ocho y media.

Theo restregaba sus ojos con las manos.

—Necesito una ducha. ¿Te importa?

—Para nada..., corre que detrás voy yo.

De repente se comportaban como dos desconocidos. Como lo que eran.

—Vera...

—Dime.

—Eres consciente de que mi hermana y Sergio saben que hemos pasado la noche juntos, ¿verdad?

—Sí y ahora mismo me puede la vergüenza.

—Bueno, ya veremos cómo lo capeamos.

—Anda, vete a la ducha que yo voy a deshacer la maleta de mientras. Esta es otra de esas cosas que tenía que haber hecho anoche. Espero que la ropa no esté muy arrugada.

—Me tenía que haber marchado.

Vera se acercó a él y posando un delicado beso en su mejilla le contestó:  
—No.

—Tengo que pasar por casa a cambiarme de ropa.

—Vamos en mi coche, si quieres. O mira, mientras me ducho vas en mi coche y me recoges después, lo que quieras.

—Mejor lo primero. No tengo carné de conducir.

—Eres mayor de edad, ¿no? Dime que no he perdido la cabeza ni he cometido una locura.

Theo sonrió.

—¡Eres idiota! No soy Benjamin Button. No he necesitado nunca un coche, voy en moto o en transporte público a todas partes.

—No he visto esa peli... Anda, date prisa. Ya me dirás dónde están las

toallas.

Ordenó su ropa, envió un email a Dalía, preparó café y llamó a Claudia.

—Buenos días, Clau. No tengo mucho tiempo, he quedado para desayunar.

—Qué de vida social en un día, ¿no?

—¡Calla!

—Calla, ¿qué?

—Pedro va hoy... Cualquier cosa, que me llame a mí, ¿vale? No dejes que te avasalle.

—Vera, calla, ¿qué?

—Tengo a un tío en la ducha.

—¿Cómo?

—En teoría, el casero.

—¿No era una chica?

—El hermano de la chica.

—¿Te estás volviendo loca o sigue siendo esta tu táctica de despecho?

—Clau, me siento... sucia ahora mismo. Tengo la sensación de que le estoy poniendo los cuernos a Pedro o algo así. Pero, no sé. Creía que sí, pero no, no ha sido despecho.

—¿Entonces?

—Surgió.

—¡Ya!

—De verdad. Me encontré a su hermana por la calle, me invitaron a cenar, él me rescató de una llamada horrible de Pedro. No sé. Fue amable y me acompañó a casa. Por un rato, me sentí viva de nuevo.

—Bueno, eres mayorcita. Sabes lo que haces.

—Soy lo peor por usar a un tío como salvavidas de mis problemas, ¿verdad?

—¡Venga ya, Vera! No seas idiota. ¿Te has enamorado de él? ¿Tienes mariposillas en el estómago?

—¿Qué dices? ¡No!

—Pues entonces, no tienes ningún problema. Ten cuidado y ya está. Disfruta lo que puedas, pero controla y no debes preocuparte.

—Gracias. Llámame si Pedro te la lía, ¿vale? No sé si tendré mucha cobertura o podré usar el móvil... Si me llamas y no contesto, te llamo en cuanto pueda, ¿vale?

»Te quiero, Enana.

—Y yo a ti, Mayor. Quiero detalles cuando vuelvas, de todo.

—Hecho.

—!Oye!

—Dime.

—¿Cómo se llama? Para buscarlo en Facebook.

—Venga. Hasta luego, Claudia.

Colgó el teléfono con una sonrisa pintada en la cara, al tiempo que Theo salía del baño con una toalla blanca anudada a la cintura.

—¿De qué te ríes?

—De mi hermana, que está fatal. He hecho café, por si te apetece.

—Te he dejado un juego de toallas limpias en el baño. Están en el armario de la habitación de invitados, con las mantas por si tuvieras frío.

—En junio.

—Ya me contarás...

Caminó hacia Theo y acariciando su hombro a su paso, le pidió diez minutos.

...

Salieron hacia su casa a las nueve y cuarto. Por suerte, Antía y Sergio ya se habían marchado.

Theo se puso la ropa acorde para una travesía de montañismo. Iban prácticamente conjuntados. Pantalón color camel, botas de montaña y camiseta oscura, la de Vera sin mangas, la de él en manga corta.

Vera llevaba además una sudadera por el aire matinal y el pelo recogido en una coleta alta.

Cuando la vio terminar de arreglarse frente al espejo, Theo pensó que era aún más bonita con la cara despejada. Algo en lo que no se había fijado al conocerla.

Él le indicó el camino hasta donde habían quedado.

La vergüenza la invadió al entrar en aquel bar a pie de carretera. Él la miró de soslayo y le susurró:

—Tranquila.

Tomó aire y entraron.

—Buenos días —dijo Theo con una sonrisa sincera, se acercó a su hermana y la besó en la mejilla. A Sergio le dio un golpecito de complicidad en el hombro.

Vera se acercó y los besó a ambos en la mejilla. Antía con actitud risueña

les preguntó:

—¿Qué tal..., pareja?

Vera enterró los dedos en sus ojos avergonzada.

—Nada destacable, hermanita. ¿Qué tal vosotros? ¿Lleváis mucho tiempo aquí?

Sergio fue quien quiso quitar la incomodidad latente al momento.

—Diez minutos o así. Oye, Vera, espero que vengas preparada para sufrir. ¿Estás acostumbrada a la montaña o cogemos la ruta de novatos?

—Vera tiene más recorrido que nosotros, Sergio. Esta nos tumba.

»¡Ya verás!

—Tampoco os coléis que yo venía en plan tranquilo a disfrutar del ambiente.

—Se nos raja, Theo. Si Antía aguanta, tú puedes seguro.

—¡Quién dijo miedo! Te daré la GoPro *a ti. Espero que si me mato, por lo menos lo documentes.*

Entraron por el pueblo de Berrocal dejando los coches en un descampado de arena cerca de donde comenzarían la ruta.

Era una bajada por un barranco, al principio de arena, con un caminito bastante cómodo. Cuando llevaban aproximadamente un kilómetro se encontraron una fuente de piedra con agua de manantial, poco después el sendero se convirtió en un camino de piedra de pizarra bastante angosto y dificultoso.

Nada tenía que ver aquello con la imagen turística que tenía de la zona.

Los árboles inundaban el paisaje de un verde intenso y las veredas, pobladas de maleza, aún conservaban el rocío de la mañana. Se respiraba naturaleza viva.

El sonido del arroyo a sus pies y el del río a lo lejos, los acompañó toda la ruta.

Sergio, guiado por un GPS, y Theo, con la cámara deportiva de Vera, iban por delante de Antía y de ella.

Estaban a bastante altura y había zonas complicadas donde la piedra de pizarra húmeda resbalaba, tanto que, en un descuido, Vera cayó haciéndose un corte en el codo izquierdo.

—¡Chicos! Esperad, que Vera se ha caído —gritó Antía entre risas.

—Tranquila. Esto es normal en mí. Si no me llevo una cicatriz de donde estoy, no he viajado. —Sonrió y seguido les gritó—: ¡Seguid!

Dos minutos después fue Antía la que se cayó de culo en otro descuido. Vera la ayudó a levantarse y con una sonrisa pícaro le reprochó:

—Karma.

—Su puta madre —sentenció ella.

Hicieron una bajada complicada de aproximadamente cinco kilómetros hasta llegar al río.

Los tonos rojizos del agua, el olor a metal, las piedras que prácticamente eran cantos rodados y la luz del sol que proyectada entre los árboles formaba colores caleidoscópicos, le hicieron comprender por qué estaba allí.

Ese lugar tenía mucho que contar y eran pocos los que lo conocían. Aquello iba mucho más allá de la historia británica, de la amabilidad de su gente, de la mina a cielo abierto y de la capitalidad gastronómica. Aquello tenía magia y en ese soleado día de junio, Vera supo verlo.

Se acercó a la orilla del río y extendiendo los brazos, inspiró a todo pulmón.

Theo la grababa desde atrás sin que se diera cuenta.

Aprovechó su soledad para sacar el móvil de la mochila y hacer alguna que otra foto. Al río, al paisaje, a ellos tres sin que la vieran...

Tras todo el esfuerzo necesitaban algo de soledad. Cada uno se sentó en un lugar apartado de los otros para sentir aquello y recargar las pilas para la vuelta. Antía había llevado bocadillos, agua y zumos para todos.

Comieron allí, sentados en las piedras a la orilla del río, rodeados de vida en su estado más puro.

Vera se sentía en deuda con ellos.

—No sé cómo os voy a pagar esto. Gracias, de verdad.

Theo se acercó a su lado y le devolvió la cámara.

—He grabado casi toda la bajada, pero me he perdido tu caída.

»¿Cómo tienes el brazo?

—Nada, es un arañón —dijo enseñándole el codo algo ensangrentado.

—¿Estás bien?

—Mejor que bien.

—¡Genial! Voy a ver qué nos tiene preparado Sergio para la vuelta. Con un guiño de ojos volvió hasta donde estaba Sergio.

Poco después se acercó Antía y señaló a su lado.

—¿Puedo?



—¡Claro! Oye, gracias por todo. Por los bocatas, por esto...

—Nada que agradecer. ¿Te puedo decir algo sin que te molestes?

La miraba con dulzura con tono apaciguador y sereno.

—Siempre, por favor.

—No os hagáis daño, Vera.

—No es mi intención, te lo prometo. Nada de lo que ha pasado era mi intención.

—Sabes que es fácil que pase. Los dos estáis muy jodidos y el despecho no es buen aliado. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé. Pero por favor, no pienses que es despecho. Hemos hablado mucho, aunque no te lo creas. Ahora mismo solo somos dos iguales que nos entendemos.

—Te acabo de conocer y me caes bien, pero ese cabezón de ojos azules es de lo que más quiero en esta vida. Él me protege, yo lo protejo. Es lo que nos toca.

»Ojo, no te reprocho nada. Solo quiero que hagáis las cosas con cabeza y que no toméis decisiones erróneas.

—Te lo agradezco. Lo último que quiero ahora mismo es hacer daño a quien no lo merece.

—Lo sé y lo siento, tenía que ejercer de hermana. Pero nos gustas, Vera. Así que no os compliquéis la vida.

—¿A eso te referías cuando decías que me iba a enamorar?

—¿A eso? —dijo señalando a su hermano—. Evidentemente no. Me refería a todo esto. ¿Acaso no estás ya enamorada?

Vera sonrió.

—¿Un tipi a orillas del río me saldría muy caro al mes?

—No me des ideas.

La vuelta les resultó mucho más complicada al ser en constante subida.

Notaron el cansancio en las extremidades. El relente de la tarde, además, convirtió el terreno en una pista de patinaje.

A Vera le temblaban los muslos de hacer fuerza para que las botas consiguieran agarre, e incluso, hasta Theo resbaló en un par de ocasiones.

Al llegar al descampado donde estaban los coches necesitaron unos segundos de aliento.

Vera estaba exhausta.

—Tremenda experiencia, Sergio. Se nota que estáis acostumbrados.

—Oye, pues me has sorprendido, no esperaba que nos siguieras el ritmo y al final eres la que menos se ha caído.

—Soy la única herida. Eso puntúa doble.

Por cierto, una cosita. Como mañana moriré de agujetas, si me dais vuestro permiso, haré turismo del común pero por la noche me gustaría invitaros a cenar en casa, si os apetece. Os lo habéis ganado.

Antía respondió por todos:

—¡Qué pava! De verdad, no te molestes. Nosotros encantados de enseñar el turismo alternativo.

Theo permanecía en silencio.

—¡Y tan alternativo! Pero en serio, me apetece que vengáis. Aprovechamos ese patio tan precioso que tenéis.

—Chicos, ¿qué decís?

Ambos asintieron.

—¡Adjudicado! Cena en casa. Mañana en torno a las nueve y media. — Vera se acercó hasta Theo que estaba apoyado en el maletero de su coche y muy bajito le preguntó—: ¿Estás bien?

Le devolvió una sonrisa sincera.

—Sí, ¿por?

—Estás muy callado.

—Estoy un poco cansado.

—Ha estado bien la aventura. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Me voy con ellos a casa.

—¿Te veo mañana?

—¡Claro! Oye, ¿te puedo hacer una pregunta? —No esperó su contestación—. ¿Antía te ha dicho algo?

—¿Y a ti?

—Es mi hermana. Si no me lo dice, revienta.

—Pues ya sabes la respuesta. Pero, no te preocupes por eso.

...

A Vera le dolía todo el cuerpo. Se dio un baño relajante que poco hizo por relajarla. Pensó en Theo y en su actitud de los últimos minutos juntos. Algo que no llegaba a comprender.

Con el pelo enrollado en una toalla, en pantalón corto en tonos pastel y

con una camiseta ancha blanca se sirvió una copa de vino y estuvo un buen rato trabajando en el patio estando ya bien entrada la noche.

Cuando iba camino del baño al tiempo que se soltaba el pelo de la toalla, alguien llamó a la puerta con los nudillos. Dejó con prisas la toalla en el toallero, se recolocó con las manos su indómita melena húmeda y corrió, con esfuerzo, a abrir la puerta.

Era Theo.

—¡Hola! No te esperaba.

—No sabía si dormías. ¿Puedo pasar?

—¡Claro! ¿Quieres una copa de vino?

—Vale.

Vera le sirvió una copa y se sentaron juntos en el *Chester del salón*. Estaba muy guapo. Con su cabello castaño alborotado por el viento, su barba incipiente, sus impactantes ojos azules, su camiseta básico azul marino y sus vaqueros desgastados.

No sabía por cuánto tiempo iba a poder bloquear sus sentimientos. La atracción iba en constante aumento y quería creer que era recíproco, si no, ¿por qué estaba allí?

—Quiero que sepas que estoy sopesando si habéis querido matarme. Me duele todo.

Theo sonrió.

—¡Venga ya! Si se te veía muy cómoda.

—Escúchame, Theo. No sé muy bien cómo afrontar esto y quiero serte sincera. Evidentemente si estás aquí es por algo, pero tu hermana puede que tenga razón. Nos podemos hacer mucho daño si seguimos jugando a esto. No quiero que ninguno de los dos lo pase mal.

—Vera... —Se tomó su tiempo en responder—. Aunque cogieras la maleta y te largaras ahora mismo, serías lo mejor que me ha pasado en estos dos últimos meses. Puede que hasta incluso más. Y sí, si estoy aquí es porque me estoy aplicando tu teoría de no mirar más allá de lo que está sucediendo ahora mismo. Me haces bien; así que, lo único que quiero es que formes parte de mi presente inmediato.

Sonrió.

—¡Qué mala suerte tengo!

—¿Por qué?

—Porque si fueras feo me sería más fácil decirte no...

—¿Vas a decirme no?

—Sí, pero solo a esta última pregunta.

Sujetándole el mentón lo besó, con delicadeza, con pasión y con mucha buena intención.

A lo lejos escuchó el vibrar de su móvil.

—Mi teléfono. Será mi hermana, dame un segundo. ¡No te muevas!

Era Pedro.

«¡Mierda!», pensó mientras se alejaba al patio a hablar con él.

—Dime, Pedro.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

—Bien, ¿qué quieres?

—Joder, Vera, eres Miss Simpatía.

Permanecieron unos segundos que parecieron eternos en silencio.

—Algo querrás, ¿no?

—Pues mira, quería charlar, pero ya veo el plan.

—No me lo estás poniendo nada fácil, Pedro.

—¿El qué no te estoy poniendo fácil, Vera?

—El no odiarte, por ejemplo. ¿Qué quieres?

—Mañana tengo que volver por más cosas. He dejado unas cajas con libros allí, para que se lo digas a tu hermana.

—Vale. ¿Algo más?

—Joder, de verdad. Estoy intentando hacer las cosas bien, ¿vale? Quiero que estemos bien.

—Me vas a volver loca, Pedro. ¿Qué bien pretendes? Si yo no quiero ni escucharte ahora mismo..., si veo tu número en el móvil y se me revuelven las tripas, ¡que me has destrozado, joder!

—Vera...

—Te tengo que dejar. Aviso a mi hermana.

—¿Es que estás acompañada?

—Adiós, Pedro.

—Sí que te has dado prisa.

En un bastante cabreado susurro le sentenció: —¡Me llevas dos putos años de ventaja!

Le colgó el teléfono.

A los pocos segundos comenzó a vibrar de nuevo. Rechazó la llamada y apagó el teléfono.

Se quedó un instante sentada allí con el teléfono entre las manos, dubitativa... Theo en el salón, Pedro llamándola y ella, devastada.

Le parecía macabra la idea de volver con él, pero lo pensaba. Pensaba si lo podría perdonar y seguir con su trabajo, sus viajes y sus ausencias sin que la invadieran los celos.

Pensaba que ahora casi estaban en igualdad de condiciones dado que él desconocía que ella estaba con otro.

Pensaba en cómo ni por asomo estaban en igualdad de condiciones, ella ahora solo vivía su vida sin él. Sin tener que rendirle cuentas a nadie.

Pensaba en Theo y en qué estaría pensando de ella en ese momento.

—¿Estás bien?

Se sentó a su lado.

—No. Ahora mismo no, la verdad.

—¿Quieres que me vaya?

—No, pero sí que necesito unos minutos.

—Vale.

Le respondió en un suspiro con lágrimas latentes en las cuencas de los ojos:

—... Si corro ahora a tu lado, sí sería despecho.

—No te preocupes.

—Voy a llamar a mi hermana, ¿vale? Pon música o ve la tele... o vete, si es lo que quieres, porque creo que estás aguantando el tipo en un marrón que no te mereces... Hagas lo que hagas, bien hecho estará.

Le acarició la mejilla regalándole una sonrisa sosegada y se marchó al baño cerrando la puerta para hablar con Claudia con más intimidad.

Cuando encendió el teléfono tenía cuatro llamadas de Pedro. Negó con la cabeza mirando la pantalla del móvil. Lo bloqueó y le dio a llamar a su hermana.

Le contó la llamada y cómo se sentía. Le preguntó por si le estaba desvalijando la casa o se estaba comportando.

—Conmigo ha hablado poco, la verdad. Saludo y despedida, básicamente. Ha dejado sus llaves aquí y tiene cuatro cajas ahí en la entrada para llevárselas mañana. ¡Por cierto! Ha dejado la alianza encima de la tapa del váter.

—No tiene huevos ni para tirarla. ¿Te importa metérsela por alguna de las cajas? No voy a ser yo quien cumpla su cometido de destrucción o de lo que quiera hacer con ella. No tiene ningún sentido.

—Vamos a ver, Vera, es normal que te cabrees..., pero ¡joder!, hoy ha sido light comparado con lo que os habéis dicho últimamente.

—Ya Clau, sería *light si...*

—Si ¿qué?

—Si Theo no estuviera aquí.

—¡Oh! ¡Tiene nombre!

—¡Claudia!

—Mira, Mayor, empieza a ser momento de que pienses solo en ti y que

dejes de pensar en Pedro. ¿Vas a volver con él? ¡No! ¿Verdad?, pues ya está, Vera.

—Es difícil, Enana. En diez minutos hasta he pensado en volver con él.

—Vera...

—No tienes que decirme nada, Clau. Pedro no forma parte de mi vida ni la formará, pero... ¿Estoy corriendo mucho? Encontrar a un tío tal y como llego a un destino. ¿Me estoy agarrando al clavo ardiendo?

—Desgraciadamente, hermanita, solo tú tienes las respuestas a todo eso.

¿Te gusta ese chico?

No le contestó.

—Eso es un sí.

—Claudia...

—Vera, sé consciente de algo. Tienes más respuestas que preguntas. No estás haciendo nada malo ni mal.

—Gracias.

—Me debes una cena con vino caro cuando vuelvas.

—O dos. Hablamos mañana, bonita.

Estuvo un rato sentada en el váter, se restregaba los ojos con las manos buscando cordura y sentido a toda su inseguridad.

Pedro y sus constantes llamadas. Claudia y sus consejos que dejan a un lado el corazón y la razón. ¿Cómo decirle que seguía queriendo a Pedro? ¿Cómo decirle que, en el fondo, le atemorizaba el pensar que llegará el momento en el que no vuelva a ver reflejado su nombre en la pantalla del teléfono?

Se levantó y se lavó la cara con agua fría.

Vio su cansado reflejo en el espejo. Respiró con fuerza y salió del baño.

Theo estaba sentado en el sofá con rostro serio. Seguro que se planteó en más de una ocasión marcharse de allí.

Vera forzó una sonrisa.

—¡No te has ido!

—No soy de los que huyen cuando las cosas se ponen feas.

Se sentó en el lado opuesto del sofá elevando los pies para estar más cómoda.

—Eres un buen tipo.

—¿Estás mejor?

Negó con la cabeza

—¿Quieres hablarlo?

—Es complicado, Theo.

Le regaló una sonrisa sincera.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

Se tomó su tiempo en contestarle. Tenía la cara oculta tras las manos y el corazón inquieto.

—Esto no lo tenía planeado, ¿sabes? No logro imaginarme sola. Me imaginaba envejeciendo a su lado. Juntos.

»Ahora mismo lo odio. Lo odio muchísimo y aunque sea dura, fría y distante con él, sigo viendo mi futuro con él a mi lado. No era el plan estar sola y hace mucho que lo estoy.

»Luego estás tú.

»Me gustas mucho, Theo. —Lo miró a los ojos—. De verdad, me gustas un montón, pero... a él lo quiero. Me es muy difícil esto porque... no puedo tenerte como amigo, como mi hombro y como el tipo con el que me acuesto. No puedo porque empiezan a aflorar sentimientos de cariño y aprecio... Nos hago daño.

—Vera...

—No digas nada, por favor. Porque, encima, soy tan egoísta que no quiero que te vayas.

—Vera, escúchame. —Se acercó a ella—. La única que se está haciendo daño eres tú.

»Sé desde el primer momento que viajas con una mochila de dolor y algo de desprecio. Yo sigo soltando lastre de la mía.

»Necesitas tu tiempo.

»No le conozco. Me puedes decir lo que quieras de él que voy a seguir teniendo la misma mala impresión que tenía hace un rato.

»Es un insensato por haberte dejado ir. Lo sé aun conociéndote tan poco.

»Lo único que me interesa es que no sufras.

—Theo, ¿adónde quieres que llegue esto?

—No lo sé, Vera. No es cómodo estar aquí ahora... y sí, quizás tengas razón y me debiera ir, incluso puede que también la tenga mi hermana.

»Nunca me gustaron las cosas fáciles, pero hay algo, que no sé qué es, que me dice que mereces muchísimo la pena.

»Me voy a quedar con ese instinto, si me dejas.



Y fue ahí, a orillas de una chimenea apagada, en un sofá que parecía más viejo de lo que era, en una casa que no era suya, cuando sin mochila, sin lastre, sin rencor, sin desprecio y sin ropa, se lanzó al abismo. Un abismo de ojos azules que la hacían quererle como nunca antes lo había hecho, a mirar por ella misma cuando estaba acostumbrada a mirar por los demás. A disfrutar de lo que le estaba regalando aquel lugar a quinientos once comas tres kilómetros de su hogar.

Ella tampoco tenía claro adónde iba a llegar todo aquello, pero ¿qué más da? Desde que pasó la noche a su lado, sabía que con él no se había equivocado.

No pensó en Pedro, ni en Claudia, ni en lo que la había llevado allí... Por primera vez había sido capaz de detenerse frente a su vida y ver cómo estaba pasando por ella de puntillas. Sin hacer ruido, vestida con las galas de la mentira y luciendo orgullosa su horrible atuendo.

Hacía días que del duelo había hecho su forma de vida. De Pedro, en el que no pensaba. De Claudia, a quien usaba una vez más de salvavidas. De ella, a quien no reconocía.

Como sucediera la noche anterior se dejó llevar por la marea, la que como en la canción, dejó cangrejos helados, agujas de hielo y un libro en blanco en el que escribir en negrita pasajes sin retorno.

Theo le quitaba los nudos que ella misma había ido amarrando con esmero por años, esos que le apretaban las entrañas y provocaban que la sangre llegara al cerebro con dificultad.

La desataba.

La dejaba libre.

Y sin saberlo, en esa historia inexistente, los dos, empezaron a ser.

## Capítulo 4

### Un montón de historia

Visitó sola el parque minero en busca de turismo convencional.

El museo, que no tardó mucho en ver con su réplica de mina incluida y sus trenes aparcados en el interior. La Casa 21, victoriana como la suya, pero de tres plantas y vieja como la historia. El ferrocarril, que la llevó de ruta durante una hora y media junto a una excursión del IMSERSO.

Tenía agujetas, estaba cansada y hambrienta. A su lado, sentados, se encontraba un matrimonio de Burgos. Diego y Jimena, octogenarios, encantadores y la mar de divertidos.

—¡Ay, maja! Mataba por un bocadillo de chorizo —dijo la anciana con una sonrisa permanente dibujada en la cara.

—¿Con qué dientes, Jimena?

—Tengo dientes, aunque no son míos. Bueno si lo son, que los pagué.

—Entonces son míos —sentenció risueño el anciano.

—Un bocadillo de chorizo de pan blandito calentito, Diego. Eso me comía ahora.

Vera sonrió:

—Yo mataba hasta por unos callos, señora, y eso que no me gustan.

—¿Eres de aquí, hija?

—No. Soy de Madrid.

—Y ¿viajas sola?

—Sí, pero por trabajo. Escribo sobre lugares turísticos.

—¡Eso en mi época era impensable! Una chica guapa, sola de viaje...  
¡Quita, quita!

—Jimena, deja a la muchacha que seguro que no le interesan tus historias del paleolítico.

—Como ves, maja yo soy la simpática de la pareja.

Vera los invitó a llevarlos en coche hasta La Peña del Hierro, en el término municipal de Nerva. Irían más cómodos y fresquitos que en el

autobús y después los dejaría de vuelta en su hotel en Ríotinto.

En agradecimiento y tras finalizar la ruta, la invitaron a comer en un restaurante cercano.

Fotografió la majestuosidad de las minas desde los miradores a pie de carretera. También fotografió a Diego y Jimena, quienes le dieron su dirección y teléfono por si algún día iba a Burgos, invitarla a comer chorizo y morcilla «de los de verdad».

Theo se quedó durmiendo. Lo avisó para decirle que ella iba a salir a conocer la zona, pero quería que se quedara y descansara. Algo que habían hecho muy poco las dos últimas noches.

Sabía que cuando volviera no lo encontraría en casa.

Se sorprendió viendo cómo pensaba más en él que en Pedro.

En realidad, comenzaba a ser consciente de que se había desnudado ante él.

Se había abierto como un libro que se abre por las páginas del desenlace. Él había sabido escucharla, comprenderla e incluso había sabido justificar sus lágrimas sin juzgarla. Ella también lo había escuchado, había sabido ver el dolor escondido tras la coraza de tipo duro que no sufre por amor.

Sabían conocerse más allá de lo carnal.

Eran aliados del dolor y del placer y aunque habían entrado en un juego que con el tiempo les podía resultar muy complicado, preferían ser a no.

Compró carne, bebidas y con ayuda del dependiente del supermercado, carbón, una pequeña lata de gasolina para mecheros, cerillas y pastillas para encender la barbacoa.

El cansancio físico iba aumentando y no estaba haciendo nada por remediarlo, pero le apetecía muchísimo tenerlos en casa.

Sabía que ese tiempo en pandilla tenía fecha de caducidad, pero también que aquel lugar no sería igual sin ellos. Se habían convertido en imprescindibles en su vida.

Vera había conocido a mucha gente en sus viajes, aunque no hasta el punto de llegar a tener amistades sinceras. Guardaba algunos números en su agenda que, más que amigos, eran conocidos de esos que se felicitan las fiestas y poco más. Nada comparable a lo que estaba viviendo allí.

Nadie se había comportado como ellos lo habían hecho.

La hacían sentirse en casa y esa sensación hacía mucho que no la

acompañaba.

...

Estaba entrando en la casa cuando le sonó el teléfono.

—¡Enana!

—¡Hola, Mayor!

—Cuéntame, ¿cómo sigue la cosa?

—Se acaba de ir, se ha llevado las cajas y no ha dicho nada más.

—¡Genial! Mejor.

—¿Cómo estás tú? Se te escucha contenta.

—Lo estoy. Estoy contenta. Me lo estoy pasando muy bien.

—¿Estás trabajando?

—Aunque no te lo creas, sí, estoy trabajando.

—¿Qué haces hoy?

—He estado haciendo turismo convencional. He compartido excursión con unos viejecitos de Burgos y en un rato vendrán Theo, su hermana y su cuñado a cenar. Tengo agujetas hasta en las cejas.

—¿Tanto estás bailando el mambo como para tener agujetas?

—¡No, joder! Tengo agujetas de la ruta extrema de ayer. En el mambo llevo tiempo siendo alumna aventajada. Ya sabes que lo bailo mejor que Baby en *Dirty Dancing*, y por cierto, tú deberías hacer algo por las telarañas de tu vida y salir. Estudiar no lo es todo.

—¿Quién te ha dicho que tenga telarañas?

—¿De verdad? Pues entonces, espero que antes de que vuelva me dejes limpias mis sábanas, cerda.

Claudia soltó una carcajada

—Quiérote, bicharraca.

—Y yo, siempre.

Dejó la carne y las bebidas en la nevera.

Escribió en su libreta ideas posibles sobre el qué contar, garabateó dibujos incomprensibles en las esquinas y navegó un rato por Internet en busca de información de lo que había pasado por el mundo en sus días de abstinencia en cuanto a la vida social.

En tres días no había leído un periódico, escuchado la radio o visto los informativos.

A las 21:30 horas exactas llegaron Theo, Antía y Sergio. Traían más vino.

—¡Hola! Lo de la puntualidad británica veo que viene de serie, ¿no?

Antía le dio un abrazo.

—Sí, es de familia.

Sergio la saludó con dos besos en la mejilla.

—¿Tienes agujetas?

—Un montón.

Por último, entró Theo. Con vaqueros y camiseta oscura. Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—¡Qué de tiempo sin verte! —ironizó.

—Mogollón —respondió Vera, que sujetándole el mentón y negando con la cabeza, le regaló un beso fugaz en los labios —. No os tengo que decir nada. Sabéis dónde está todo mejor que yo. ¿Alguien que se lleve bien con las barbacoas?

Antía sonrió.

—Amor, ¡te tocó!

Sergio salió al patio para ir encendiendo la barbacoa.

—¿Gasolina? ¿Quieres hacer explotar la carne o qué?

Vera sonrió.

—¡Yo que sé! Soy de Madrid, no he hecho una barbacoa en mi vida. Es lo que me ha dado el chico del supermercado.

—Ese no tiene ni idea de barbacoas. Las pastillas ya traen el combustible suficiente para que prendan. Vaya, que son para eso.

Antía lo abrazó por la espalda.

—Menos mal que te tenemos a ti, mi vida. El MacGyver de Chamberí.

Vera se fue a la cocina a por el vino y las copas. Theo la acompañó.

—¿Pudiste seguir durmiendo?

—Sí, me fui a las once o así. Gracias.

Vera se acercó a él y lo abrazó.

—¿Por qué?

—Por dejar que me quedara.

Le dio un beso en el pecho sobre la ropa.

—De nada.

Se había recogido el pelo y maquillado un poco. Llevaba un pantalón pitillo negro con bambas y camiseta. Parecía más joven de lo que era.

—Estás preciosa.

—Gracias.

Theo hablaba en un susurro.

—¿Sabes? Me da muchísima vergüenza esta situación con mi hermana y Sergio ahí fuera.

—¿En serio?

—Totalmente en serio. Además, es algo que no me había pasado nunca.

—¿Quieres que cambie la actitud?

—No, no. Para nada, por favor. No.

—¿Te quedarás luego?

—Luego lo vemos, ¿vale?

Antía gritó desde el patio.

—¡Besaos de una vez y traed el vino! Morimos de sed.

Vera la miró desde la puerta de la cocina y le sonrió. Bajito le dijo a Theo:

—Tu vergüenza en modo aumento. —Le dio un delicado beso en los labios—. Es ridículo ocultar lo que ya se sabe... Actúa como te nazca.

Y con un guiño de ojos se marchó al patio.

Vera siempre había sido una chica segura de sí misma, de claras convicciones y acorde a sus acciones, pero ¿y Theo? ¿Se estaba complicando la vida con aquella historia perecedera?

En aquel instante, con los tres en el patio, Theo y Sergio en la barbacoa y Antía hablando con ella como si fueran amigas desde siempre, comenzó a dudar si realmente estaba encajando allí.

Ellos eran un equipo consolidado. El círculo perfecto. ¿Y ella? Ella era la cuña intentando encajar a presión en el círculo.

La comodidad y las ganas, desgraciadamente, se encuentran demasiado cerca de la incomodidad y el hastío.

—Vera, ¿estás?

—Perdona, acabo de caer en que no he comprado hielo para las copas. ¿Hay algún sitio cerca dónde poder comprar? ¿Dejamos a los chicos pendientes de la carne y vamos nosotras?

—Venga. ¡Ahora volvemos!

Vera cogió el bolso y salieron de la casa camino a una tienda cercana a la plaza del pueblo.

—¿Sabes que eres un horror buscando excusas? ¿Qué te pasa?

—No lo sé. —Restregó sus ojos con el reverso de la mano izquierda—. Tu hermano..., yo..., esto.

—¿Te estás enganando?

—No me estoy enganando, Antía. Estoy enganada desde la primera noche. No puedo decir que sea amor, pero...

—Vera...

—A veces nos abrimos con quien menos esperamos. Encuentras comprensión, amabilidad y encima, todo eso viene acompañado de la atracción, te pierdes, ¿sabes? Pero eso soy yo. Él no sé...

—Vera, mi hermano, a ver cómo te lo digo... ¡Es un tío! Vive en línea recta y cuando, en su simplicidad, llega alguien y le desmonta la vida se convierte en un ser hermético. Habla poco, pero le gustas. De eso que no te

quepa duda, así que, si quieres, debes ser paciente.

—¿Y después de esto? Mira, dudo que haya dolor después de estos días si cuando todo acabe no volvemos a saber el uno de la otra. Lo que sí habría sería añoranza. Entonces ¿qué?, cuando vuelva a Madrid y él también, ¿mendigo amor? Con un exmarido poniéndome las cosas difíciles y un pragmático amor de verano.

»No quiero hacerle daño..., pero tampoco quiero que él me lo haga a mí.

»¿Sabes que se avergüenza de que nos veas?

—¡Ves!

—¿Qué?

—Le gustas, Vera. Le gustas de verdad.

»Theo es un tipo raro, pero es la mejor persona que te puedes encontrar en este mundo. Sois unos suertudos por haberos encontrado aunque sea por unos días y lo que os haya unido haya sido el dolor.

»Y si es más, ¡pues eso que os encontráis! ¿No eras tú una tía segura y sensata? No te pega esta actitud.

Vera sonrió.

—El tiempo para pensar que es cruel y un tipo raro al lado, al que le cuesta mucho expresarse.

»¿Crees que nos estamos equivocando?

—¿Quieres sinceridad?

—¡Claro! No preguntaría de no quererla.

—Al principio solo la idea me parecía un error garrafal, pero la vida es como nos viene. Si no hay despecho, sois unos valientes. El problema existiría si lo hubiera. Luego, por otro lado, tenemos la mala suerte de que nos caes bien.

—Vaya, gracias. Vosotros a mí también. Tengo la sensación de llevar con vosotros media vida. Por ejemplo, tú me recuerdas muchísimo a mi hermana.

—Entonces tienes una hermana cañón y, como se dice por aquí, tela de buena gente.

Vera sonrió.

—Sí, y a la que le encanta que la adulen. Pero en serio, gracias.

—¿Estás escribiendo?

—Desgraciadamente, poco.

»Me está costando la vida. Espero que cuando lo publiquen se reciba de la misma manera que yo lo he vivido porque si no....



»No me esperaba para nada que esto fuera así.

»Es muy distinto a lo que estoy acostumbrada. Además, es la primera vez que estoy teniendo tanto trato personal.

—¿En serio? ¡Si se te ve supersociable!

—Quiero creer que lo soy. Pero normalmente tengo los viajes muy planeados. Llevo la agenda cubierta y no paro nada más que para asearme, comer y dormir. Siempre que viajo lo hago con una libreta y anotando todo lo que voy viendo. Aquí estoy cargándome todos los protocolos de viajes que he perfeccionado con los años.

»Desde el sitio a cómo lo estoy afrontando, esto se parece más a unas vacaciones pagadas que a un trabajo.

»Si tuviera un jefe controlador, creo que me habrían despedido hace tiempo.

...

Disfrutaron de la noche, de la cena, del jazz suave que sonaba de fondo, de las risas y del vino. De las historias de infancia de Theo y Antía, de cómo esta conoció a Sergio cuando ambos comenzaban el instituto e incluso de cómo Theo guardaba más dolor del que contaba.

—Aunque hable menos que una piedra lo ha pasado regular estos últimos meses.

—Anti, ¿lo dejas, por favor?

—Es que no entiendo por qué no te abres y cuentas de una maldita vez las cosas con naturalidad.

»Créeme Vera no es por ti. Es así siempre.

Vera miró a Antía y con sinceridad le dijo:

—Yo lo entiendo. Además, las cosas se deben de contar cuando uno quiere. No hay que forzarlas.

—En realidad me da igual contarle todo, pero esta noche es para pasarlo bien, no para fustigarse con lo mal que lo hemos pasado porque mi hermana piense que me estoy desangrando por dentro.

»A veces, Antía, parece que necesitas demostrar que tras mi silencio hay sufrimiento, cuando en realidad llevo toda mi vida siendo así.

—Tampoco es que Sergio hable mucho —ironizó Vera.

—No me dejan —respondió Sergio al tiempo que se servía una copa—. Pero te garantizo que soy el que más sabe de los tres.

...

Vera intentó controlarse con las copas. Quería madrugar. Tenía mucho trabajo pendiente y, además, quería anotar todo lo que llevaba en la cabeza en su guía de viaje. Esa que era su mantra de consulta a la hora de montar sus crónicas para la publicación.

El cansancio comenzaba, de nuevo, a hacer mella en su cuerpo, le pesaban las piernas, tenía agujetas que disimulaba con esmero, le dolía la espalda y, a pesar de todo, no quería que la noche terminase.

Cuando salió de Madrid pensó que probablemente sería su viaje de trabajo más liviano... Probablemente.

Los chicos se marcharon estando bien entrada la madrugada. Theo se quedó.

Ambos sabían que lo haría aunque hubiera dejado la duda suspendida en el aire a primera hora de la noche.

Metieron las copas en el lavaplatos y mientras él apagaba las velas del patio, Vera dejó caer con todo su peso su cuerpo sobre el sofá.

—No puedo con mi pellejo y me duelen hasta las pestañas.

—Estás mayor.

—Muchísimo.

—Ven. —Theo le extendió la mano para que se levantara del sofá.

—¡No quiero!

—Ven. No te vas a arrepentir.

Vera se levantó a regañadientes. La llevó hasta la habitación.

—Dame un segundo.

Theo desapareció hacia el baño dejando a Vera con cara dubitativa. Volvió a los pocos segundos.

Le acarició con dulzura la mejilla y le quitó la camiseta.

—Que sepas que vas a trabajar tú solito y no te puedo prometer que no me vaya a quedar dormida en el intento.

Theo le regaló una sonrisa sincera.

Del bolsillo trasero del pantalón sacó un botecito de crema con dosificador.

—¿De dónde has sacado eso?

—Del baño.

»No todos los visitantes son como tú y se traen todos los enseres de aseo

más los de sus vecinos.

Vera hizo un mohín.

—Tumbate anda...

—¿Me vas a dar un masaje? —Se abrazó a él y lo besó pausadamente—. Mañana te compenso esto, te lo prometo.

Se quitó el pantalón y el sujetador antes de tumbarse boca abajo en la cama.

Cinco minutos después, estaba dormida.

Theo sonrió al verla.

Se tumbó a su lado y observó las delicadas facciones de su cara.

Le posó con suavidad el dedo índice en los labios, los cuales, como en un acto reflejo, adoptaron la posición de un beso.

Volvió a sonreír.

Apartó el dedo y los labios volvieron a su posición inicial. A los pocos segundos repitió la acción.

Volvió a colocar el dedo índice sobre sus labios y un sutil ósculo se posó sobre él.

Le acarició con ternura la mejilla y a pesar de estar profundamente dormida, Vera colocó su mano sobre la de él.

En esa noche sin sueños para Theo, supo ver más de lo que ella misma mostraba de sí.

...

Vera se despertó muy pronto, hizo café, se dio una ducha y, mientras Theo descansaba, aprovechó para corregir exámenes pendientes de un máster que cada año organizaba su editorial.

*Con su camiseta oversize, su pantalón de pijama a cuadros, su maltrecha coleta, una taza de café y un montón de historia en forma de exámenes, pasó la mañana.*

Eran algo más de las once cuando desde el quicio de la puerta del porche trasero, Theo, semidesnudo y con los pelos alborotados la observaba trabajar.

—Buenos días, señorita aplicada.

—¡Uy, qué sexy! No te había escuchado.

Theo sonrió.

—No te esperaba aquí atrás. ¿Has trabajado mucho?

Vera se levantó y se acercó a él.

—Tenéis muy desaprovechada esta parte. El arrullo de los árboles es inspirador y sí, he corregido todo lo que tenía pendiente y hasta lo he mandado.

»Gracias por lo de anoche. He dormido de un tirón. —Le dio un beso rápido y se abrazó a él fuerte por la cintura—. Quiero saldar mis deudas.

—Anoche me regalaste tú a mí más que yo a ti.

Vera levantó la vista con sorpresa.

—¿Qué hiciste conmigo?

—Nada, tranquila.

—¿Entonces?

—¿Sabes, Vera? Eres sorprendente hasta dormida.

—¡Ah! Vale. Has descubierto mi otra vida mientras duermo.

—¿Lo haces consciente?

—¡No! Mi hermana me puteaba bastante cuando éramos pequeñas. Soy una sonámbula extraña. No me levanto ni hablo, pero interactúo.

—¿Puedo organizarte tu día de trabajo? Me gustaría llevarte a un par de sitios que estoy convencido que te van a encantar y van ser útiles para tu trabajo, además de invitarte a comer.

—¿No tienes que ayudar en el bar? Tu familia me va a odiar.

—Se las apañarán sin mí, tranquila. ¿Te apetece?

—¡Claro!

—¿Te da miedo montar en moto?

—No.

—¡Genial!

Saldaron sus deudas pendientes de la noche anterior.

...

Juntos caminaron hasta la casa donde vivía junto a Sergio y Antía. Mucho más común que en la que ella se hospedaba, pero más grande.

Tres plantas con abuhardillado donde los recuerdos de la infancia se encontraban en cada rincón.

Conoció a sus padres por fotos. Más jóvenes que los suyos, de porte serio y elegante. Los que, por suerte y en esta ocasión, se habían quedado en Madrid.

No se veía preparada para afrontar eso sin vergüenza.

Mientras Theo terminaba de arreglarse, Vera aprovechó para llamar a Claudia y ver si había alguna novedad. También llamó a su madre para intentar normalizar la situación. Hablar con absoluta normalidad, demostrarle que estaba bien pese a todo y que la vida continuaba tras una ruptura.

Ese era otro de los temas que quería controlar y que se le escapaba de las manos sin que pudiera hacer nada al respecto.

Lo quería intentar.

Lo iba a intentar.

Lo intentaba.

Entraron al garaje donde estaba el coche de Sergio y al fondo una preciosa moto clásica, con matrícula británica y en perfecto estado de conservación.

—¡Qué bonita!

—También era de mi abuelo. La restauré el año pasado. Es una joya.

—¿Y vienes y vas a Madrid en moto?

—No. Esta la tengo aquí. En Madrid me la destrozarían. —Le pasó un casco negro mate de Antía—. No te veo cabezona, así que te debe de quedar bien la talla de mi hermana.

—Me encanta tu plan, gracias.

—¡Pero si no sabes adónde te voy a llevar!

—Da igual, ya me gusta. ¿Dónde vamos?

Theo sonrió.

—En primer lugar, te llevo a comer a Valverde.

—¿Valverde del Camino? ¿Dónde las botas camperas?

—Botos camperos o rocieros.

—¿Cómo inventáis! ¡Mira que sois raros!

—Yo no les puse el nombre. Se llaman así.

—Le llevaré... unos —dijo haciendo énfasis en el masculino— a mi hermana. Sé que le gustaron cuando se los vio a Kate Middleton.

—¿Sabes que se agotaron?

—¡No me extraña!

—Por cierto, ¿cómo se llama tu hermana?

—¿Cómo quieres que te conteste, como lo haría ella o como lo haría yo?

—No sé... ¿Cómo lo haría ella? —preguntó Theo con ingenuidad.

—Se llama Claudia.

—¡Vale! ¡La llamaste Clau! No lo entendí cuando te escuché. ¿Y cómo la llamarías tú?

Vera sonrió.

—Si estuviera ella delante, y solo para fastidiarla, te diría que se llama Claudia Mercedes.

—¡Qué mala!

—Es que se llama así, aunque ella lo niegue.

—¿En serio?

—Absolutamente.

—Seguro que eso tiene historia.

—La tiene, claro.

—¿Confesable?

—A ver... Me mata si se entera que te he contado esto. —No podía borrar la sonrisa de su cara—. Pero, es una de mis historias favoritas de familia.

»Mi padre era un loco de los coches alemanes y estaba ahorrando para comprarse un Mercedes-Benz 380SL Roadster.

»Sin esperarlo, mi madre se quedó embarazada pero claro, ellos no lo sabían. Así que, ante el malestar de mi madre, se hizo una analítica y tal, y cuando le dieron los resultados con la buena noticia mi padre lo primero que expresó sin perder su sonrisa fue un «¡A tomar por culo el Mercedes!».

»Cuando nació y mi padre fue al registro, la inscribió como Claudia Mercedes.

»¡Imagínate a mi madre cuando vio el libro de familia! Se pilló un rebote

de pelotas y él, feliz, le dijo: «Pero, ¿no te das cuenta, cariño? ¡Ya tengo mi Mercedes!».

»Era un tipo divertidísimo.

»Lo echo tanto de menos.

Theo sonreía.

—¡Qué grande! ¿Llegó a tener el Mercedes?

—Sí, de hecho, es el coche de Claudia. Aunque lo coge poco. Dice que es un clásico y hay que cuidarlo.

—Una chica lista. Bueno, qué, ¿preparada para la aventura?

...

Tardaron algo más de media hora en llegar.

El entorno era precioso.

Unos jardines rodeaban a un enorme edificio de clásico estilo inglés.

Theo le contó la historia de su construcción allá por 1912, cómo se realizó para un cargo directivo de una empresa explotadora minera y cómo lo restauraron para convertirlo en un Museo Etnográfico y espacio cultural tras un tiempo de abandono cuando cesó la actividad en las minas.

Valverde era otro de esos lugares que tenía mucho que contar en cuanto a legado británico.

Vera preguntó con interés:

—Pero ¿cómo es que aquí la gente no habla en inglés? ¡Vaya, como en Gibraltar!

—Porque no se mezclaban con el pueblo. Ellos tenían muy claro a lo que venían. En Tharsis sí les dieron educación a sus trabajadores, por ejemplo.

»Bella Vista, el barrio inglés donde viste la Casa 21, al que por cierto luego volveremos, era el barrio donde vivían las personas con cargos importantes en la Riotinto Company Limited, esto te lo contarían, me imagino, ¿no?

—Sí, sí. El guía me contó un poco la historia de la casa y vi hasta que tenían su propia iglesia presbiteriana.

—¡Exacto! Pues Bella Vista era inglés e infranqueable. No había trato con la gente del pueblo. Cuando alguien tenía trato era tomado como algo deshonroso.

—O sea, que eres nieto de la deshonra.

—Algo así, aunque siempre hubo excepciones.

»Si quieres conocer la historia bien mezclada con la ficción, te recomiendo que te leas *El Corazón de la Tierra de Juan Cobos Wilkins*. Tiene película, pero sin caer en el tópico, el libro es mucho mejor.

—Me lo apunto.

—La historia de Riotinto y de los ingleses es más triste que bonita. Pero bueno, es historia y se debería estudiar más en los colegios locales.

»En fin..., hemos venido a comer, ¿no?

Vera sonrió.

—A mí me está encantando y eso que como pueblo no es gran cosa.

—¿Osas meterte con mi pueblo?



—Tranquilo, tiene otros encantos...

—Venga, arréglalo.

—Ahora me tiene a mí allí. ¡Vamos a comer, anda!

En un lateral y con unas vistas impresionantes se encontraba el restaurante bajo el mismo nombre que el señorial edificio principal:

«Casa Dirección».

Vera no supo cuándo, pero Theo, había reservado en la terraza con vistas a los verdes prados y a un pequeño anfiteatro en el que se hacen representaciones en las noches de verano e incluso una proyección de cine mudo con música de piano en directo.

Aquello era precioso.

La reserva llevaba incluida una experiencia gastronómica denominada «José Duque», quien, además de dueño, era el chef del restaurante y alguien a quien Theo conocía de otras ocasiones.

José les describió con esmero y pasión cada plato que iban a degustar.

Desde las milhojas de foie *con queso de cabra y membrillo que abrió la experiencia, hasta la mousse de fruta de la pasión, mango y galleta que la cerró. Todo* ello acompañado por una selección de vinos recomendados que hacían de aquel enclave un lugar más mágico de lo que ya era.

Tras una charla de sobremesa con el dueño del local y un recorrido privilegiado por el Museo, actualmente cerrado al público, se marcharon a pasear por los jardines del conjunto histórico Casa Dirección.

Vera, como en un acto reflejo, cogió la mano de Theo y se aferró a su brazo, mientras él, contaba historias de ferrocarriles, ingleses y minerales, y también de pueblos, calzados y carpintería... porque había mucha más vida detrás de las minas.

Le gustaba escucharlo.

De repente, parecía otra persona. O quizás fuera ella la que era distinta. ¡Quién sabe! Lo cierto es que por primera vez en muchos años, se sentía en paz y en el lugar que tenía que estar.

Su relación con Pedro no fue mala, pero sí que vivía en un constante y recurrente pasas mucho tiempo de viaje.

Sin duda, la frase favorita de su madre y la excusa en forma de arma arrojada cuando discutía con Pedro.

Por eso no solía relacionarse con nadie cuando viajaba.

Era la forma de demostrarse que lo hacía por trabajo y que no había cupo para la diversión.

En ese rincón del sur, se dio cuenta de que no solo había mentido durante años a sus lectores, sino que también se había mentido a sí misma, ya que no había disfrutado ni de la mitad de lo que había plasmado en sus crónicas ni de los lugares que había visitado.

...

—¡Joder! ¡Estoy hablando muchísimo! Luego decís que no lo hago.

—Eres otra persona.

—¿Tú crees?

—Bueno, en realidad creo que los dos somos personas distintas.

»¿Adónde me vas a llevar ahora?

—¿Quieres ir a comprar los botos para tu hermana o venimos con el coche otro día?

—No está lejos. Podemos venir otro día. Así aprovechamos este al máximo.

Volvieron al pueblo siendo media tarde. Theo condujo de nuevo hasta el barrio de Bella Vista en el que Vera había estado el día anterior. Ambos llevaban chaquetas de cuero tipo biker *para resguardarse del aire*.

Vera aferrada a su cintura mientras él iba haciendo eslalon por las curvas de la sierra onubense.

Disfrutando del paisaje que ante sus ojos pasaba a gran velocidad. Como el tiempo a su lado, que se queda impregnado en la piel pero que a su vez no se detiene.

Aparcó en el mismo lugar que lo hiciera Vera y juntos de la mano caminaron hacia la entrada de la Casa 21 ubicada en la parte trasera.

—¡Aquí estuve ayer!

—Donde vamos no has estado, créeme.

En vez de girar a la izquierda, cogieron hacia la derecha por el camino de arena. Al lado derecho iban dejando las casas victorianas y a la izquierda unos enormes árboles y setos que separaban del camino la iglesia presbiteriana.

Caminaron hasta los confines del barrio.

Continuaron por un sendero de arena hasta que este se convirtió en un frondoso bosque.

Theo le dijo a Vera que tenían que llegar al otro lado.

—¿Me piensas violar y dejar aquí arrumbada?

Theo soltó una sonora carcajada.

—¿Qué dices? Te voy a llevar a mi rincón favorito del mundo.

Una pronunciada bajada entre árboles y maleza hasta llegar a un camino por el que alguna vez debió pasar el río y que aún conservaba zonas húmedas. Lo cruzaron.

Subieron con comodidad siguiendo la misma ruta que les había marcado la bajada.

Aunque era un camino con rocas y bosque a través, se notaba que era habitualmente transitado.

Cuando llegaron a la cima Theo le preguntó:

—¿Estás preparada?

—No lo sé.

Siguieron por un nuevo sendero de arena unos escasos cien metros y tras una pequeña subida, ante sus ojos, se descubrió la mina a cielo abierto más grande de Europa.

La Corta Atalaya, majestuosa y sola para ellos dos desde una perspectiva que jamás hubiera imaginado ver.

Hacía muchísimo viento, pero las vistas merecían la pena.

La inmensidad del cielo azul fundiéndose con la piedra de innumerables colores por los minerales junto al rojo tinto del agua en el centro. Aquello parecía un antiguo circo romano y ellos, ellos se encontraban en el palco de honor.

Vera volvió a abrir sus brazos y respirar. Recargar energías y vida en un lugar tan extraño como sorprendente, tal y como hiciera el día de su excursión junto a Antía y Sergio.

Miró a Theo y le dijo:

—Hoy no tienes cámara para hacerme un robado.

Theo le enseñó el móvil.

—¡Mierda! Luego me las pasas. ¿Sabes que no tengo tú teléfono?

—Ni yo el tuyo... y fíjate, no nos ha hecho falta.

Vera sí que sacó su cámara de fotos del bolso e hizo alguna instantánea al paisaje, a las rocas... También se hicieron algunos *selfies con el teléfono y se sentaron bajo un árbol cercano para resguardarse del viento en aquel improvisado mirador.*

—Creo que esto es insuperable. Ni en mil años habría llegado aquí en un

viaje organizado.

»Se puede escuchar a la gente trabajar. Los martillazos..., el hierro...

—Hace mucho que aquí no trabaja nadie.

—¡Ya! Me refiero a que te lo puedes imaginar y que hasta lo puedes escuchar.

—Te había entendido, muñeca. Me gusta hacerte rabiar...

Vera hizo un mohín.

—¿Muñeca?

Theo sonrió irónico. Le paso su brazo por encima y ella se acomodó en su pecho.

—¿Sabes, muñeco? Si pudiera paraba ahora mismo el tiempo y me quedaba aquí, para siempre, contigo.

La besó.

—Pero imagino que habrás vivido aquí demasiadas experiencias como para que esta sea, no sé, distinta.

—Nunca he traído aquí a nadie.

—¿Cómo?

—Que eres la primera persona que traigo aquí conmigo.

»Este es mi rincón del mundo...

»Venía con mi abuelo cuando niño, nos sentábamos aquí a comer alguna pieza de fruta que siempre traía con él y me contaba historias de la mina, de la gente y de lo difícil que fue todo en su época.

»Nos sentábamos donde estamos ahora y se nos pasaban las horas...

»La gente del pueblo no suele contar cómo llegar a este lugar.

»Es como algo de aquí, ¿sabes?

—Me voy a cargar este momento, pero ¿a ella, no la traías aquí?

—A Lucía. —Hizo una pausa—. A ella no le gustaba el pueblo. Vino un par de veces y obligada.

»Lo único que me fastidia de todo esto es que yo también he pasado mucho tiempo sin venir por ella.

»No dejes de ir a los sitios que te apetezca porque alguien te lo imponga, Vera.

—¿Puedo saber qué os pasó?

—Ya sabes que tú y yo somos dos iguales.

»Lucía y yo trabajamos en la misma empresa, ella es licenciada en Filología Portuguesa.

»Esto es lo complicado de la historia, que seguimos coincidiendo en el trabajo y que, bueno, es un poco vergonzoso para mí.

—Vergonzoso, ¿por qué?

—Viajó a Oporto a un evento y yo planeé el viaje de mi vida sin que ella lo supiera.

»Le dije que me fuera a buscar unos libros que había encargado en la Librería Lello. ¿Sabes cuál es?

Vera asintió.

—Me costó convencerla porque me decía que no tenía tiempo, que iba con mucho trabajo y que tenía las horas muy organizadas. Al final me dijo que iría por la tarde cuando saliera de una conferencia en la que trabajaba como traductora.

»Sé que siempre que entra en alguna librería busca libros traducidos por ella del portugués al castellano o del castellano al portugués. El ego del traductor, que como no somos protagonistas de nada, nos gusta saber que nuestro trabajo al menos llega a rincones insospechados.

»Cuando llegó yo ya llevaba allí dos horas esperándola en la zona de narrativa extranjera y fue allí, en tan mítico lugar, donde le pedí que se casara conmigo y donde ella...

—¿Qué dices? ¿Te dijo que no en una de las librerías más bonitas del mundo?

—En realidad no me dijo que no..., fue peor, me dijo que no había viajado sola y que llevaba mucho tiempo queriendo decírmelo.

—Madre mía, Theo. No sé qué decir.

—No digas nada. Al menos, sé que tú me entiendes bien.

—¡Claro que te entiendo! Más de lo que imaginas.

—¿Sabes que después de conocerte creo que es lo mejor que me ha podido pasar? Hasta que llegaste me sentía el tipo más desgraciado del planeta. No he conocido a nadie como tú, Vera.

—Yo tengo miedo, Theo.

—No debes tenerlo.

—Pues tengo muchísimo, de verdad. El tiempo a tu lado, que es poco porque nos conocemos hace días, a su vez me parece infinito.

—¿Y?

—Quiero más y sé que no soy la única. Me lo estás demostrando hoy.

Estamos cambiando nuestras actitudes y yo, yo estoy sintiendo cosas, Theo. Estoy sintiendo cosas que ni recordaba. Créeme, no pretendo asustarte porque no sé si es amor o algo por el estilo. Es una mezcla entre libertad, necesidad, pasión, y... ¡Joder! ¡Es maravilloso! Tú eres maravilloso.

Theo sonrió. Le acarició la mejilla con dulzura y le preguntó: —Y si es amor, ¿qué?

## Capítulo 5

### Todos somos vulnerables al amor

Estuvieron un rato más allí sentados, disfrutando de la brisa, de acariciarse sin cuidado y mirarse a los ojos, de verdad.

Theo le recolocaba los mechones sueltos de pelo que el aire elevaba juguetón y ese pequeño gesto provocaba descargas de electricidad en la espina dorsal de Vera.

Era uno de esos actos que asociaba a Pedro.

Nunca imaginó que en manos de otro hombre fuera tan distinto.

Respiró con fuerza y le dijo:

—¿Tienes algo más preparado? Si seguimos aquí, y aunque no haya nadie a nuestro alrededor en este momento, nos pueden acabar deteniendo por escándalo público.

Theo soltó una sonora carcajada.

—Una cosita más hay en el plan y nos vamos donde quieras.

La llevó hasta el Cementerio Inglés de Bella Vista. Muy cercano al barrio, a la Corta Atalaya y a la iglesia presbiteriana.

Siguió contándole la historia de cómo los ingleses construyeron su propio cementerio a los pocos años de llegar al pueblo, cómo la mayoría de los enterrados eran protestantes y los menos, católicos.

También le contó la historia del hombre que nunca existió, William Martin, quien estaba enterrado en el cementerio de Huelva.

Le contó que el Cementerio Inglés de Bella Vista estuvo durante muchos años abandonado, hasta que fue declarado Bien de Interés Cultural allá por dos mil cinco y que desde entonces estaba en constante rehabilitación.

Para él tenía más encanto antes. Cuando estaba degradado, como la historia que ellos sembraron, aunque fuera el único cementerio anglicano en Andalucía.

...

Pasaron por casa de Theo a coger algo de ropa.

Saludaron a Sergio y Antía, quienes les ofrecieron salir a cenar y a tomarse unas copas después. Se negaron en rotundo, entre risas y al unísono.

El día era solo de ellos dos y así finalizaría, con ellos. Empezaba a oscurecer cuando volvieron a casa de Vera.

En la puerta ella se apeó de la moto, se quitó el casco y, con inseguridad al ver que Theo no hacía nada por bajarse, le preguntó:

—¿Te vas?

—Sí y no. Voy a por algo de cena y vuelvo.

Se acercó a él, le levantó la visera del casco y acercándose aún más, tanto que podía sentir su respiración en la cara, le dijo:

—Hay restos de anoche. ¿De verdad te quieres ir a comprar algo?

Theo respiró agitado.

—Tu plan es tentador, pero creo que puedo mejorarlo.

—Lo tenías todo organizado, ¿eh?

—No te creas. He ido improvisando sobre la marcha.

Le dio un delicado beso.

—No tardes.

Cogió la bolsa de Theo y entró en la casa.

Sonrió en soledad ante los nuevos sentimientos que iban floreciendo en ella.

Encendió la vela enorme del patio y del mueble del salón sacó un paquete de velas pequeñas que encendió en el porche trasero en un caminito de piedra que daba acceso desde la calle por el pequeño jardín.

Metió una botella de vino blanco en la nevera, por si acaso, aunque estaba convencida de que Theo tenía también el control sobre eso.

Estaba nerviosa.

Se sentía como si fuera a tener una primera cita con él.

Corrió al baño, se lavó la cara con la intención de volverse a maquillar.

Buscó entre su ropa algo decente que ponerse. Todo lo que había llevado en la maleta era *sport*, a excepción de un par de prendas más de vestir que siempre incluía por si surgía alguna cena.

Miró el móvil para ver la hora. Tenía una llamada perdida de Claudia y un WhatsApp, aplicación que apenas solía utilizar.

¿Vives? 20:35

Eran las 21:31. Theo tenía que estar al llegar.

Tengo cena, Enana.



Al final prefirió reservar su ropa más elegante por si en algún momento tenía una opción mejor de lucirse.

Cogió un pantalón pitillo negro, camiseta blanca ancha y bailarinas. «Lo básico siempre es un acierto», se dijo a sí misma al verse en el espejo que estaba apoyado en el suelo de la habitación y que era más alto que ella.

Theo tardaba y eso la empezaba a preocupar, así que aprovechó el tiempo en ella misma.

Se abullonó el cabello y se maquilló de noche. Sus ojos color avellana parecían enormes. Su media melena, perfecta. El sol le estaba clareando su cabello castaño, el cual parecía tener mechuras.

Sonrió al verse reflejada en el espejo del baño. «Pareces una maldita adolescente», le replicó con gracia de nuevo a su reflejo.

Se echó un poco de perfume detrás de las orejas al tiempo que escuchaba como alguien llamaba con los nudillos a la puerta.

Cogió aire y se recolocó la ropa justo antes de abrir.

Theo venía con unas bolsas de papel repletas de comida. Vera supo diferenciar el logo de Casa Dirección.

—¿Y esto?

—Eso digo yo. ¿Y todo esto? —le respondió él marcando con su cabeza todo el recorrido de su cuerpo.

—Es que estoy esperando a un chico muy guapo. ¿Has vuelto a Valverde?

—Sí. Le dije a José que nos hiciera algo digno de un buen día.

—Si tengo que superar esto..., me lo has puesto muy difícil.

—Tranquila, soy un tipo paciente.

Se acercó a él, le acarició la mejilla dedicándole su tiempo y le susurró:

—Lo que eres es... sorprendente.

Lo besó. Lo besó como si fuera la primera vez que lo besara, como si fuera la última.

—Ve poniendo la mesa en la parte de atrás —le dijo cuando cogía la vela enorme del patio y se la llevaba al porche.

—Te ha gustado esa zona, ¿eh?

—¡Es que la tenéis muy desaprovechada!

La tenue luz de la vela, el tintineo de las otras en su caminito de piedra, la noche, el vino de la tierra, la cena, ellos y el jugueteo constante de sostenerse las miradas, manos que se buscan sobre la mesa, sonrisas sinceras...

No conocían sus pasados más allá del dolor que compartían tras sus respectivas rupturas. Ese que poco a poco se iba disipando pero que siempre les dejaría un estigma con nombre y apellido que en un tiempo pasado fue.

Pedro fue, Lucía fue..., y ambos se fueron para ser con otros.

Vera comenzaba a comprender aquello de que todo el mundo tiene derecho a ser feliz, pero ¿qué sucede cuando ella ya era feliz con lo que tenía?

Sabía que se podía acostumbrar a alguien como Theo. Dádivoso, entregado, tranquilo. Un tipo seguro de sí mismo al que le costaba abrirse pero, que cuando lo hacía, dejaba ver sin dudas su mejor versión.

No tenían prisa y estaban a gusto.

Para Vera después del día que había vivido a su lado lo que menos le importaba era trasnochar.

Comenzó a recoger la mesa para tener más espacio. Theo se levantó para ayudar.

—¡No te muevas! Solo voy a recoger esto.

De fondo muy sutil y delicadamente Carla Morrison ponía con *Hasta la Piel sentido a cada acción que nacía entre ellos*.

La inseguridad del bien o del mal, del tiempo fugaz que corre más deprisa de lo que creen e incluso de lo que ya no les importaba. El qué dirían los que fueron si lo supieran.

Sentados uno al frente de la otra, con una copa de vino recién rellenada, se contaban todo lo que se les pasaba por la cabeza y que para el otro pudiera ser de interés.

De repente no había trabajo, no había legado británico ni historias de antaño. Había presente, había ahora...

—¿Sabes? Cuando te vi entrar en el restaurante con mi hermana no me gustaste, pero nada—enfaticó.

Verá sonrió.

—¡Vaya!

—No, no, perdona, no me malinterpretes. A primera vista se te ve tan segura de ti misma que me dio la impresión de que cuando fueras a hablar ibas a nadar en tu propio ego...

—Jamás me definieron de forma tan bonita —ironizó

—¡Eres idiota! ¡Cuando hablaste resultó que eras la persona más dulce que había escuchado!

—Era...

Se levantó levemente de la silla para acercar su cara a la de ella y mirándola directamente a los ojos con una sonrisa dibujada en la cara le dijo:

—¡Eres!

Vera le devolvió la sonrisa sin apartar la cara.

Theo se reincorporó en su sitio.

—No me molesta confirmar mi ceguera ante las primeras impresiones.

—Yo hace mucho que no juzgo a nadie. Me he encontrado tantos especímenes raros en mi vida, que lo mejor es dejarse llevar. —Le hizo un simpático mohín—. Como contigo, que eras un tipo raro y me dejé llevar.

—Era —la imitó.

—Si me levanto de esta silla es para no sentarme más en ella.

Theo se encogió de hombros sonriente.

Vera se levantó, pero no para acercarse a él. Lo miró de soslayo y al tiempo que se iba sacando con los pies las bailarinas caminó estilosamente de puntillas hasta entrar en la casa.

Dejó un susurro suspendido en el aire mientras Ed Sheeran comenzaba *Thinking out loud cerrando la banda sonora del día planeado hasta la llegada de los bises*.

—Eres. —Y perdiéndose tras la puerta y sin mirar atrás le sentenció—: Lo que pasa es que al final todos somos vulnerables al amor.

Theo siguió sus pasos pasados unos segundos, delicado y sin prisas.

Desde la puerta no lograba ver a Vera. Comenzó su caminar hacia la habitación cuando una mano le acarició el hombro. Theo giró su cabeza para verla, ella solo acertó a regalarle un entrecortado y casi inaudible «¡Buh!».

Estaba apoyada en la pared, con la respiración agitada y mordiéndose las ganas.

Theo se acercó a ella hasta que sus frentes se tocaron, mirándola a los ojos le sujetó las mejillas con ambas manos.

—Estás temblando.

—Estoy más nerviosa que el primer día.

Él sonrió y Vera pudo comprobar que torcía un poco el labio al hacerlo.

Como Andrew Shue en *Melrose Place*.

—Tranquila.

Besó pausadamente su labio superior cuando ella lo abrazaba. Siguió con sus labios el recorrido de su cuello hasta el hombro. En ese momento ella ya se había convertido en su propio holograma.

Estaba allí, con él, pero al mismo tiempo sentía que flotaba.

Había ido dejando sus miserias derramadas a sus pies para volar sobre lo que llevaba días viviendo y no quería creer.

Al oído le susurró:

—Puede que esto sea más.

Theo en silencio marcó sobre la ropa el símbolo del tatuaje al lado de su pecho, lo que le provocó un destierro loco de su conciencia. Lo hizo estrellándose en sus labios, jugando al escondite con su piel, estremeciéndose

entre susurros de cama y sexo.

Volvieron a mirar a los ojos del amor para, al fin, poder de nuevo hablarle de tú.

Estaban desnudos sobre la cama. Theo recostado sobre la tripa de Vera en silencio. Ella hundía la mano entre su pelo.

De fondo los besos del viejo concierto o el preludio de uno nuevo.

¡Quién sabe!

*Hands de L.A. sonaba y Vera tarareaba la letra entre dientes.*

*Theo sonrió al escucharla.*

—Tus playlist parecen diseñadas para cada momento. Eres una vidente musical.

—Siempre he tenido la sensación de que esta canción tiene un triste final.

—¿Y la nuestra?

—¿Tenemos canción?

—Si la tuviéramos...

—Pues no sabría su final porque no sé cuándo comenzó a sonar.

Theo se incorporó a su lado, la miró a los ojos y le susurró en un perfecto inglés al ritmo de la canción: —*In front of the ocean, I kissed my baby once I heard her knockin' at my heart door.*

—No tenemos en frente el océano.

—Pero no nos queda muy lejos, pequeña.

Es la primera vez que utilizaba un apelativo cariñoso hacia ella más allá de aquel irónico «muñeca» de la tarde.

—¿He llamado a las puertas de tu corazón?

—Lo has abierto en canal.

Vera le deslizó su dedo índice por el mentón y su incipiente barba, le sonrió con dulzura e incredulidad.

Había logrado despedirse de Pedro con honores, graduándose en ruptura exprés y matriculándose en un máster presencial sobre nuevas emociones.

—Qué jodido es enfrentarse a lo desconocido, Theo.

—¿En qué sentido?

—Estoy... —Estuvo a punto de decirle todo lo que se le pasaba por la cabeza. Sentenciarse, sin escudos ni medidas. Sincera y entregada. Pero solo acertó a decir—: acojonada.

—No se conoce la valentía sin miedo, dicen.

—A mí no me engañas, ratón. Has visto *Del Revés*...

Y entre risas le contestó: —Es mi peli favorita. —Le hizo un simpático mohín—. No tengas miedo, Vera. De verdad, no debes tenerlo.

Estuvieron bastante rato susurrándose letras de canciones que sonaban a lo lejos, marcando un camino nuevo que iban descubriendo en un difuso horizonte.

Conociéndose más allá de lo que dicta la piel. Gustándose por lo que son más allá de por lo que ven.

Amándose sin ser capaces de pronunciarlo.

...

A media mañana Theo se marchó a una comida familiar ineludible y Vera casi que lo agradeció. Tenía que enfrentarse a la realidad. A la de su vida. A la del día a día. A la de su trabajo. A la vida que conocía sin él.

A la de verdad.

Encendió el ordenador con la intención de escribir todo lo que había vivido hasta el momento. Abrió en el *Word una página en blanco y pasados cinco minutos seguía mirando la barra vertical parpadeante sobre aquel vacío fondo.*

Cogió el móvil, abrió favoritos y buscó a Claudia.

Pensó en llamarla, pero se arrepintió y le escribió un *WhatsApp*.

Buenos días, Enana. Seguro que flipas al verme usando esto, pero sé que si te llamo empezaremos a hablar y necesito un *Skype* o un *Facetime*. 12:25  
Avisa cuando estés disponible. 12:25

Buenas tardes, Big. Son las doce y media. Siempre estoy disponible. Al menos para ti. ¡Lláname! (Aunque esto me lo tenías que decir tú a mí como en el chiste y yo responderte lo de enhorabuena) 12:27

Abrió *Skype*, se recolocó el pelo al ver su imagen en la pantalla y llamó a Claudia, quien no tardó en contestar.

Tenía el pelo recogido en un moño con mechones sueltos, estaba sentada

en el sofá de la casa de Vera y lucía una resplandeciente sonrisa.

—¡Eres una cerda, Enana!

Claudia soltó una sonora carcajada.

—Gracias. Se te ve bien. Estás guapa.

Le hizo un mohín con desdén.

—Gracias.

—Venga. Cuéntame lo que ya sé.

—¿Qué sabes?

—Que estás pillada hasta las cachas, pero quiero que me lo digas tú.

—Estoy pillada hasta las cachas.

—Lo sé.

—Y ¿cómo es que lo sabes?

—Pues porque después de tu llamada de ayer por la mañana, ahí, entre risitas..., palabras bajitas y que por la noche no me devolviste con una llamada, como haces siempre, el *WhatsApp que te mandé, pues, nada, ¡que me dio por investigar!*

—Miedo me das. ¿Qué has investigado?

—Nada en particular. Abrí *Facebook*, escribí *Minas de Riotinto*...

—¡No será verdad!

—...Me fui a publicaciones y voilà. Allí estaba mi hermana en un par de fotos, abrazada a un buenorro de infinitos ojos azules, muy sonriente, con cara de enchochada y unas vistas impresionantes de fondo.

—¡No me fastidies, Claudia! ¿Te imaginas que las haya visto Pedro?

—¿Y?

—No quiero más movidas.

—Pero, ¿te estás escuchando? ¡Que te ha puesto los cuernos!

»¡Anda y que le den...! Primero que no es tan listo y segundo, tienes que ser feliz.

—¡Qué vergüenza, por favor!

—De todos modos, le puedes ir diciendo a Theo Brooks —enfaticó el apellido— que no tenga las publicaciones abiertas. Así no las podrá ver cualquier cotilla como yo.

—Me muero de la vergüenza, Claudia. No puedo decirle que lo has buscado por ahí. Se va a pensar que estás loca. Vamos, me lo estoy planteando hasta yo.

—Pues lo estaré, pero no te he visto sonreír así desde que éramos niñas y papá nos llevaba los domingos al rastro a comprar libros antiguos y a ver al Real Madrid.

—¡Cómo lo echo de menos! ¿Ves? Me nombras a papá y ya se me pasa el cabreo.

»Es buen tío, Enana, y su familia, encantadora.

—¿Pero?

Vera resopló.

—Estoy descentrada. No me apetece nada escribir y mira que estoy viendo y viviendo cosas. Solo me apetece ser como un Koala y pasarme el día abrazada a él.

—¡Madre mía!

—Si hija sí, así estoy.



»Revolucionada.

»Preadolescente.

»Enchochada.

—Gilipollas.

—También.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo es?

—Es inteligente, delicado. Es... otro desgraciado en el amor.

—Iker Casillas.

—¿Cómo?

—Blandito.

—No, hija, no. Xabi Alonso.

—¿En serio?

—Y tan en serio.

Claudia suspiró.

—¡Ay! No se tenía que haber ido del Madrid. Siempre tuve la esperanza de que se separara y encontrara de nuevo el amor en brazos de una joven abogada opositora.

Vera sonreía.

—Oye, y a todo esto, Pedro ¿cómo era?

—No quieres saber tanto.

—Sí que quiero. ¡Venga!

—Pedro era Bale.

—¿Siempre lesionado?

—Llegó siendo una estrella y ahora nadie lo quiere en casa.

Claudia soltó una carcajada que acabó en tos.

—¡Joder, que me ahogo! Y ¿qué más? ¿Cómo os habéis declarado? Quiero detalles.

—Pues, siendo sincera, no ha habido declaración. Le dije que empezaba a necesitar más y él me lo dio.

»Ayer me regaló un día precioso.

»Ha pasado de ser, no sé cómo decírtelo, ha pasado de ser esquivo a estar entregado.

»De ser callado a hablar por los codos.

»De no ser capaz de sostenerme la mirada a perderme en ella.

—¡No os habéis declarado! No hay corazones ni potas de arcoíris.

—Pues no...

—¡Qué mal!

—¿Qué mal, qué?

—El *diario de Noa, Ghost...*

—Empieza a bajar tus expectativas, Clau.

—¿Por qué? A mí me gusta tenerlas. Llevo años cultivándolas.

—Porque Ryan Gosling ya no está con Rachel McAdams y Patrick Swayze no solo está muerto en *Ghost*.

—Con Rachel McAdams no te metas. Rachel es lo más parecido a Dios que conoceremos en esta vida. Alguien que puede utilizar como respuesta ante cualquier pregunta un «¡Ejem! Perdona, yo me tiré a Ryan Gosling», tiene todos mis respetos y oye, escúchame bien, ¡Patrick es intocable! ¿Me estás escuchando?

—Deja de estudiar porque te está afectando. Mucho. ¿Podemos hablar en serio cinco minutos?

Claudia se reacomodó en su sitio.

—Lo siento, dime.

—Dime tú. ¡Esto no entraba en mis planes!

—¿Qué quieres que te diga? No tengo todas las respuestas. Si las tuviera hace mucho que tendría mi plaza fija.

—Tengo la sensación de que la estoy cagando, Clau. Llevo aquí cinco días y me he enamorado de un tío en esos cinco días. ¿Sabes que hace seis me planteaba el celibato?

—Creo que tu fallo está en que te cuestionas demasiado cómo se ve todo desde fuera.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque me preguntas. Mira, como dice Patricia Benito: ¡Vive, joder, vive!

—No, si vivir estoy viviendo.

—¡Pues ya está! Te has enamorado, ¿no? Eso es mucho mejor a que me pidieras un *Skype porque no paras de llorar y te está matando el dolor*.

—No sé, Clau. —Se pasó el reverso de la mano por la cara—. Creo que debería trabajar.

—Y yo estudiar.

—Hablamos luego, ¿vale?

—¡Claro! No lo pienses tanto, anda.

—Un beso, pequeñita.

—Otro, grandota.

Se despidieron regalándose sonrisas sinceras y besos a la cámara. Miró la pantalla del ordenador, enterró sus dedos en la sien y con convicción en su hoja en blanco, Vera comenzó a escribir:

Todo surge como la belleza del óxido. Esa que nace del tiempo, de la degradación y del abandono.

Es curioso cómo algo repudiado, olvidado y maltratado puede convertirse en bello.

Así nace este entorno y así nace también mi viaje. Con degradación y abandono. Con dejadez y tristeza.

Según los mejores fotógrafos, el óxido esconde una belleza inusual y agradecida que necesita del tiempo para ser conseguida.

Permítanme que discrepe.

¿Qué sucede cuando hay que extrapolar la belleza del óxido más allá de un objetivo sin querer ocultar el dolor que la ha llevado a conseguirla? Llegué a este rincón del mundo a escasos cincuenta kilómetros del inmenso atlántico azul con la batalla perdida, dolor y rabia escondida.

Nunca hablaría dentro de una crónica de la vida en primera persona. Vida, de repente, vacía y hecha pedazos tan pequeños que ni mi persona favorita pudo recogerlos.

Vida. En singular.

Llegué a este rincón del mundo a escasos cincuenta kilómetros del inmenso atlántico azul pensando que no me aportaría absolutamente nada.

Craso error.

La amabilidad de un pueblo que parece oculto en el interior de sus propios hogares fue lo primero que llamó mi atención.

Sillas solitarias en las puertas de las casas bajas esperando a ser usadas a la caída del sol. Vecinos que salen a tomar el fresco de la tarde en sus parcelas de acera.

Niños comiendo pipas en la plaza del pueblo mientras otros juegan al fútbol, tan presente como su origen. Bares repletos donde la risa y la conversación se unen al buen comer.

La Parroquia de Santa Bárbara al fondo, con su recién estrenado siglo de vida. Sin duda, una de las grandes damnificadas de la historia por culpa de la voladura en 1888 de la anterior iglesia, esa que fue testigo de «el año de los tiros» y de los acontecimientos del 4 de febrero, los que tras la primera protesta ecológica de la historia de España dejó las calles de Riotinto y alrededores sembradas de muertos sin nombres.

(Ampliar)

Mi casa por dos semanas, victoriana e impregnada de recuerdos entre sus muros rehabilitados. Muros que saben más de mí que mi hogar de

Madrid. (Preguntar si me dejan incluir alguna foto de la casa)

Riotinto parece vivir dormido, como su voz en la historia. Esa que no nos enseñan en la escuela y que tanto bien nos habría hecho.

Pero esta crónica va de recomendaciones y no del dolor histórico adquirido por años, aunque forme parte de los cimientos de este pueblo y se vislumbre en los ojos de los que bien conocen su historia.

Vivo entre sus calles el preludio del verano. Viandante arropada por cielos cerúleos de difícil comparación. (Insertar foto)

Todo lo que me rodea es como una película de Berlanga.

Pero, no me malinterpreten, por favor. Es algo mágico y único saber mezclar el llanto con la risa. Y créanme, de humor y dolor, aquí, saben un rato. (Revisar)

Vera miró a su silencioso alrededor en el interior de la casa. En el exterior el arrullo de los árboles, los aspersores haciendo su programado trabajo en el césped, el canto suave de los pájaros lejanos...

Archivo, Guardar como, Escritorio\Riotinto\RTLegado.doc.

Dejó sus, por fin, primeras palabras a un lado. Se preparó una infusión y con una humeante taza de Chai *entre sus manos, apoyada en el quicio de la puerta trasera y con la vista perdida en el hipnótico vaivén de los aspersores, volvió a sonreír a su vida agradecida.*

El miedo a lo desconocido, las dudas y la ausencia repentina de dolor se veían eclipsados por la valentía y el amor.

La fuerza imparable que choca contra el objeto inamovible que nombraban en la película junto a la sentencia de que la seguridad es para aquellos que no aman.

Sonrió al recordar cómo Claudia la obligó a ver *Imagine me and you cuando le dio por investigar si podría ser lesbiana al no encontrar pareja y ser inestable emocionalmente con los hombres.*

Cómo una noche de fiesta dio el paso y a las dos de la mañana se presentó en su casa con el dialogo preparado.

—¡Definitivamente, no! Soy muy hetero..., ¡mucho!

—¿Qué dices, Claudia?

—Que no, que no, que no, quita, quita.

Vera con los ojos pegados y Pedro detrás de ella con cara de pocos amigos.

Tranquilizó a su hermana entre susurros.

—No te entiendo, Clau. Pasa, anda...

Tras mirar a Pedro, acariciarle la mejilla con dulzura y con media sonrisa

dibujada en la cara, le pidió sosegadamente que se marchara a dormir, que ella se encargaba.

Se sentaron en el sofá no sin antes escuchar un «¡Esto se tiene que acabar, Vera!» con la imagen de un enojado Pedro desapareciendo hacia la habitación.

Entre risas, Claudia, le contó cómo Loreto y ella, en su experimento, se fueron al Fulanita a ver si encontraban algo que llevarse, al menos, a la boca.

De repente recordaba a un Pedro gris, inseguro y triste. Como si fuera el protagonista de *El Asceta de Pablo Picasso*.

Se preguntaba si podría haber visto las señales que él le fue dejando con sus acciones.

Ya no le importaba.

Bloqueó sus pensamientos sobre él.

Dio un último sorbo a su infusión, respiró hondo y sin dejar de sonreír entró en el salón de esa casa disfrazada de hogar temporal.

Por inercia cogió la cámara de fotos y comenzó a fotografiar pequeños detalles de la casa.

El reposabrazos del sofá con su desgastada piel marrón, una de las patas de león de la bañera sobre el suelo hidráulico en tonos pastel, los útiles de la chimenea, la taza de su infusión vacía colocada estratégicamente en el suelo con vistas a la puerta del patio desenfocado... Fotografió detalles sin parar porque no los quería olvidar.

Decidió que desde ese momento iba a llevar su cámara *evil siempre con ella*.

Quería tener también recuerdos de Theo, Antía y Sergio más allá de los que ya tenía en la cámara deportiva.

Corrió al ordenador al recordar que no había visto el video de la travesía. Cogió la GoPro, extrajo la tarjeta de memoria y la introdujo en la ranura del portátil dispuesta a revivir la aventura.

Sonrió cuando llegó el momento de su caída en las rocas, esa que la cámara no captó pero cuyo golpe se escuchó a la perfección mientras Antía se desternillaba de risa hasta que minutos después acabara insultando al destino por ser ella quien repitiera la hazaña.

Miró su codo y su herida para el recuerdo.

Theo realizó planos increíbles. Del río a sus pies, de las rocas, de las arboledas, de ellos como aventureros ocasionales...

De vez en cuando giraba la cámara para también salir él con Vera y Antía de fondo saludando entre risas y cansancio.

Vera pudo comprobar cómo le gustaba todo lo que veía de él. Los pequeños detalles de su fisionomía en los que no se había fijado el día que lo conoció. Las facciones rectas de su cara, la dureza de su masculina barbilla, sus profundos ojos azules, su delgada nariz, la minúscula cicatriz que tenía al lado del ojo derecho...

—¡Joder, Vera!

Musitó al ver que había pausado la imagen para poder escrutar ese primer plano de Theo.

Exportó ese momento a un archivo de imagen llamado TheoPrimerPlano.jpg y con la vergüenza latente en su pecho, como si alguien la hubiera descubierto, minimizó el video para poder escribir sobre esos recuerdos.

Word, Archivo, abrir, Riotinto\RTLegado.doc

No les puedo explicar muy bien cómo fui convencida para acabar haciendo senderismo extremo con unos chicos que acababa de conocer, pero sí cómo recordé que una vez leí que «la vida no abandona a los valientes».

¿Sabes? Últimamente me hago más preguntas de las que mi cabeza puede contestar y a la única conclusión lógica a la que llego sentada en este sofá de corte inglés desde donde les escribo en mi quinto día de viaje (Insertar foto si me dejan) es que, con los años, la valentía se disfrazaba de temor.

Así que me decidí.

Me quité la coraza, me desnudé ante tres desconocidos y expuse lo mejor de mí. ¡Por supuesto que también acepté ese plan de turismo alternativo! Si algo he aprendido a lo largo de los años y de los lugares

recorridos es que, por mucho que se vista la valentía con los trajes del temor, yo nunca he sido de disfraces.

Salimos desde el pueblo de Berrocal (Insertar fotos) y acabamos comiendo a orillas del río Tinto. Llegar a él fue tan gratificante como complicado y tan complicado como doloroso.

Caídas, risas y amigos.

Sí, leen bien, amigos. Nuevos amigos.

Porque como ya les decía, la bondad es una seña de identidad de esta tierra y de esa bondad, nacen mis nuevos amigos.

En el río se respira pureza y metal.

Los colores ocres tiñen la orilla y la llenan de piedras redondeadas por el trasiego del agua. Todo bien flanqueado por arboledas de verde infinito y cielo azul intenso.

El rojo sangrante del río no podría hacer más honor a la historia minera. Sorprendente y de incuestionable belleza.

Es curioso cómo buscamos nuestra propia desconexión al llegar allí...

En silencio, cada uno por su lado, sin preguntas ni respuestas. Viviendo la vida en blanco rodeados de tantísimo color. Tengo que confesarles algo con absoluta sinceridad, y es que fue allí donde me reencontré con mi paz interior. Esa que al llegar a este rincón de la manida España profunda (¡no saben lo que se pierden los que piensan así!) creía perdida y que por primera vez incluyo en una crónica tan distinta como ahora también lo soy yo. (Revisar)

Archivo, Guardar como, Escritorio\Riotinto\RTLgado.doc.

Vera se recostó en el sofá analizando su entorno. Debía salir, conocer lugares cercanos y escuchar a la gente. Conocer, vivir, sentir, admirar, divisar...

Miró en el móvil la hora. Eran las 13:03.

Decidió arreglarse y salir.

Se levantó del sofá con energía cerrando el portátil al mismo tiempo. Al entrar en la habitación para cambiarse de ropa una llamada la sobresaltó. En la pantalla del teléfono, reflejado, aparecía un número desconocido. Dudó si contestar.

Se sentó en la cama y deslizó el dedo por la pantalla.

—¿Sí?

—¡Ya tengo tu número!

Su corazón dio un vuelco y llevándose la mano a la boca contestó: — ¡Theo! Qué raro se me hace escucharte por aquí.

—Le he robado tu número a mi hermana. Espero que no te importe.

—¡Cómo me va a importar! Somos un desastre. Siempre olvidamos dárnoslo... ¿Te veo luego?

—¿Qué plan tienes?

—Iba a mirar algún lugar donde ir.

—Estamos en el cumpleaños de mi tío y esto va para largo. No sé cómo acabaremos. ¡Te podías apuntar!

—¿Qué dices? Ni de coña, guapo. Además, debo trabajar. —En realidad no le quería decir que en sus planes no entraba el conocer a más familia. —  
¿Por qué no te vienes luego? Tienes llaves...

—Depende de lo animado que vaya.

—Me encantaría. Lo sabes, ¿no? Indiferentemente de lo animado que vayas.

—¡Mira que mando todo al carajo y me voy para allá ahora mismo!

Vera sonrió.

—Tengo que trabajar. Disfruta del día, anda. Ya nos lo compensaremos.

—Y si voy de madrugada, ¿me haces un hueco en tu cama?

—Y si me despiertas del sueño hasta te hago un hueco en mis costuras.  
Resopló.

—Te dejo, cronista, que me estás poniendo malo.

—Pues guárdame las ganas, por favor.

—Cuenta con ello. Y te veo..., ¡claro que te veo luego!

—Pásalo regular.

—¿Sólo regular?

—Sí, para luego tener tiempo de pasarlo bien.

—¡Madre mía! Venga, ¡hasta luego!

Vera soltó una sonora carcajada.

—¡Adiós, Casanova!

Se quedó unos segundos sonriendo a la pantalla del teléfono. Crear nuevo contacto. Theo Brooks. Ok.

A la media hora puso rumbo al Embalse Gossan-Cobre que iba desde Riotinto a El Campillo, que era cruzado por la carretera y cuya principal actividad era la minera.

Aun siendo uno de los muchos entornos hídricos de la provincia, la belleza y tranquilidad la hicieron dejar el coche en una especie de almacén



abandonado y caminar hasta su orilla.

Hizo algunas fotos y aunque quería meter los pies en el agua no sabía hasta qué punto eso era recomendable.

En aquel remanso de paz cogió el teléfono.

—¡Hola, Vera! ¿Estás bien?

—Hola, mamá. Sí, estoy bien. Estoy en un embalse precioso, ahora mismo.

—No sé, como también me llamaste ayer.

—¿Prefieres que no lo haga?

—No, hija. Puedes llamarme siempre que quieras.

Estuvieron unos segundos en silencio hasta que Vera acertó a decir: —He conocido a alguien, mamá.

—¿A un hombre? ¿Ya?

—A un hombre, sí.

—¡Vera, por favor!

—¿Piensas que entraba en mis planes? ¿Piensas que me he venido con la mente tan abierta que solo pensaba en eso?

—Espero que no.

—¿Podrías ser mi madre por una vez y no juzgarme?

—¿Qué quieres que te diga, Vera? ¿Que me encanta?

—¿Ni aunque te diga que hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien?

—¡Ja!

—Genial, mamá. No te he dicho nada, ¿vale?

—Vera, te acabas de separar. ¿En serio tú lo ves normal?

—¿Y por qué lo ves tú tan anormal?

—Porque no sabes si tu futuro sigue con Pedro.

—¿Cómo que no? Quizás seas tú la que no lo sabe, pero yo te lo afirmo. Escucha: mi futuro no está con Pedro. Tampoco sé si lo está con este chico..., pero mira, eso me da igual.

—¿Cómo te puede dar igual?

—Porque me voy a centrar en ser feliz.

—No pierdas la cabeza, Vera.

—No la he perdido. Tampoco deberías tomármelo a mal.

—Mira, Vera, solo quiero lo mejor para ti y siempre voy a ver las cosas de forma un poco tremendista. Está en esto de ser madre, pero respeto y

respetaré siempre tus decisiones aunque no las compartas.

—¿Desde cuándo eres, no sé, tan comprensiva?

Dudó unos instantes.

—Tal vez... yo también haya conocido a alguien.

—¡Mamá!

—No te voy a contar nada de momento. Cuando vengas nos sentamos las tres, ¿vale?

—Espero que cuando dices las tres te refieras a mi hermana, a ti y a mí.

—¡Vera! Sonrió.

—Lo siento, lo siento..., bromeaba. ¡Ya era hora mamá! Aunque no sé si me gusta que reemplaces a papá.

—¿Qué dices? No voy a reemplazar a tu padre. ¿Ves? Hasta tú te comportas como yo.

—Te quiero, mamá. Sé que no te lo digo nunca, pero te quiero.

—Y yo, Vera. Os quiero muchísimo.

»Ten cuidado, por favor, y no hagas tonterías.

—Te llamo mañana.

Colgó con la vista clavada en el infinito y el teléfono aún en las manos. Volvió a mirar la pantalla y sin dudar escribió

¡Mamá tiene novio! 14:25

## Capítulo 6

### Ayer, bien. Anoche, no tanto. Ahora, genial

Flipas, ¿no? 14:26

¡Ojalá!

Te llamo. 14:27

No se escuchó ni un tono.

—¡Dime que no!

—Mamá tiene novio, Claudia.

—Tía, tía, tía...

—¿Qué?

—Mamá folla.

—¡Claudia! ¡Joder, qué asco!

—¿Cómo será?

—¡Yo que sé! No sé ni si quiero conocerlo.

—¿Cómo te has enterado?

—Acabo de hablar con ella. Le he contado que he conocido a alguien, me ha dicho que estoy perdiendo la cabeza pero que me respeta y que ella también había conocido a alguien.

—Así, a dolor.

—Y sin vaselina.

—Flípalo. Mamá con novio. Y tú también tienes lo tuyo, ¿eh?

—¿Por?

—¿Contarle lo de Theo? ¿A mamá? Se te está yendo la pinza muchísimo.

—Estoy feliz. ¿Tan malo es eso?

—¿Dónde estás? Te escucho regular, Vera.

—En un embalse. Hace mucho aire..., ¡hablamos luego! Yo no te he dicho nada, ¿vale?

—Mamá con novio.

—¿Quieres dejar de repetir lo mismo?

—Es que me has dejado muy loca.

—Pues ya tienes tema para rato. ¡Te llamo!

Al colgar vio que tenía un Whatsapp de Theo.

No sé por qué... 14:30

¿¿?? 14:34

Te echo de menos. 14:35

Miró la foto que tenía puesta de perfil.

Salía caminando por lo que parecía la Plaza Dos de Mayo. Pensó en cuántas veces se podrían haber cruzado en sus vidas, ignorantes de lo que les tenía preparado el destino.

Se guardó la foto en el teléfono.

Y yo. 14:35

Me encanta tu foto de perfil. 14:37

Ella no tenía foto.

Jajajaja 14:38

Es que, ¡¡odio el

*WhatsApp*!! 14:38

Theo le mando una nota de voz.

—Te echo de menos. ¿Así, mejor?

A lo que ella respondió de la misma manera:

—No, porque no estás.

—No te preocupes. Estaré.

—Eso espero.

Se despidieron con la promesa de verse en la noche y de sentir esos besos ficticios que se mandaron por mensajes.

Sacó el portátil de la mochila y a orillas de aquel embalse siguió contando su experiencia.

No deben evitar el turismo convencional, ese que es necesario para tener fidelidad histórica y que se puede completar en un día si es que pasan por esta zona sin mucho tiempo.

El Museo Minero Ernest Lluch, la Peña del Hierro, el ferrocarril, la Casa 21..., todo al alcance del turista aderezado con un entorno gastronómico de primera para hacer todavía más placentera la visita.

Pero si tienen tiempo, por favor, indaguen, hablen con la gente del pueblo, disfruten y vivan.

Conocer la Corta Atalaya con alguien que la siente es impagable y eso que ya la visité desde la perspectiva del turista en la ruta organizada por el Museo Minero.

Créanme, nada que ver.

Respirarla, verla en su plenitud con el viento azotando mi pelo, creer escuchar martillos estrellándose contra el metal, gritos de hombres en la ardua tarea diaria y sentir el duro trabajo de la mina.

Me teletransporté al pasado y lo hice con quien menos lo esperaba y cuando menos lo esperaba.

El Cementerio Anglicano, único en Andalucía. Un remanso de paz de enorme impacto.

Actualmente rehabilitado, dicen los de por aquí que ha perdido el encanto de antaño cuando estaba tan dañado como su historia.

En unos días llevaré flores a la tumba de William Martin, en el Cementerio de la Soledad de Huelva, pero esto ya lo contaré más adelante.

No les he contado que llegué aquí en coche tras un AVE hasta Sevilla. Allí, en la estación de Santa Justa, vi una publicidad turística con un claro emblema: HUELVA, LALUZ.

(Revisar todo)

Guardó los cambios sin mucha convicción en todo lo que había escrito. Le sonaban las tripas y con hambre le costaba concentrarse.

En los papeles que llevaba impresos sobre qué ver en los alrededores de Riotinto comprobó que eran muchas las personas que recomendaban comer migas en Campofrío o Berrocal.

Les hizo caso pues nunca las había probado. Se decidió por el primero.

En una terraza con vistas, donde solo se encontraba ella, entre encinas, bellotas y cerdos lejanos, pensó si se había equivocado de lugar ante la ausencia de gente.

Su padre siempre decía: «Si hay gente, es que se come bien».

El camarero salió con una sombrilla gigante de una compañía de refrescos.

—¡Chiquilla! Te voy a poner una sombrilla que al sol te vas a torrar.

—¡Gracias! Es que no me quiero perder las vistas.

—Si las tuvieras que ver quince horas al día no solo perderían el encanto sino que además hasta bautizarías a cada cerdo.—Del bolsillo trasero del pantalón sacó una libreta pequeña y un bolígrafo.

—¿Qué vas a tomar? Vera sonrió.

Se pidió una tapa de migas, por si no le gustaban, y una ensalada. Llevaba días comiendo tan copiosamente que, a pesar de su delgadez, sentía que tenía reservas hasta la próxima primavera.

Fotografió su tapa y lo único que dejó en el plato fue un ajo entero estallado.

Tras un café expreso y algo de conversación con los dueños del restaurante, paseó entre las encinas por recomendación.

Fotografió las bellotas que, poco a poco, iban creciendo en los árboles de cara al frío. Recogió un par de ellas del suelo, secas, viejas... A su alrededor todo era amarillo pajizo, desde las margaritas hasta los jaramagos. ¡Hasta las encinas se tornaban amarillas con la luz sol!

«El otoño aún queda lejos», pensó mientras devolvía a su origen las manidas bellotas.

El preludeo del árido verano en la sierra llevaba impregnado el síndrome del frío.

Podía imaginar a la perfección el aire meciendo las hojas de las encinas y provocando la caída natural del fruto, el susurro del viento, el rocío, la niebla, la escarcha matutina, la nariz helada y el sonrojar de las mejillas.

Las chimeneas encendidas, el olor a madera prendida y sentir el calor al refugio de un abrigo.

Se preguntó si la editorial había elegido la época equivocada para visitar aquel lugar. Así que se prometió volver.

Se prometió volver cuando el invierno vistiera de franela su cama y a Madrid con tonos grises. Se prometió volver con o sin Theo.

Pero volver.

Eran las siete y media de la tarde cuando al fin llegó a la casa.

Soltó la mochila en la habitación con desidia. Le pesaban los hombros de cargar con ella todo el día.

Se tumbó en el sofá y encendió la televisión.

Habló con Claudia, quien seguía repitiendo una y otra vez aquello de «Mamá tiene novio...» como si fuera un imposible.

Rieron juntas ante el divagar de dudas y la protección que lleva incluida la palabra familia.

No cenó y tras un baño reparador se fue a dormir. Sola.

Theo ya formaba parte de los muros y rincones de aquel improvisado hogar temporal. La magia implícita de la asociación.

Lo echó de menos a su lado en la cama.

Su marcado perfil y su respiración acompasada, sus pelos locos, su sonrisa sincera cuando la miraba a los ojos...

Recoger juntos la cocina y reír porque sí. Las canciones, los besos y la historia. La cotidianeidad que crece ante la belleza de lo novedoso.

Recordándolo se durmió.

Sola.

Tal y como amaneció.

Abrió un ojo por los rayos de sol que desde el patio cegaban su mirada.

Al mirar de soslayo al otro lado de la cama la soledad la asfixiaba. Se maldijo en silencio.

Sus grandes expectativas llevadas al más absoluto de los derrumbes.

«¡Eres idiota!», se repetía en silencio una y otra vez.

Quería creer que él se había pillado un pedal tan monumental que había sido ingresado por coma etílico en el hospital más cercano.

Era lo único que podría comprender, y de ser así, ¿por qué no le había mandado un mensaje romántico, lascivo y vulgar como suelen hacer la mayoría de las personas en situación de embriaguez?

¿Se los habría enviado a la tal Lucía?

«Me hr tirsdo s ptra... peri tr qioerp».

Se volvió a maldecir.

¡Venga ya, Vera! ¿Celosa también?

Se levantó de la cama más cabreada con ella que con Theo.

¡Él no tenía culpa de lo que ella pudiera sentir! Ni tan siquiera se habían

prometido un poquito de amor, como para exigir amor eterno.

Encima de desgraciado era un ignorante.

Como le dijo Claudia, no había vomitado arcoíris ni visto unicornios. Lo mismo Theo había vomitado el hígado pero, en realidad, a quien se le revolvían las tripas, eran a ella solo de pensarlo.

Entró en el baño dedicándose un rato a marear su actividad cerebral y autoconvencerse con más de un ¡y qué más dará!

Su nuevo objetivo iba a ser disfrutar lo que le quedara allí y aprender a ponerle un cerrojo con pestillo a su expuesto corazón.

Necesitaba un café y ya.

No hacer nada.

No pensar nada.

Café y silencio sepulcral.

Fue directa a la cocina, pero entrando en el salón, se desarmó.

¿Blindar un corazón expuesto? ¿Ese que es más fácil romperlo que recomponerlo?

Theo supo remendar cada grieta de su corazón destrozado y ella lo dejó actuar a su antojo tal y como ella actuó al suyo.

Se desarmó.

Lo hizo al ver una fina manta que, sobre el sofá de metro y medio de largo, cubría un encogido cuerpo de metro ochenta.

Sonrió con dulzura ante tan idílica imagen y se descojonó mentalmente ante su desquiciada forma de ver ese, ahora, irreal rechazo.

Se acercó a él.

Agachándose a su lado le dio un beso maternal en la frente y le acarició el cabello.

Al oído le susurró:

—Este no era el plan, vaquero.

Se desperezó con fuerza sacando los pies por encima del reposabrazos.

—Plan alternativo, pistolera.

—¡Tiene que dolerte todo! ¿Por qué no me despertaste?

—Porque eres una marmota que encima duerme cruzada en la cama.

Créeme, lo intenté. Sin éxito.

Vera sonrió inocente.

—¿En serio?

—En un principio pensé que me estabas vacilando y te hacías la remolona



porque te di unos toquecitos en la cabeza y empezaste a sonreír. Luego te sujeté la mano y me la apretaste.

»Se te veía tan en paz, que no pude obligarte.

—¡Jo! ¡Qué mono eres! ¿Por qué no te fuiste a dormir a la otra habitación?

—¡Porque te podría haber dado un susto tremendo!

—Pues haberme dejado una nota con un: ¡Putá marmota! Te has quedado sin polvo de madrugada.

Theo sonrió.

—¿En serio crees que lo habríamos hecho?

—Posiblemente no, pero prefiero creer que sí.

Se inclinó hacia ella, la agarró por la cintura y la tumbó a su lado.

—Mi cuerpo quiere café.

—El mío te quiere a ti.

Estuvo a punto de preguntarle: ¿y tú?, pero se contuvo.

—Te he echado de menos, ratón —le dijo al tiempo que lo abrazaba para hundir la cara en su cuello—. No sabes la de cosas que han pasado en mi vida en veinticuatro horas.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada malo por suerte. Mi madre se ha echado novio.

—¿Tu complicada madre?

—La única que tengo.

—¿Cómo te has enterado?

—La llamé ayer desde el embalse, le dije que había conocido a alguien y me dijo que ella también. Todo después del sermón típico de si me había vuelto loca y esas cosas tan de ella.

—¿Le has contado a tu madre lo nuestro?

—Le he contado a mi madre lo nuestro.

No tenía cara de enfadado. Tenía cara de preocupación.

De repente se sentía incómoda recostada sobre su pecho en aquel sofá de corte retro. El nerviosismo le impedía mirarlo a los ojos.

—Mira, me voy a levantar a hacer café porque mi mente no riega bien sin él y después si me dejas, te cuento un par de cosillas que puede que sean de tu interés. ¿Vale?

Le dio un delicado beso en los labios, le acarició la mejilla y le regaló una sonrisa apaciguadora. Pasó sus piernas por encima de la tripa para poder salir de su regazo.

—¿Quieres desayunar o te duermes un rato más?

—No, no. Desayuno contigo. Además, me has dejado un poco intrigado.

—Ese era el plan.

Y con un guiño de ojos desapareció camino de la cocina.

Llevó dos cafés en taza grande al salón y unas tostadas. Theo se incorporó en el sofá y ella se sentó a su lado.

—¡Hey! Te has quedado muy callado. No tienes de qué preocuparte, de verdad.

—Pues cuéntame...

—¿Te ha molestado que se lo cuente a mi madre?

—¡No! ¿Por qué me va a molestar eso? Me preocupa un poco, pero no me molesta. ¿Van por ahí los tiros?

—Estamos muy lejano oeste hoy ¿eh? —Le sonrió chocando con cuidado su hombro contra el de él—. No. No van por ahí.

»Mira Theo, estoy haciendo algo que odio y es planear mi vida. Lo hago mentalmente y de forma casi constante desde hace un par de días.

»No soy fácil. Paso mucho tiempo fuera de casa y bueno, eso no es nada que no sepas ya.

»Pero... —dudó un instante antes de seguir— me he enamorado de ti y eso es algo que me obliga a planear mi vida.

»Has sabido coger todo mi dolor y transformarlo en algo increíble.

Theo escuchaba atento el argumento de Vera con el semblante serio.

—Planeo mi futuro en el aspecto de que no sé qué va a ser de nosotros cuando me vuelva a Madrid.

»Voy a ser un despojo humano si desapareces y por eso debo protegerme.

»Tengo que intentar acolchar las paredes del manicomio que tengo en mi cabeza por si llegado el momento...

»Posiblemente por eso se lo haya dicho a mi madre y te prometo que no tenía intención ni pensaba hacerlo. Nunca le he contado estas cosas.

Vera apoyó los codos sobre la mesa y su cara pesadamente sobre las manos. Inclino la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Dime algo, por favor.

—¡Vaya! —Dio un sorbo al café para aclararse la voz—. ¿Qué más da lo que pase cuando llegemos a Madrid?

—A mí me da.

—Si me dejas, estaré, Vera.

»No soy como tú. Para mí no es fácil encontrar las palabras adecuadas para cada momento.

»Mira, ayer fue increíble. Te habría regalado el mundo a cada minuto.

»Me gusta escucharte tararear canciones, verte caminar desnuda por la casa sin vergüenza, cómo te recolocas el pelo cuando te cae sobre los ojos...

»No me quiero perder eso ni aquí ni en Madrid.

—¿Y eso significa?

—No soy de los que exteriorizan lo que sienten y no sé si te has dado cuenta pero tengo la sensibilidad de una barra de pan.

»En cambio, tú eres..., ¡fíjate!. No sé ni cómo definirte.

»Eres una rebelde con sentimientos bonitos, una revolucionaria con principios.

»Y... joder, ¡me cuesta hablar de todo esto!

—No te estoy pidiendo nada, Theo. Me estoy salvaguardando a mí misma y lo estoy haciendo de un modo bastante egoísta además, porque me lo debería callar y dejar pasar el tiempo.

—Perdona, no me dejas terminar.

—Lo siento. Dime, por favor.

Tenía miedo y por eso, no sabía si lo quería escuchar.

—Siempre he sido un acojonado en estas historias. El segundo dando pasos y me jode —enfaticó su pesar—, como no te imaginas, que lo hayas hecho tú antes.

—¿Por qué?

—Porque mereces a alguien que arriesgue y se deje la piel en hacerte feliz.

—¡Eres un antiguo!

—Vaya, gracias.

—No busco castillos ni príncipes, Theo.

»Te elijo a ti, con tus inseguridades, tus temores, tus mierdas y las mías.

»Pero yo..., yo desaparezco demasiado. En ocho días la carroza se vuelve calabaza y esto, ¡yo qué sé! ¿Lo ves fácil?

»Volveré a mi rutina, a mis tormentos y viajes. A una madre con novio, a un exmarido que no sé por dónde me va a salir, y todo lo que vaya asociado al contigo o sin ti.

»Si es contigo, no tengo ni idea de cómo lo vamos a hacer. Si es sin ti, no quiero imaginarlo.

Estuvieron unos segundos que parecieron eternos en silencio.

Theo se inclinó hacia ella y la atrajo hacia él. Delicadamente colocó sus manos en las mejillas y mirándola a los ojos le dijo: —¡Escúchame, Vera! Te quiero. ¡Joder! Te quiero. Yo no necesito saber nada más. Por mi pueden venir tormentos, viajes y más montañas de mierda, pero yo esto no me lo pierdo —Hizo una breve pausa—. ¿Cómo llevas el trabajo, has escrito?

Vera soltó una sonora carcajada.

—¿En serio? ¿Me preguntas por trabajo después de lo que me acabas de decir?

Se levantó, retiró la mesa con un golpe de cadera provocando que se derramara un poco de café y se sentó a horcajadas sobre él.

—Eres impresionante, Theo. —Lo besó pausadamente—. No tienes ni idea de lo increíble que eres.

Le sonrió sincero.

—¿Y tú?

—Yo solo soy una desquiciada impulsiva.

—No te preguntaba eso.

—¿Y necesitas respuesta a esa pregunta? —le preguntó al tiempo que hundía los dedos en el mar de sus cabellos locos.

—Es bonito escucharlo.

—¡Antiguo!

Theo hizo un gesto de desaprobación y ella le sonrió divertida.

Lo besó pausadamente y por primera vez con todo un mundo de intenciones compartidas.

—Creo que es la primera vez que bebo ginebra con café. Ayer bien, ¿no?

—Ayer, bien. Anoche, no tanto. Ahora, genial.

—¡Ay! Me parece increíble decirlo, sentirlo y vivirlo. Pero sí, te quiero un poquito, vaquero.

El teléfono desvió su atención.

—¡Mierda! ¡Qué oportuno es siempre! Dame un segundo. Aprovecha y desayuna que este lleva postre.

Se levantó de su regazo y fue a la cocina en busca del teléfono.

—¡Dalía! ¿Qué tal todo por ahí?

—Bien, bonita. ¿Qué tal tú? ¿Te está cundiendo el viaje?

—Más de lo que imaginas. Tengo muchísima información y la que me queda por descubrir.

—Pues espero que tengas un huequito porque te acabo de mandar un par de correcciones que son más o menos urgentes.

—No te preocupes, que me las apaño. ¿Alguna novedad por ahí?

—Bueno, a excepción de que Pedro ha llamado algunas veces interesándose por cuándo vuelves, nada relevante.

»Al principio pensaba que te quería dar una sorpresa, pero no sé... Lo mismo no te lo tenía que haber dicho, Veri.

—Tranquila, Dalí, no pasa nada.

»Hemos roto. Así que si puedes no le des mucha *info*, ¿vale?

—¿Habéis roto?

—Te invito a comer a la vuelta y te lo cuento todo. ¿Te parece?

—Pero tú, ¿cómo estás?

—Ahora mismo bien. Creo que es lo mejor que me ha podido pasar. Pero ya te cuento con calma que me pillas saliendo. —Miró al techo pidiendo perdón a un Dios imaginario en el que no creía demasiado—. En cuanto vuelva me pongo con las correcciones y te las voy mandando, ¿vale?

—¡Genial! Espero que estés desconectando y que no te haya venido mal el viaje. Las rupturas son difíciles.

—Tranquila, bonita. Gracias por todo, siempre.

—¡Hablamos, Veri!

Volvió al salón. Theo había terminado de desayunar, ella apenas había empezado.

Cogió una de las tostadas y le dio un bocado sentándose a su lado. Estaba helada.

El café también, pero estaba acostumbrada a tomárselo frío.

—Acabo de mentirle a una de las mejores personas que tengo en mi vida. Una mentirita, ¿sabes?

—Si es mentirita, no es muy grave. ¿Del trabajo?

—Sí. Pero voy sorprendentemente bien con el artículo. Me inspiras.

—¿Puedo leer lo que llevas escrito?

—¡Já! Ni de coña, guapo.

—¿Por qué?

—Porque son borradores. Son muy míos de momento y no me gusta enseñar las tripas de algo que posiblemente no vea la luz así.

—¡Qué mal! Podría ser de tu ayuda que lo leyera alguien de aquí.

—¡Genial! ¿Podrías hablar con tu tío para que lo lea? Es la única persona de aquí que conozco. —Ironizó haciéndole un gesto de burla—. Por cierto, ¿podría usar alguna foto de la casa para la publicación? Me gustaría además recomendarla por si a alguien le interesa, poner el contacto y demás.

—Le preguntaré a Antía, no creo que ponga pegas y yo te dejo siempre que antes me dejes leer lo que llevas escrito.

—¡Pesado eres! Me lo pensaré.

Se terminó el café de un trago largo y en un repentino silencio. Con la mirada hipnótica de Theo clavada en su nuca ante su de repente indiferencia hacia él se fue a la cocina a llevar los restos del desayuno.

Al volver al salón se lo encontró de pie delante del sofá.

—Vera, he dicho algo que...

No lo dejó terminar. Soltó una sonora carcajada y lanzándose hacia él cayeron los dos en el sofá.

—Se asusta usted muy rápido, *milord*.

—¡Qué brutísima eres! Casi me partes la espalda. Lo besó.

—Eres un exagerado.

Theo le retiraba los cabellos que le caían sobre los ojos mientras ella intentaba sacarle la camiseta por la cabeza.

—¿Aquí?

Vera asintió convencida.

—O donde quieras.

—Bien...

Cuando sus manos se dirigieron a los botones del pantalón, la tomó entre sus brazos y la llevó hasta la cama.

El Koala del que le habló a Claudia escenificado con excitación contenida desde hacía horas.

—No te pega ser tan tradicional.

—El sofá es demasiado estrecho para realizar contorsionismo extremo, pero si quieres, ponemos la bandera en todas las habitaciones de la casa.

—La cosa es poner la bandera. Theo rio con fuerza.

La lanzó sobre la cama deshecha. Le sacó el pantalón del pijama de un tirón certero desde los pies mientras ella se quitaba la camiseta.

Él hizo lo mismo con sus vaqueros.

No había música, ni listas de canciones en *spotify*...

La compañía sonora la ponían los aspersores matutinos, los pájaros, el silbido del viento entre los árboles y la ausencia de toda actividad mundana a su alrededor.

Nada más.

Solo ellos.

Solo ellos y sus circunstancias.

Saldaron sus deudas sin prisas. Unas deudas mutuamente contraídas que, a su vez, fueron contraídas de forma ignorante con sus propias vidas.

Se debían eso de quererse bien. Eso de quererse para saber querer.

Se susurraron burradas entre risas porque aquello empezaba a ser tan de

ellos dos que hasta eso estaba permitido.

Pero fue cuando se miraron a los ojos, cuando sin hablar, se dijeron todo.

El silencio se convirtió en el aliado de aquella mañana. Supieron retrasar los momentos de actividad verbal por si la magia desaparecía.

Vera, con la cabeza en los pies de la cama le preguntó de forma casi inaudible:

—¿Dónde está el fallo?

—¿Qué?

—Tu fallo, ¿dónde está? Tiene que ser enorme porque esto es imposible.

Se recolocó a su lado y la miró de nuevo a sus profundos ojos avellana.

—Jugarías con ventaja si te los dijera. Deberás pelearte con ellos llegado el momento. Me encantará el día que te descubra enfadada.

—Lo odiarás al minuto. Soy insoportable.

Le hizo un gesto de silencio.

—No quiero spoilers.

Vera se levantó de la cama, desnuda con dirección al baño.

—¿Dónde vas?



—Tengo que ponerme a trabajar.

—No lo hagas.

Se giró para mirarlo con decepción.

—Esto se parece mucho a unas vacaciones, pero no lo son.

—¡Cógete vacaciones cuando vuelvas a Madrid! Una semana, para ti y para mí. Yo no me reincorporo hasta el día 1.

»Tendríamos una semana entera para irnos donde quieras o quedarnos allí o venirnos aquí...

—Y ¿después del uno, qué?

—Volvemos al cole.

—Me lo pienso, ¿vale?

—¿Te lo tienes que pensar?

—No, pero me gusta más lo inmediato y ahora me voy a la ducha. Espero que acompañada.

—¿Eso es un sí?

—Me estoy helando. ¿Podemos discutir esto en esa preciosa bañera que tanto te costó montar?

Theo se levantó de la cama. La abrazó con fuerza en la puerta del baño dándole un beso en la punta de la nariz.

—¿Qué te pasa, viajera?

—¿Sabes que tenía un blog que se llamaba así, Vera viajera?

—¿Vera viajera?

—*Blogspot.com. Lo mismo aún existe y todo.*

»Lo más lejos adonde había viajado era a Andorra y fue de viaje de fin de curso. En un alarde de inteligencia, al volver me marco un blog que, al final, predestina mi vida. ¡Qué curioso es el destino!

—¿Y?

—Y ¿qué?

—¿Qué te pasa?

—Joder, que tengo miedo, Theo.

—Miedo, ¿por qué?

—También tengo frío.

Theo quitó la colcha de la cama. Se la colocó como si fuera una capa de superhéroe y abriendo los brazos la invitó a entrar al arropo de sus brazos.

—Gracias. Eres adorable.

—Cuéntame.

Seguían de pie en la puerta del baño. Vera hundía la cara en su pecho, mirando los dedos de sus desnudos pies.

Estaba perdiendo el esmalte de uñas del dedo gordo.

—Tengo la sensación de que el tiempo, con nosotros, se equivoca. Que corre más rápido de lo que nos toca. En todos los aspectos. Los buenos y los malos.

»Yo no soy de pensar las cosas demasiado y, mira, ¡hasta en eso estoy cambiando!

»¿Sabes? Anoche, en mi soledad, pensé en muchas cosas. Pensé en cómo decirte con normalidad que me había enamorado de ti sin que eso fuera una carga para ti si no lo compartías. Me había preparado la coraza.

»También pensé, contradictoriamente, en qué podía hacer con mi trabajo. Cómo pedir viajar menos para pasar más tiempo a tu lado cuando todo vuelva a la normalidad.

—¿Puedes hacer eso?

—Podemos hacer lo que queramos, Theo. La pregunta es si debemos hacerlo.

»Sé que no estoy preparada para equivocarme.

»Planeo las cosas a un corto plazo y parecen que sean a un año vista.

—No entiendo qué quieres decir.

—Estamos viviendo nuestro particular Gran Hermano de sentimientos magnificados en siete días, con promesas de vacaciones porque aún no somos capaces de prometernos la vida.

—El tiempo es egoísta, Vera. Pero también es nuestro mejor aliado. Yo estoy dispuesto a todo lo que venga y cómo venga. No creo que mi actitud hacia ti cambie o que cambie la tuya cuando no estemos aquí.

—¿Sabes esa sensación de que algo malo va a venir a llevarse lo bueno? Así estoy. Llevo algo más de veinticuatro horas así.

—Pues, no sé qué solución darte. Ni siquiera sé si la hay.

—Mañana empieza la cuenta atrás. Una semana desde que llegué. Nominada y expulsión.

—¿Sabes, Vera? Ahora mismo eres otra persona. Esta versión es totalmente nueva para mí.

—Esta Vera, aunque tiene mucha razón y coherencia en sus palabras, va acompañada por el síndrome premenstrual. Gran parte del diálogo ha sido

expuesto por mis revolucionadas hormonas.

—Pues entonces, dejemos que pasen los días y la revolución. Ya nos dirá el tiempo si somos nosotros los equivocados.

...

Llenó la bañera con una de sus bombas de sales.

El agua adquirió tonos anaranjados y el ambiente olor a mandarinas.

Vera preparó una rápida *playlist* *dónde comenzó a sonar Zahara con esa misma canción.*

—Antes que digas nada, esta sí ha sido puesta a conciencia, vaquero —le dijo mientras volvía al baño.

—¿Nos vamos a bañar en *Tang de Naranja*?

—Y te va a encantar.

Sumidos en el agua como Kate Winslet y David Kross en *El Lector*, uno frente al otro, sin libros, con la música de fondo y los rayos de sol que a través de la ventana dejaban una cálida línea en el suelo.

—Aunque yo tenga que trabajar, te quedas, ¿no?

—¿No te voy a molestar?

—¡Para nada! Ya me estoy imaginando tirada en el sofá con el portátil, mis correcciones y con un guapo haciéndome un masaje en los pies al mismo tiempo.

Theo hizo un mohín de decepción.

—Vera...

—Vale, nada de masaje de pies.

—¡No es eso, mujer!

—¿Entonces?

Se miraban a los ojos, sinceros y sin miedos exteriorizados. Esos que por dentro consumen las entrañas y las ganas.

—Me vuelvo a Madrid mañana —le dijo con absoluta seriedad cuando *Tragedy de Norah Jones* comenzaba a sonar.

—¡No puede ser!

—¿Lo dices por la canción o por mí?

—Por los dos.

—Me llamaron ayer... No sé ni por cuántos días. La verdad, no sé nada.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¿Entre las declaraciones? «Te quiero, pistolera. Por cierto, mañana me voy a Madrid en el último tren de la tarde».

Vera cambió su semblante a uno más serio.

—Pensaba que tendríamos más días..., que íbamos a ir a Tharsis.

—No te voy a llevar yo, pero vas a ir a Tharsis.

—¿Cómo?

—Pasado mañana tienes una visita guiada. He quedado con Gonzalo, un amigo de mi padre. Trabajaba en la mina y te va a enseñar aquello mucho mejor que yo.

Luego te doy su teléfono.

—¿A qué hora y cómo te vas?

—Sale el tren de Huelva a las seis menos diez. ¿Por?

—Vale. Te llevo.

»Vamos al cementerio a ver la tumba de tu amigo William Martín y te invito a comer, ¿te parece?

—¡Genial!

—Y después de saber esto, quiero que sepas que he vuelto a activar la oferta bono drama masaje de pies.

—¿Bono drama?

—Me acabas de partir por la mitad, ¿qué menos?

—Soy mago.

—Y un cerdo.

—También. —Le regaló una sonrisa sincera y un guiño de ojos— No te creas que yo me voy encantado. Bueno sí, me voy encantado, pero no por irme. No quiero irme.

—Bueno..., me estoy arrugando —dijo mirándose los dedos de las manos— y creo que deberíamos aprovechar lo que nos queda juntos.

»¡Mierda!

—¿Qué?

—No le tenía que haber dicho a Dalía que le enviaba hoy las correcciones y las podría haber hecho... ¡Joder! Mañana nos vamos para Huelva y pasado para Tharsis. Tengo que mandarlas hoy sí o sí.

—¿Me prestas la cocina?

—¡Claro!

—Pues ya está. Yo cocino y tú trabajas. Aplaza el bono drama para la

noche y hacemos algo divertido en la tarde. ¿Te parece?

—¿Ya me tienes planeada también la tarde?

—¡Sí!

—Y, ¿no me vas a decir nada?

—¡No!

—Cerdo.

—Gracias.

## Capítulo 7

### La Maratón de Nueva York.

Desde la cocina, Theo escuchaba a Vera tararear canciones a capela. Lo hacía bien. Se notaba que tenía oído y que, sin duda, la música ocupaba un espacio importante en su vida.

Se apoyó a observarla en el quicio de la puerta mientras unas cebollas se cocinaban a fuego lento.

Tenía los auriculares puestos, unas gafas de concha carey, las cuales no sabía que utilizaba y la vista perdida en la pantalla del ordenador.

Vera levantó la vista y le sonrió al tiempo que se quitaba los auriculares.

—Ha vuelto el sigiloso. ¿Llevas mucho rato ahí?

—No quería perderme tu concierto.

—¿Qué estás haciendo de comer?

—Voy a aprovechar la carne que tienes en el congelador del otro día. Estoy caramelizando cebolla y voy a intentar hacer que te relamas.

—Para eso no hace falta comida. —Sonrió irónica—. No sabía que fueras cocinillas.

—Ni yo que uses gafas.

—Paso demasiadas horas delante de esta pantalla.

—Estás igual de guapa. Sigo con mi tarea, no quiero molestarte.

Le hizo un gesto para que se acercara a ella y la besara.

De soslayo, Theo miró la pantalla del ordenador.

—Tranquilo, vaquero. Son exámenes de Historia del Arte. Nada que ver con el viaje.

—¡Mierda! Tenía que intentarlo.

—Si te portas bien, luego te leo lo que llevo escrito. Pero aviso, son borradores. Eso no quiere decir que se vayan a quedar tal y como están. Además, cuando ves el artículo impreso con sus imágenes, su forma y todo lo demás, cambia.

—Correré el riesgo de que no me guste.

—Se te va a quemar la cebolla.

—¿Sabes lo que tarda en caramelizar la cebolla?

—Pues la verdad es que no, Jamie Oliver. Pero tengo que seguir trabajando o el poco tiempo que nos queda juntos será así —dijo señalando su ordenador—. Pero antes de irte, paga el peaje por el que has venido.

Vera estaba tardando más de lo que esperaba en mandar las correcciones.

Le costaba concentrarse.

Tenía la cabeza perdida entre las próximas horas y la futura ausencia de Theo.

No llegaba a comprender bien por qué pensaba tanto en eso. Ella estaba allí por trabajo, no por amor. Theo no iba a desaparecer del mapa. Hablarían cada día.

Lo cierto es que tenía material suficiente para escribir una buena crónica.

¿Qué hubiese sido de ella si no los hubiera conocido? Dos semanas allí le podrían haber resultado pesadas.

O no.

Habría podido corregir entre acordes de jazz en aquel precioso remanso de paz todo lo que Dalía le fuese mandando sin preocuparse por las futuras ausencias.

Hizo una pausa para almorzar.

Estaban sentados uno frente al otro en el patio. Eran casi las cuatro de la tarde.

—¿Te queda mucho para acabar?

—Una hora o así, más o menos.

—Vale. A las siete podemos salir, ¿no?

—Sí. A esa hora he acabado seguro.

Theo había preparado un fantástico almuerzo compuesto por los restos de carne ibérica que sobraron de la barbacoa que junto con patatas metió al horno con especias y un chorreón de vino blanco. Aparte, cebolla caramelizada y una reducción de mermelada de frambuesa que Vera había comprado para el desayuno y que jamás habría usado para cocinar.

—Si juntas las patatas y la carne con un poco de cebolla y la mermelada, como en *Tal como éramos, tendrás el bocado perfecto*.

—Madre mía, Theo. ¡Qué bueno está esto!

—¿Te gusta?

—Eres una caja de sorpresas.

Se tomó el café de la sobremesa delante del ordenador, mientras Theo

veía una película en la tele también con los auriculares puestos para no molestarla.

Enredando sus pies desde lados opuestos del sofá. Ella de espaldas a la televisión.

De: Vera Torres

[\[mailto:veratorres@veratorres.com\]](mailto:veratorres@veratorres.com)

Enviado el: domingo, 11 de junio de 2017 17:44

Para: [dramos@learnandtravel.com](mailto:dramos@learnandtravel.com)

Asunto: Correcciones.

Hola, Flor:

¿Qué tal va todo por ahí?

Te adjunto las correcciones de hoy. ¿Sabes si quedan muchos exámenes por hacer? Para organizarme un poco.

Tengo tantas cosas que contarte, que vamos a necesitar más de una comida.

Este viaje me está cambiando la vida. Quién me lo iba a decir ¿eh?

Y eso que al principio me parecía una locura.

No sé a quién se le ocurrió la idea de mandarme aquí, pero dale las gracias de mi parte, ¿vale?

Te veo pronto. Besos.

Ve.

Cerró el portátil y lo dejó sobre la mesa. Con cuidado se quitó los auriculares y las gafas dejándolos al lado del ordenador.

Se recostó sobre el pecho de Theo, haciendo que se le saliera uno de los auriculares.

—Perdona.

—Nada. ¿Ya has acabado?

—Sí. Vuelvo a ser toda tuya.

—Pues en cuanto acabe la peli nos vamos ¿te parece?

—¿Adónde vamos a ir?

—Ya lo verás.

—¿Me tengo que arreglar mucho?

—Tú siempre vas perfecta.

—Eso no es una respuesta.

—Puedes ir cómoda.

Elegió un pantalón pitillo blanco y camiseta amplia negra, sandalias y se



recogió el pelo. Se maquilló un poco y cogió una chaqueta fina por si refrescaba.

A las siete pusieron rumbo a Aracena.

—¿Qué vamos a ver en Aracena?

—Vamos a la piscina municipal.

—No entiendo nada.

—Ya lo entenderás.

Se sorprendió al llegar.

Era la inauguración del Cine de Verano que cada año por esa época montaban en la piscina municipal, gratuito y con oferta cinematográfica todos los días de verano.

Proyectaban *Cinema Paradiso*.

Theo dejó un donativo voluntario en unas huchas que tenían a la entrada para ayudar al Sahara.

—Cine de verano, ¿en serio?

—Lo vi por internet esta mañana. Me pareció una buena idea.

Vera le dio un beso fugaz.

—Me encanta. Gracias.

Compraron palomitas y refrescos.

—Antes montaban uno también en Riotinto, en el campo de fútbol, pero hace un par de años que no lo ponen.

Me encantan los cines de verano.

—¿Sabes que es la primera vez que vengo a uno?

—Imposible.

—Créetelo. Nuestros veranos, cuando éramos pequeñas, los pasábamos en Gandía y allí en lo que menos pensábamos era en cines precisamente.

»Ya de adulta, no suelo moverme por España.

»Cuando tengo días libres lo que menos me apetece es viajar.

—Eres al revés que el resto del mundo.

Alrededor de ellos, jóvenes con sus jergas, risas exageradas y primeros besos a la espera del comienzo de la película.

Vera los imitó.

—Y molo.

—Mazo, tía. Le sonrió.

—Nos pilla mayores esto.

—Para nada.

—Ahora en serio, pasar unas vacaciones en casa para mí es el mejor de los planes.

Con la caída de la noche disfrutaron de la magia del cine de verano. Vera se enamoró de su encanto, entre los besos que tanto sentido tienen en la película y la melosa voz de Dulce Pontes.

Jugaron a quererse entre casas blancas y calles adoquinadas. Abrazarse por la cintura, atraerse, besarse sin reparo y sonreírse mirándose a los ojos.

Sin miedos.

Con todo el del mundo.

De vuelta a la casa Vera hizo un pacto con el silencio, ese que es tan aliado del dolor y que tanto sabe del peso de la palabra.

Si llegaba a pronunciar la correcta, se rompería en mil pedacitos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Theo nada más entrar.

—Nada...

—Dímelo, Vera.

Y se rompió. Dijo nada y se rompió.

Los mil pedacitos invisibles esparcidos por todo el suelo hidráulico de diseño.

Resopló. Las lágrimas surcaban a borbotones por sus mejillas.

Theo se acercó y colocó las manos sobre ellas.

Con los pulgares se las limpiaba mientras caían delicadas como en una cascada agotada por el cambio climático.

—¿Por qué lloras?

—Joder, ¡porque no quiero que te vayas!

—¿Piensas que yo me quiero ir?

—¡Mírate, Theo! Actúas tan... natural. Con tanta normalidad. Yo me estoy muriendo y tú estás tan tranquilo.

Theo sonrió.

—¡Eres tan exagerada!

Hizo un gesto de escaparse de sus brazos e irse a la habitación.

—No te rías de mí.

—No te enfades. Ven.

—Sí, me enfado.

Theo corrió tras ella.

—Vamos a ver, Vera ¿qué te piensas que va a pasar porque me vaya?

—Yo que sé. Déjalo.

—Pero, ¿quieres dejar de llorar?

—No puedo. He abierto el grifo y es difícil cerrarlo —dijo mientras buscaba pañuelos de papel en su bolso—. Tenía la sensación de que estas dos semanas no se iban a acabar nunca, ¿sabes? Esta mañana me dices que te tienes que ir y estás tan normal y yo ¡estoy deshecha! ¡Mira por ahí corren mis tripas!

Theo volvió a sonreír. La atrajo hacia él, le acarició sus sonrojadas y húmedas mejillas.

Dejó un susurro suspendido en el aire.

—No me quiero ir, pistolera.

Lo miró a los ojos.

—Quiero creerte.

—¿No me crees? Me jode muchísimo que me hayan llamado. Pero, aunque me joda, tengo que irme y te voy a decir una cosa. Lo único que quiero hoy, y de ahí mi forma de actuar, es pasar el tiempo que nos queda sin mirar en el reloj porque a partir de mañana no voy a parar de hacerlo.

—¿El qué?

—Mirar el reloj. Saber el tiempo que falta para volver a verte.

Vera no podía parar de llorar. Sabía la dificultad que tenía para ella empezar una nueva relación con viajes largos y destinos perdidos en un mundo que de repente le parecía exageradamente grande.

Él no sabía ni por cuánto tiempo se iba. Ella llevaba la fecha de caducidad impresa.

Esa noche hubo más amor que sexo. Lágrimas fugaces y nervios.

Recostada sobre su pecho, sintiendo su acompasada respiración mientras él jugaba con su pelo, en silencio.

Pudieron estar así por más de una hora.

Cuando comprobó que Theo se estaba quedando dormido, Vera se levantó de la cama, se puso la camiseta de él y salió de la habitación.

Theo se desperezó girándose a un lado de la cama.

—¿Dónde vas?

—No puedo dormir. Voy a tomarme una infusión o algo.

—¿Estás bien?

—Sí. Duérmete, anda. Ahora vuelvo.

Dudó en si servirse un par de copas de vino que le cambiaran el ánimo y así controlar su manojito de nervios. No se arriesgó.

Se preparó un Rooibos.

Estaba sentada en la cocina, mareando el líquido de la taza con una cuchara, cuando Theo apareció tras la puerta solo con los calzoncillos puestos.

—Venga, Vera, no quiero que estés así. No debes preocuparte.

—Son más nervios que preocupación. Es como si mañana tuviera el examen de fin de carrera. Pero me acabo el té y vuelvo a la cama.

Le señaló la camiseta y se sentó a su lado.

—Te queda mejor a ti que a mí.

—¿Me la puedo quedar?

—Claro. Cuéntame que te preocupa.

—Theo, vete a dormir. Son paranoias premenstruales. No tienes que echarme cuenta.

Le hizo un gesto de negación.

—Desembucha.

—¿Qué quieres que te diga?

»No sabía que se pudiera echar de menos sin ausencia.

»Cuando pasas tanto tiempo lejos de los tuyos aprendes a bloquear la añoranza y aunque es una sensación muy desagradable, quiero echarme de menos, quiero querer volver, y no querer irme o huir como he hecho esta vez que hui de mi vida...

Sonrió.

—Lo de huir nos salió bien.

—Tú no has huido.

—No, pero sí que he vuelto y lo he hecho con la mochila llena de añoranza. Además, te encontré. ¿Hay más suerte que esa?

—No sé si ha sido suerte, pero has sido un buen placebo para mi dolor.

—Me alegra haber sido útil.

—En realidad has sido utilizado.

—Lo sé. Es difícil resistirse a mis encantos.

Sonrió.

—¿Sabes? El dolor por añoranza es mucho peor que el de... —Se apretó la sien con los dedos— ¿Me llamarás?

—¡Claro! Y pienso bombardearte a WhatsApp aunque lo odies.

Vera se levantó y se sentó en su regazo, hundiendo la cabeza entre su cuello y su hombro.

—¡Cómo hemos corrido, ratón!

—La Maratón de Nueva York.

—Dos veces.

—O tres.

—Y no me importa.

—Y la seguiría corriendo.

—No me pienso quitar las mallas hasta que vuelva a verte.

—Yo no me veo con ellas.

Vera soltó una sonora carcajada.

—Siempre te puedes poner el dorsal para tapar..., ya sabes.

—Sin mallas.

—Dime que nos va a salir bien.

—Es que eso no lo sé. Pero lo voy a intentar.

—Yo sí que quiero creer que nos va a salir bien y si no siempre estaré agradecida. Llegaste en el peor momento y lo transformaste en uno de los mejores.

»El dolor efímero. Los recuerdos. El amor. Tú.

»Siempre serás tú. Siempre serás el que supo cambiar el final de la historia para convertirlo en principio. El que me hizo volver a ser lo que hace mucho tiempo fui.

»Eres el signo positivo de este viaje.

Theo volvió a marcar con su dedo el signo tatuado en su pecho. Acercó sus labios y lo besó.

Vera sintió una descarga de electricidad por toda la espina dorsal que la hizo estremecerse.

—Me haces cosquillas, ratón.

—¿Nos vamos a dormir?

—Sí.

Amaneció abrazada a su pecho en la misma postura en la que se acostó.

Llevaba mucho con los ojos abiertos cuando sonó el despertador. Le dio a que volviera a sonar pasados unos minutos.

Theo se removió un poco sin que ella hiciera nada por cambiar su posición.

—Buenos días, preciosa.

Vera alzó su mano izquierda, sin mirarlo y a base de tacto buscó su boca.

Posó el dedo índice sobre sus labios.

—¿Qué?

—Diez minutos así. Por favor, no digas nada.

—Vera...

—!Shhhhh!

Estuvieron en silencio hasta que volvió a sonar el despertador. Lo apagó y se incorporó en la cama.

—¡Buenos días! ¿Vamos a por el lunes?

Theo la miró incrédulo.

—¿Qué ha sido esto, Vera? ¿Me he perdido algo?

Lo besó.

—Nada. Guardar en mi memoria interna recuerdos que no quiero que se borren.

—¿Estás menos preocupada?

—No, pero tampoco puedo hacer nada por evitarlo —dijo camino del baño—. Levántate que tenemos que aprovechar el día.

Pasaron por su casa a recoger la maleta y despedirse de Sergio y Antía.

Theo se cambió de ropa y bajó con una pequeña bolsa que le dio a Vera.

—Esto es tuyo.

Dentro estaba la camiseta que llevaba la noche anterior.

Le sonrió.

...

Salieron de la oficina del Cementerio de las Soledad cuando no eran ni las once de la mañana. Allí preguntaron cómo llegar a la tumba de William Martin.

Compraron flores y entraron de nuevo al cementerio en busca de la lápida.

No les fue muy difícil encontrarla.

Pegatinas de países latinos sobre el mármol blanco, flores de plástico y alguna que otra pequeña cruz de madera. Se notaba que aunque nunca hubiera existido la civilización le estaba agradecida por su aportación a la historia.

Bajo el nombre de William Martin, quien con su muerte salvó miles de vidas cambiando el curso de la Segunda Guerra Mundial, y la fecha de su defunción, había otro nombre grabado.

El de Glyndwr Michael, vagabundo galés de quien dicen que en realidad murió por ingerir veneno para ratas junto a una neumonía y que fue el encargado de regalarle una vida heroica al comandante Martin.

Vera comentaba con cierta incredulidad lo que pensaba de todo aquello cuando juntos de la mano paseaban por el cementerio de vuelta hasta el coche.

—Me parece increíble que esta historia haya pasado tan desapercibida en el tiempo.

—En los años cincuenta, un director inglés hizo una película que tuvo bastante aceptación e incluso nominaciones a premios importantes, pero tú mejor que nadie sabes que la historia contemporánea al final pasa un poco más inadvertida.

»¿Qué quieres ver ahora?

Llegaron al Muelle-Cargadero del Mineral de la Riotinto Company situado sobre el río Odiel y conectado con la actual estación de trenes de Huelva.

Una estructura férrea curva que regala a la retina una preciosa fotografía a orillas de una ciudad creciente.

Vera pudo imaginar los trenes llegando cargados de mercancías hasta los barcos comerciales por la estructura superior. La misma por donde estaba paseando aferrada al brazo de Theo.

En las vallas, candados con fechas y nombres escritos como en el *Pont Neuf de París*. *Aquí, pocos y dispersos*.

Vera sujetó uno de esos candados con una fecha de noviembre escrita con tinta permanente negra.

—Me pregunto si seguirán juntos.

—Alguno se habría encargado de quitarlo de no ser así, ¿no crees?

—No sé, pero espero que sigan. Empezaron a salir el día de mi cumpleaños.

—*November girl*.

—Sí. ¿Y tú?

—*June boy*.

—¿Los has cumplido o los vas a cumplir? Para comprarte un regalo y esas cosas.

—Tú fuiste el regalo.

—¡Mira que eres cursi!

—¡En serio! Cumplí treinta y tres el día antes de conocerte.

»¿Fuiste o no un regalo?



—Lo mismo he sido una sentencia y aún no lo sabes. Para la historia los treinta y tres es una edad muy mala.

—No creo...

—Soy un año mayor que tú, cuatro de junio. Géminis.

Theo sonrió.

—Vale, dos días antes de que llegaras. Tres de junio. Géminis. ¿No creerás en los horóscopos?

—Leo todos los miércoles los de la *Cuore pero porque me hacen mucha gracia*.

En realidad, quedaba bien lo de tu signo para acabar la frase.

Mi madre nació el dos. Por eso sé el horóscopo. Si llegas a nacer el tres de febrero no tendría ni idea de cuál serías.

—Acuario.

—¡Mira, Esperanza Gracia!

Theo soltó una sonora carcajada.

—¡Estás fatal! Antía nació el ocho. ¿Me ves leyendo el horóscopo?

—No llevar calzoncillos de leopardo no me garantiza que no sigas a Rappel.

Siguieron compartiendo paseos y diálogos ridículos con la intención de maximizar ese tiempo juntos aunque el reloj no se detuviera.

Tomaron una cerveza bajo las sombrillas de uno de los quioscos del Paseo Marítimo de la Ría con vistas al muelle por la izquierda y al Estadio Nuevo Colombino por la derecha.

La brisa era cálida pero no sofocante para ser junio.

Se miraban, sonreían, miraban sus relojes de soslayo y fingían normalidad en un día totalmente atípico.

Comieron en el barrio de Pescadería, cerca de la estación de trenes, del muelle y del campo de fútbol.

—¿Sabes que dicen que el «Muelle del Tinto», que es como lo llaman aquí, está realizado por la escuela de Eiffel? Nunca he llegado a saber si eso es del todo cierto.

—En Almería hay uno muy parecido.

—Vera viajera.

—¡En serio! Lo mismo lo diseñaron con influencias de Eiffel, aunque lo dudo.

—¿Por qué?

—A ver, ratón. Clase de historia gratis. La Torre Eiffel se construyó en 1889 para la Exposición Universal y, según hemos leído, el puente de la Riotinto Company se inauguró en 1876. Con lo cual, si la Torre Eiffel se hizo en dos años y pico, en ese año aún no había sido ni concebida.

—¿Nos ha salido listilla, la niña! Pero el señor trabajaría más ¿no?

—¡Claro! el Puente de los Tres Ojos de Córdoba, por ejemplo, es de él. Pero se le atribuyeron erróneamente muchas obras a lo largo de los años.

»Así que, si fueron sus discípulos los que hicieron este puente se podrían haber planteado denunciar a su mentor por plagiar sus ideas en la Torre Eiffel. El parecido, desde luego, existe.

»¡Habría que investigar!

—¿Te imaginas que acabáramos de descubrir una estafa histórica?

Vera sonrió.

—¿Qué dices? Al final son tendencias como en la moda. Era lo que se llevaba en la época. ¡Bien de hierro!

La sobremesa con café la pasaron en la propia estación.

Una cafetería que en realidad era un bar de copas con terraza y vistas a las vías.

Mesas de madera antigua y sillas con tapizados *animal print*.

—Te has quedado muy callada.

—Las cosas que pasan...

—En serio.

—Estaba pensando que podías cambiar tu billete para el último AVE, llevarte a Sevilla y así pasábamos más tiempo juntos. O para el primero de la mañana y coger una habitación de hotel cerca de Santa Justa. Antes de las nueve estaría yo en Tharsis y tú casi llegando a Madrid.

Theo negó con la cabeza.

—Por eso estaba callada. Porque me estaba haciendo unas ilusiones preciosas que sabía que no se iban a hacer realidad y porque sigo sin querer que te vayas.

—Nos vamos a ver pronto y —agachó la cabeza—, ¡joder, Vera!

»¿Para qué prolongar la agonía del adiós si al final va a llegar?

»Parece que me voy a morir y que no vamos a estar juntos nunca más.

—Ya lo sé.

—Es curioso que lleves tan mal las despedidas viajando tanto.

—Soy egoísta. La que se va siempre suelo ser yo... y aquí iba a ser igual.

—Por eso hay que dejar que la vida te sorprenda.

—Eso me dice siempre mi hermana.

Theo extendió su mano sobre la mesa hasta llegar a la de ella.

—Piensa que cuando volvamos a vernos habrá fuegos artificiales.

—Pero es que ¡estoy tan gilipollas que no me reconozco!

»Por cierto, no te olvides de pasarme el teléfono del señor de mañana.

—Te lo he mandado por *WhatsApp hace un rato. Me dijo que estuvieras a las diez por allí y que lo llamaras, que él saldría a tu encuentro. Te va a encantar aquello.*

Por megafonía anunciaron la próxima salida del tren de Theo. Tren que veían estático en su arcén a escasos metros de donde se encontraban.

Se fueron a la puerta de embarque, él arrastrando una maleta y Vera el propio peso de su cuerpo, ese que de repente parecía llevar cargado sobre los hombros.

En la cola lo abrazó con fuerza.

—¡Llámame!, ¡escribeme!, por favor.

—Tranquila y ni se te ocurra echarme de menos. Hacemos un *Facetime* cada vez que te aburras y no estemos trabajando, ¿vale?

»Y tú, escribe que al final no me has enseñado nada de lo que llevas.

—Así te sorprendo cuando salga. O no... ¡Vete tú a saber!

—Te quiero, viajera usurpa hogares.

—Yo no, Teodoro Brooks.

La miró a los ojos arrugando la nariz.

Como en las películas, de puntillas, lo besó. El beso de la despedida, el que llega acompañado por las letras «*The End*». *Sin kleenex pero con exceso de azúcar, con añoranza prematura y miedo a lo desconocido. El fin de la primera parte y el comienzo de lo que queda por venir.*

## Capítulo 8

### La señora del trono y Johnnie Walker

En la soledad de su hogar temporal victoriano lo echó de menos.

Limpió toda la casa para matar el tiempo. Lo encontró en los rincones que llenaron con risas y plantadas de bandera, en las costuras de su pecho ahora descosidas para dejar un latiente corazón expuesto.

También se paró a mirar en su teléfono las pocas fotos que tenían juntos, las de la cámara de fotos e incluso los videos de la cámara deportiva.

Se había convertido en una dependiente de la añoranza.

Por un instante desvió sus recuerdos a Pedro.

Nunca se había parado a hacer lo mismo con él. A mirar los álbumes de fotos del móvil para ver las que se habían hecho juntos cuando ella salía de viaje.

Tan solo la primera vez que viajó tras su ficticia boda lo hizo.

Esa fue la única vez que no quiso marcharse de casa. Cuando por fin sintió que el proyecto que habían creado en común era tan sólido que hasta lo podían denominar familia.

Ahora sabe que nunca fue del todo feliz a su lado.

Se acostumbró a él, a su gente, a su entorno..., a quererlo. Se acostumbró tanto que se lo creyó.

Su corazón dio un vuelco cuando alguien llamó con los nudillos a la puerta siendo algo más de las diez de la noche.

Imaginó el tren donde viajaba Theo detenido a la altura de San Juan del Puerto por un fallo eléctrico y cómo un vehículo proporcionado por Adif lo traía de vuelta a casa por una noche más.

Más ilusiones fugaces y un mental «te estás volviendo loca». Era Antía.

—Hola, bonita, ¿cómo estás? No vamos a dejarte sola, que lo sepas.

—Gracias. Estoy bien..., pasa anda. ¿Y Sergio?

—Viendo Juego de Tronos, como medio país. Vera

Sonrió.

—¿Quieres un té?

—¿Tienes té?

—No viajo sin ellos. Tengo de frutos rojos, roibbos, *chai, negro, verde y rojo. Así que hasta puedo hacerte un perfecto té inglés, si quieres.*

—Madre mía, ni en la casa del té. ¿Tú me acompañas?

—¡Claro!

—Pues un *Chai. Es muy tarde para un té inglés, pero me lo guardo para otro día, si me dejas.*

Vera preparó las infusiones y puso algo de música mientras salían al patio.

—¿Has hablado con tu hermano?

—No, aún no habrá llegado. ¿Y tú?

—Tampoco. Me mandó un par de *WhatsApp cuando se montó en el tren, pero nada más.*

—Siempre se duerme en el tren.

—Eso me dijo, que se iba a dormir un rato porque casi que acabo con él en una semana.

Antía soltó una sonora carcajada.

—¡Vaya dos!

—Pues lo echo de menos, ¿eh? Aunque no te lo creas. Ha sido una semana pero parece mucho más.

—¿Qué te parece si mañana te acompañamos a Tharsis y así no vas sola?

—¿No tenéis un plan mejor que escuchar más historias de minas?

—Si no quieres no hay ningún problema.

—¡Por favor! Todo lo contrario, pero tampoco quiero fastidiaros el día.

—Cuando escuches el entusiasmo con el que habla Gonzalo querrás volver siempre que tengas la oportunidad. Además, ya te lo he dicho, no te vamos a dejar sola.

—Gracias. Sois un regalo.

—¿Habla tu depresión pospartida del cabezón?

—No, hablo yo.

Estuvieron un rato sentadas en el patio acompañadas por la lista de canciones que Vera solía escuchar cuando quería inspirarse para escribir y el par de humeantes infusiones.

Hablaron de todo un poco como si Antía formara parte de su diario más

allá de la historia con Theo.

Sentía que habían llegado para quedarse.

Quedaron para desayunar a las ocho. Tenían algo más de una hora de camino hasta Tharsis y cuando se estaban despidiendo a lo lejos escuchó el teléfono.

—¡Será tu hermano! Os recojo a las ocho. Dale un beso a Sergio.

—¡Corre! No sea que espere demasiado. Vera le regaló una sonrisa burlona.

—A las ocho. ¡Hasta mañana!

Corrió al salón y el teléfono dejó de sonar.

Le devolvió la llamada a Claudia.

—¡Hombre! La desaparecida.

—Perdona, Clau, llevo un día de locos.

—Tanto *frungir*...

—¡No es eso! Theo se ha vuelto hoy a Madrid y ahora estaba aquí su hermana.

—¿Se ha vuelto a Madrid?

—Lo llamaron ayer del trabajo. ¿Tú, qué tal?

—Bien. Hasta las narices de estar en clausura por estudio. Ha venido Pedro esta mañana.

—¡Madre mía! ¿Qué quería ahora?

—Que lo desbloquearas del teléfono, saber cuándo vuelves, hablar contigo... No sé, Ve. Se le veía hecho polvo.

—¿Le has dicho algo?

—No. Solo que te lo diría.

—Gracias, Enana. Hoy no lo voy a llamar.

—Me dijo que te escribiría un email.

El tono de Vera se tornó en serio.

—Vale. Ahora lo veo. No he abierto el ordenador en todo el día ni le he echado cuenta al teléfono.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Pero...

—Que no me acordaba ya de Pedro, ni de que lo tenía bloqueado, ni de nada. No quería dejarlo permanentemente bloqueado. Solo quería que me

dejara en paz.

—No te pido explicaciones, Mayor. Tienes mis bendiciones en todo.

—¿Sabes, Clau? Vomitamos todos los arcoíris del mundo.

—Ahora hablamos de Theo, ¿no?

—Sí.

—¿De verdad estás bien?

—Sí.

—Otro monosílabo y me cojo un tren.

—Pues podrías. Ahora estoy sola.

—No me tientes que tengo mucho que estudiar y ya han salido las convocatorias.

—Bueno, pequeña, pues estudia mucho. Me voy a meter en la cama que mañana madrugo.

—Descansa, anda.

—*Love you, babe.*

Se quedó unos segundos con el teléfono en la mano. Desbloqueó a Pedro y abrió el ordenador.

Allí estaba.

En su bandeja de entrada con una banderita roja al lado que anunciaba que el correo era importante.

Como si lo fuera...

-----Mensaje original-----

De: Pedro Morales

[mailto: [pedromorales@peypcompany.com](mailto:pedromorales@peypcompany.com)]

Enviado el: lunes, 12 de junio de 2017 17:32

Para: [veratorres@veratorres.com](mailto:veratorres@veratorres.com)

Asunto: Por favor...

Lo siento, Vera, lo siento de verdad.

La cagué. Ya no puedo hacer nada por remediar eso, pero no quiero perderte. Quiero sentarme contigo a tomar un café y que no me mires con odio o desprecio.

Tampoco te quiero obligar a nada. Debo aprender a aceptar lo que tú quieres aunque eso me cueste.

Todavía podemos ser amigos, ¿verdad? Por favor...

Pit.

-----Mensaje original-----

De: Vera Torres

[mailto: [veratorres@veratorres.com](mailto:veratorres@veratorres.com)] Enviado el: lunes,  
12 de junio de 2017 23:42

Para: [pedromorales@peypcompany.com](mailto:pedromorales@peypcompany.com)

Asunto: RE: Por favor...

Te llamo mañana por la tarde.

«¡Mierda!»

Se levantó del sofá camino del baño. Se lavó la cara viendo el serio reflejo que le devolvía el espejo.

Su preocupación.

Se recogió el pelo y se lavó los dientes.

Estaba entrando en la cama cuando volvió a sonar el teléfono. Esta vez sí era Theo en un *Facetime*.

—¡Hola, guapo! Dame un segundo que coja los auriculares.

Se puso los auriculares y se tumbó en la cama de donde ya no pensaba salir cuando acabara la llamada.

—Ya soy toda tuya.

—Desgraciadamente, no.

Vera hizo un mohín de tristeza.

—¿Estás cansado?

—He dormido casi todo el viaje. Siempre me pasa igual en el tren. Y tú, ¿qué has hecho?

—He limpiado mientras te echaba de menos. Ha estado aquí tu hermana un ratito. Se vienen mañana a Tharsis, así que ¡genial!

—¿Echas de menos el crujir de mis tostadas?

—Y manosearnos. Sobre todo.

—Estás seria.

—Estoy cansadilla. Al final no he parado en todo el día.

—¿Te llamo mejor mañana?

—También, pero ni se te ocurra colgar.

Theo sonrió.

—Venga. ¿Qué te pasa? Que nos conocemos.

—Jolín, con el fisionomista.

—¡Jopetas!

—¡Idiota!

—¿Me lo cuentas?

—¿Y si no quiero?



—Pues no me lo cuentas.

Vera recolocó el teléfono a un lado de la cama. Se giró colocando su mano derecha debajo de la almohada.

Si Theo estuviera allí en vez de en una pantalla de móvil estaría mirándolo a los ojos como cualquier otra noche juntos.

Al final acertó a decir mientras se restregaba los ojos con la mano izquierda.

—Pedro.

—Si me tengo que preocupar dímelo ya.

Se reincorporó de un resorte cogiendo el teléfono entre sus manos para verlo bien.

—¡No! ¿qué dices?

—Vale.

—Me he olvidado de él por completo. He olvidado hasta que existía. Pero existe y forma parte de mi vida..., aún. No sé por cuánto tiempo, pero forma parte.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Me ha mandado un mail *porque lo tenía bloqueado en el teléfono. Le he dicho que mañana lo llamaba.*

Respondió serio:

—Bien.

—Me da dolor de cabeza este tema, Theo. Es como si yo mañana te preguntara por Lucía. El qué le has dicho o cómo te has comportado con ella...

»Créeme, me da igual eso. La pregunta es: ¿confías en mí?

—¿Recuerdas el miedo del que hablabas?

—Sí.

—Pues ahora lo tengo yo.

—¿Por qué?

—Porque te has podido acostumbrar a mí estando allí y cuando vuelvas puede que yo no sea parte de tu rutina.

—Vamos a ver, Theo... Vaya día de cambios en cuanto a emociones estoy teniendo.

»Ahora me preocupas tú. ¿Cómo crees que soy? ¿Alguien a quien dejan y se aferra al primero que llega? ¿Que cuando llegue a Madrid voy a correr a los brazos de Pedro arrepentida como una actriz de sobremesa de domingo?

—No. No sé...

—Estoy flipando, de verdad.

—¡Claro que confío en ti, Vera! Pero tenemos que protegernos. Al final lo único cierto es que nos conocemos un «mucho-poco».

—Un mucho-poco...

—Queremos creer que nos conocemos, pero no nos conocemos tanto.

—¿Puedes querer a alguien que conoces poco?

—Sí.

—Pues ya está.

»Yo llevo toda la tarde echándote de menos y es a lo único a lo que pienso aferrarme.

—Lo siento. Parece que me has pegado tus paranoias hormonales.

—Luego te mando una canción que es muy acorde a este momento.

—Vale.

—No te voy a engañar, Theo. Hablaré con Pedro y no lo haré solo mañana. Habrá más veces e incluso habrá días que quiera escupirle a los ojos, que lo maldeciré y otros que no. Solo quiero saber si tú aceptas eso y si estarás para soportarme.

—¿Lo quieres?

—No como preguntas.

—¿No comes preguntas?

—Idiota.

—Desdramatizaba esto. Pero sí, ¡claro que acepto!

—¿Crees que tendremos tiempo de hablar mañana?

—Sí, claro. Aunque sea como hoy antes de dormir.

Vera sonrió.

—¡Bien!

Estuvieron hablando hasta que los bostezos fueron más frecuentes que las palabras.

Aunque al final la preocupación pareció disiparse, a Vera le quedó ese pequeño resquicio de duda sobre si todo estaba bien.

Intentó no darle más importancia.

Le mandó por *WhatsApp un enlace a la canción Vengas cuando vengas y escuchándola en bucle se durmió.*

...

Tharsis tenía más vida que Riotinto, al menos en cuanto a gente en la calle.

Gonzalo los esperaba a la entrada del pueblo. Tras las presentaciones pertinentes recomendó ir todos en un mismo coche para poder ir contándole a Vera todo con detalle.

—¡Vamos en mi coche!

—¿Está preparado para los caminos?

—Es de alquiler, así que no te preocupes que está preparado para todo.

—Vera le extendió las llaves—. Está más que asegurado ¿Conduces tú?

—Vale. Pero solo porque no es tuyo.

Salieron del pueblo por un camino ascendente de arena que los llevó hasta una especie de mirador bajo un molino eólico.

Desde allí se podía ver prácticamente toda la mina, el pueblo y la provincia de Huelva.

Gonzalo le hablaba con un entusiasmo enriquecedor. Amaba lo que contaba y eso se notaba.

Antía y Sergio aprovecharon para hacerse fotos mientras Vera tomaba apuntes de cada palabra.

Aquello era impresionante. Las vistas, el cielo, los filones, la vegetación...

Le llamó particularmente la atención la historia de la Señorita Gray cuando desde aquel punto en el que se encontraban le marcaba la situación de su casa y su famoso jardín. Posiblemente ella ha sido el cargo directivo de la compañía minera que mejor recuerdo ha dejado en el pueblo.

—En el mes de diciembre la compañía convocaba premios a los escolares con mayor implicación y asistencia. Ella presidía la mesa y aunque rezumaba ese aura de alta clase británica, era una mujer sencilla y con trato

afable.

—O sea, que a pesar de todo era mundana y buena persona.

—Bueno, yo al menos así lo creo. Su mayor cometido fue en la Casa de Huéspedes.

»Ahora os llevaré para allá.

»¿Ves las pistas de tenis? Pues las casas que se ven a la derecha. — Señaló Gonzalo desde una de las laderas—. Allí hacía su trabajo y aunque cuidaba a sus trabajadores, era exigente.

»Solía estar pendiente de las personas más necesitadas enviándoles algo de dinero o a las familias si algún trabajador había tenido un accidente. Abastecía al hospital de medicamentos...

—Sí que tenía que ser buena persona.

—Si preguntas por el pueblo es raro que alguien te hable mal de ella.

Allí el aprecio británico era distinto al de Riotinto.

El pueblo escocés fue el gran culpable de la educación en la generación minera y gran parte de esa riqueza histórica de Tharsis se mantiene hoy viva gracias a jóvenes que crecieron unidos a la cultura. Jóvenes como Gonzalo, que a sus sesenta y pocos años siguen manteniendo el brillo en los ojos al hablar de aquello con el orgullo de haber crecido rodeados por algo que tanto bien les hizo.

Tras ubicar desde las alturas lo que iban a visitar sobre el terreno bajaron en coche hasta Pueblo Nuevo. Ese era el lugar donde vivían las familias británicas y que básicamente era una calle en línea recta con dirección a la Corta del Oro.

A pie pasaron por el cuartel de la Guardia Civil y la Casa de Huéspedes, hotel de la empresa The Tharsis Sulphur & Copper Company que contaba con todas las comodidades para hospedar a los visitantes del pueblo. Hoy abandonado y en constante rehabilitación inacabada.

Allí vivía la Señorita Gray quién además estaba al cuidado de su tan idílico y literario jardín.

Ella fue la última persona enterrada en el cementerio británico tras su fallecimiento el veintinueve de julio de mil novecientos ochenta y ocho. Cementerio que visitaron tras atravesar un precioso camino frondoso.

Solo, apartado y cargado de encanto.

Algo más de una docena de tumbas con sentencias preciosas grabadas.

Se notaba que la Señorita Gray había sido la última en fallecer. En su

lápida, tan sencilla y cercana como lo fue ella, tan solo se puede leer un «*In loving memory of Phillis Tracey Gray*».

Sergio y Antía habían permanecido en un segundo plano todo el tiempo dado el interés de Vera por conocer, pero en su paseo por las lápidas del cementerio británico compartió con Antía sus sentimientos respecto a aquel recóndito lugar y cómo había pensado que alguien tendría que cortar flores del jardín de la Señorita Grey para, de vez en cuando, dejarlas sobre su lápida.

Gonzalo los llevó hasta la Corta Sierra Bullones. Un regalo para los ojos y una fotografía alucinante a trescientos sesenta grados.

—Si la mina volviera a tener actividad se ampliaría por aquí uniendo las dos cortas —sentenció Gonzalo mientras Vera iba capturando instantáneas del lugar.

—Esto es maravilloso.

También les contó cómo hace unos años el Papa Benedicto XVI en su libro *La Infancia de Jesús ubicó a los Reyes Magos partiendo desde Tharsis hacia Belén y cómo cada año en Navidad representan en esa corta tan histórico momento*.

Fue más enriquecedor de lo que había podido imaginar.

Comieron algo por el pueblo acompañados por Gonzalo y su familia y aunque se hubiera quedado mucho más escuchándolo, se volvieron bien entrada la tarde.

Llegó derrotada, pero con ganas de escribir todo lo que había vivido en las últimas cuarenta y ocho horas.

Se puso cómoda, se preparó una infusión y abrió el portátil.

Lo primero que hizo fue comprobar el email *por si tenía algún correo de Dalía*.

Allí seguía. Con su banderita roja anunciando la importancia de la que carecía.

En voz alta y sin que nadie la escuchase dijo: —¡Joder, Pedro!

Cogió el teléfono y lo llamó. Tres tonos bastaron para volver a escuchar su voz.

Una voz que de repente le sonaba distinta. Entre lejana y desconocida.

—¡Vera!

—Perdona que te llame tan tarde. Acabo de llegar.

—Nada. Pensaba que te habías olvidado de mí.

«Si tú supieras...», pensó

—Olvidé que te tenía bloqueado. Estaba bastante enfadada contigo, la verdad.

—Es bueno escuchar que ya no lo estás.

—No he dicho que no lo esté.

—¿Lo estás?

—Digamos que le he restado importancia a mi enfado.

—Bueno, es un paso.

—Cuéntame...

Estuvo en silencio por unos segundos.

—Vera, lo siento. De verdad, lo siento muchísimo. La cagué.

—Mucho.

—Me gustaría poder remediar eso.

—No.

—Vera, por favor.

—Pedro, este tiempo fuera me ha enseñado mucho más de lo que hubiera podido imaginar...

»He aprendido que el dolor es tan relativo como lo son las relaciones.

»¿Sabes? pensaba que los cuernos iban a ser un lastre que me iban a acompañar el resto de mi vida pero créeme, no pesan. Los cuernos te liberan de lo que creías que tenías.

»He abierto los ojos de par en par y por fin he podido ver que hace mucho que no te echo de menos...

No estaba enfadada. Le hablaba con serenidad y confianza.

—Vera, yo...

—No quiero hacerte daño, Pedro. Tampoco sé si lo que digo te afecta, porque solo tú sabes lo que sientes. Así que no te voy a decir más nada ¿vale?

—Estás sola, ¿verdad?

—¿Cómo?

—No me hablarías así de estar acompañada.

—No es de tu interés eso.

—¿Lo estás?

—¿Qué quieres saber, Pedro? ¿Para qué querías que te llamase?

—¿Nos podremos ver cuando vuelvas?

—Depende de para qué.

—Eso es mejor que un no.

—Tampoco te pienses lo que no es. Esto se llama cordialidad por los años que hemos compartido. No una puerta abierta a algo más.

—Estás distinta, Vera.

—No estoy distinta. Tan solo vuelvo a ser yo. La que era sin ti.

—Vaya...

—¿Sabes, Pedro? Me escucho a mi misma y me doy coraje porque sueno a despecho y no es así. Créeme que no.

»Pero no me es fácil hablar contigo y actuar normal.

»Tampoco quiero estar echándote mierda a la cara por lo que has hecho cada vez que hablemos.

»Ahora te toca asumir las consecuencias y si te afecta o no, ya no es mi problema.

—Vale.

—Estás desbloqueado ¿vale? Eso fue un olvido tonto por mi parte y lo siento. Pero por favor, no metas a mi hermana más en esto.

—Era la única forma que tenía de acceder a ti.

—¿Y Dalía?

—Eso era guerra perdida. La tienes bien aleccionada.

—No es un perro domesticado.

—No quería decir eso.

—Dalía no tenía ni idea de que lo habíamos dejado. Gracias a ti ya lo sabe.

—Vera, no me tires tantos cuchillos. Solo quiero hablar contigo.

—¿De qué?

—Hablar.

—¿Hablar por hablar? Como si nada...

—¿Por qué no?

—Porque no es normal, Pedro.

—Sí, Vera. Te engañé y me arrepiento. Lo he hecho como el puto culo. De acuerdo.

»Dame la oportunidad de resarcir mi error, ¿no?

—No.

—No es fácil escuchar que hace mucho que no te echan de menos ¿eh?

—Fíjate y sin echarte de menos te respeté hasta el último minuto.

—Eso yo no lo sé.

—Pero yo sí y es lo que me vale.

»Mira Pedro, tengo que ponerme a trabajar y esta llamada no nos está llevando a ningún lado. No quiero enfadarme ¿vale? Así que, voy a colgar.

—Perdóname, Vera.

—Ya te he perdonado, Pedro.

—Pero...

—Pero ya no.

—¿Ya no?

—Sí. Ya nada.

—Vale. Espero que nos veamos cuando vuelvas, aunque sea para decirnos adiós.

—No tengo ningún problema con eso.

—Gracias.



—Por nada. Chao, Pedro.

—Buenas noches, Vera.

Le dio un sorbo a la infusión. Se había quedado fría. Se levantó y la vació en el fregadero.

Volvió al salón y cerró el portátil sin apagarlo.

«Mañana será otro día», pensó. Encendió la televisión y esperó la llamada de Theo para irse a dormir bien acompañada.

No había sabido nada de él en todo el día, aunque eso no le preocupaba demasiado. Sabía que estaba trabajando tal y como había estado haciendo ella.

Era tarde y con la única compañía de una *sitcom en aquel hermoso salón sintió que su tiempo allí se había acabado*.

Tenía material suficiente para escribir una buena crónica, le habían planeado los días e incluso llegó a ser consciente de que, de no ser por ellos le habría sido tremendamente difícil escribir sobre aquello de la misma hermosa manera.

A los lugares los hacen grandes las personas, pensó.

Y allí le faltaba su persona favorita para seguir conociendo y recorriendo rincones hermosos.

Le colgó a Pedro, echó de menos a Theo e hizo algo que no solía hacer.

Le envió un *WhatsApp*.

¿Vives?

No te llamo por si estás ocupado. Ya estoy en casa...

Esperándote. 23:12

¿Se había acabado su tiempo allí o es que en realidad quería volver a Madrid por él?

Dame diez minutos... 23:17

A los dos minutos le sonó el teléfono...

—¡Mierda!

Susurró: —Esto no son ni cinco minutos, vaquero. Me pillas en el baño.

—¿Una reina sentada en su trono?

—Literal.

—¿Cuelgo y hacemos un *Facetime*?

—Pero ¿qué? ¡No!

Theo soltó una escandalosa carcajada.

—¿Vas pedo?

—No debería conducir, desde luego...

—Menos mal que no tienes permiso, sino me dejarías muy preocupada.

—Tranquila, estoy en Zaragoza por trabajo y estamos en una cena en el propio hotel. Me he escaqueado para no irme a dormir sin escuchar tu voz.

—Me da que hoy vas a dormir poco. ¿Hasta cuándo estás allí?

—Hasta pasado mañana.

—¡Joder, Theo! Te echo mogollón de menos.

—Y yo a ti.

—Pero a mí esto no me había pasado nunca.

Sonrió, aunque ella no lo viera. Vera continuó hablando.

—Me vuelvo a Madrid, Theo.

Mañana dormiré en Huelva y pasado me vuelvo a casa. Tengo material suficiente para publicar algo bueno y aquí me falta un pedazo importante de inspiración.

Quiero ver a mi hermana, sentarme con ella con una copa de vino, contarle todo mirándola a los ojos y que ella me cuente todo lo que haya descubierto del tema «novio de mi madre».

—¿Te vuelves a Madrid?

—¿No quieres que me vuelva?

—Pensaba bajar yo cuando acabara aquí y quedarnos unos días allí.

—Sabes que tengo que cumplir mis plazos.

—Ya, pero te vas antes.

—Me voy porque no estás y si me espero a que vuelvas solo podría estar un día más, así que no le veo demasiado sentido a lo de quedarme. Ya planeamos algo cuando estemos juntos ¿Te parece? Porque nos veremos, ¿no?

—Por supuesto que no.

—¡Theo!

—Ahora te tengo que dejar, muñeca. Me reclaman.

—¿Hola?

Volvió a sonreír sin que ella lo viera.

—Ven ya. Te quiero... y cerca, también.

—¿Vas de traje?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Quiero imaginar cómo estás. Mándame una foto.

—Pero, señorita...

—Hazlo por alguien que tiene el culo helado por tu culpa y un *coitus*

*interruptus en su ano.*

Soltó de nuevo una exagerada carcajada.

—¡Joder, ¡cómo te quiero! Vale... Si tu haces lo mismo desde el baño y sentada en tu trono.

—¡Eres un cerdo!

—Y te encanta. Suspiró.

—Mogollón. ¡Hecho!

—Hasta mañana, señora del trono.

—Hasta mañana, *Jhonnie Walker*.

## Capítulo 9

### Chao, pescao

Se había despedido de Antía y Sergio en un divertido almuerzo e incluso, cuando puso rumbo a la capital, paró en Valverde a comprar las botas para Claudia.

Paseó por las peatonales calles del centro de Huelva, sola. Hacía calor y apenas había transeúntes más allá de las terrazas de los bares.

Sonrió a sus recuerdos mientras iba creando nuevos en una ciudad desconocida con más encanto del que creía.

No le había dicho a Claudia que volvía a casa. En cierto modo sentía hasta un poco de vergüenza al saber que iba a tener que contarle detalles de su nueva vida.

En el tren de vuelta a casa le invadía la extraña sensación de dejar atrás los días felices.

Como si esos días hubieran sido un espejismo de extrema belleza. Para sacarle partido a la actividad de su memoria decidió aprovechar el viaje y escribir.

Apoyó pesadamente la cara sobre su mano en busca de inspiración al tiempo que releía lo que llevaba escrito. Pasajes que la teletransportaban a esos días felices que ahora veía tan lejanos.

No solo se despedía de aquel lugar y de la familia de Theo y Antía. También se despedía del aire puro, del cielo azul intenso, de la amabilidad... Es difícil desprenderse lo intangible. De ese algo que ha sido tan bueno que no sabes si continuará siéndolo.

Sobre el teclado de su ordenador se posó delicadamente una pestaña. La cogió con un dedo índice y como hiciera cuando era pequeña pidió un deseo y sopló.

Actualmente rehabilitado, dicen los de por aquí que ha perdido el encanto de antaño cuando estaba tan dañado como su historia.

En unos días llevaré flores a la tumba de William Martin en el

Cementerio de la Soledad de Huelva, pero esto ya lo contaré más adelante.

Recuerdo el lema que me encontré sobre Huelva nada más bajarme del AVE en Santa Justa.

En una enorme fotografía con el océano en todo su esplendor se podía leer: «Huelva, La Luz»

No se pueden imaginar lo de acuerdo que estoy con esa sentencia.

«HUELVA, LALUZ»

Todo tiene luz. Desde las miradas de las personas que con entusiasmo te cuentan sus historias hasta la que le da viveza y sentido al horizonte más lejano.

Cuando no sabía de dónde iba a sacar el tiempo para visitar al hombre que nunca existió y de la forma más inesperada viajé a la capital.

El cementerio de la Soledad está apartado de la ciudad, tiene su acceso por una carretera secundaria y flanqueado por un largo camino de cipreses nos regala hasta donde nos alcanza la vista con un precioso campo de girasoles.

En la tumba de mármol blanco desgastada por los años no había flores frescas más que las que nosotros llevamos, pero sí que había pequeñas plantas y pegatinas de estudiosos de la memoria histórica procedentes de países latinos, algunas pequeñas cruces de madera y bendiciones en varios idiomas.

Por cierto, algo a tener en cuenta. ¡Qué bien se come en Huelva!

Lo hicimos con vistas al muelle cargadero de la Riotinto Company, conocido como Muelle del Tinto y fiel escudero del Nuevo Colombino, apuestan los de la zona que pertenece a la escuela Eiffel, aunque yo tenga mis serias dudas al respecto.

Releía lo escrito cuando la voz de la azafata anunció la llegada a Puerta de Atocha.

Cerró el ordenador, lo guardó en su bolso y con el *Pequeño vals vienés sonando en sus auriculares, tras recoger su equipaje, puso rumbo a la parada de taxis.*

Echó de menos el no ver a Claudia al subir por las escaleras mecánicas desde el estanque de las tortugas esperándola en lo más alto luciendo la mejor de sus sonrisas.

Pausó la música que seguía sonando en su teléfono móvil y le mandó un mensaje a Theo.

Huele a casa... 11:58

Se subió a un taxi y lo hizo realidad.

Cuando Claudia escuchó la cerradura, se asustó. Corrió hacia la puerta

para ver si era Pedro, si se había quedado con una copia de las llaves y así poder terminar de dismantelar lo poco que había dejado en la casa.

Tras la puerta apareció Vera arrastrando una pesada maleta y algunas bolsas.

—¡Vera! ¿Qué haces aquí?

—¿Interrumpo algo? Hasta lo que sé esta sigue siendo mi casa... Claudia sonrió y se abrazó a su hermana.

—¡No, joder! Me has asustado. ¡Qué sorpresa, no te esperaba! Pensaba que era Pedro que venía a llevarse tus bragas. Creo que es lo que le queda ya por llevarse.

—¡Anda y que lo peten!

Claudia soltó una sonora carcajada.

—¡Te he echado tanto de menos!

—Hemos hablado más que en cualquier otro viaje. ¿Me coges alguna bolsa o algo, por favor? Creo que mis brazos miden ya dos centímetros más.

Entró en el salón. La librería estaba casi vacía, faltaban cosas que ni recordaba en las estanterías y el blanco de los muebles resaltaba demasiado. Hablaba y el sonido eco invadía el espacio como si la casa estuviera empezando a ser habitada.

Resopló.

—Creo que me tengo que dar una vuelta por Ikea, por el rastro y por alguna que otra librería. ¿Sabes si tengo coche?

—No tienes coche.

—Era de esperar.

—Está el mío ocupando tu plaza de garaje, si lo necesitas.

—Gracias. Me gustaría ir a ver a la enamorada de tu madre. — Vera seguía recorriendo espacios de su casa—. ¡Qué limpio tienes todo, Enana!

—Me tengo que ganar el alquiler.

—Y qué limpio me ha dejado todo... Vera se giró y se abrazó a Claudia.

—Gracias, te quiero, te he echado mucho de menos y quiero que sepas que soy y estoy muy feliz.

—¿Sabes? Vienes muy guapa.

—¿Sí?

—En serio. Resplandeces.

—El sol del sur hace que cualquiera resplandezca.

—Y el *English Breakfast*.

—Sobre todo.

—Sobre ti.

—Y sobre todo.

—Cerde.

—Sí... —hizo una breve pausa—. ¿Sabes lo bueno de que Pedro se haya llevado tanto? —No la dejó contestar—. Voy a poder empezar a crear una vida nueva en torno a mí. De repente, esta casa está carente de recuerdos.

—Y los que te queden respecto a él, mejor olvidarlos, ¿no?

—Te he traído un regalo, Kate Middleton.

—¿En serio? ¿Las botas?

Recordó a Theo y sonrió.

—Se llaman botos camperos o rocieros.

—Pero, ¿son las mismas?

Vera asintió.

—Voy a pasarme por la oficina primero. ¿Te importa decirle a mamá que vas a comer con ella? Así le doy la sorpresa. Y esta noche nos vamos nosotras a cenar que te lo debo.

—Me parece un buen plan.

En su plaza de garaje se encontraba el Mercedes clásico de Claudia. Ese que antes perteneciera a su padre.

Lo recordaba con añoranza, sentado tras el volante, con su perpetua sonrisa y mirándola a los ojos cuando lo acompañaba en el asiento del copiloto. Pasó la mano por la carrocería y en un leve susurro musitó: «¡Cómo te echo de menos, papá!»

También quería creer que él era el culpable de las cosas buenas que le estaban pasando.

Encendió el motor, se colocó las gafas de sol y salió del garaje.

Al entrar en la oficina vio a Dalía cargada con un montón de carpetas y documentación.

Corrió a su lado.

—¡Espera que te ayudo!

—¡Vera!, ¿qué haces ya de vuelta?

—Me he venido un poco antes. Tengo material de sobra. Así también me obligo a escribir lo que me queda en casa. En el sur se vive muy bien y

organizar los textos, las fotos, mi vida... Ya sabes.

—Te iba a llamar luego.

—¿Y eso? ¿Más trabajo?

—¡No! Solo que nos han devuelto el pago de la casa. Lo rechaza el propietario y me da que tú tienes que ver en eso.

Vera sonrió...

—¡Madre mía! ¿En serio? Si no te importa inténtalo de nuevo mañana, ¿vale? Yo los llamo luego. Pero no te garantizo que lo vayan a cobrar.

—Ya me contarás lo de este viaje. No pagamos el transporte..., no pagamos la casa...

—Sí. Yo también estoy por pedir que me lo pongáis como vacaciones.

—Pero, ¿has trabajado?

—Sí, claro. Pero ha sido..., no sé, distinto.

—Oye, ¿y Pedro?

—No sabe que estoy aquí ya. Espero que me dé unos días de tregua porque tampoco me lo ha puesto fácil. Si viene o llama no le digas nada, ¿vale?

—Tranquila. No creo que llame más. La última vez lo mandé al carajo.

—¡Eres la mejor!

—Pues la mejor quiere saber los detalles.

—Los tendrás. Hoy como con mi madre, pero esta semana hacemos algo sin falta. Además, te quiero proponer algo.

—Miedo me das.

—¿La jefa está?

—La otra jefa.

Vera soltó un bufido. No le gustaba que la trataran como alguien superior. Era consciente de que ella sin Dalía no sería absolutamente nada en el terreno laboral. Eran un equipo.

—La mía, aunque también es la tuya.

—Está arriba.

—¿Disponible?

—Creo que sí.

—Genial. Voy a verla. ¡Hablamos!

Le dio un beso en la mejilla dejándole las carpetas en la mesa.

...



Comió con su madre y hablaron como no recordaba haberlo hecho antes.  
Cercanas, divertidas, íntimas...

—Estás distinta, Vera.

—¿En serio?

—Absolutamente.

—Yo también podría decir lo mismo de ti.

—Yo sigo siendo la misma, solo que durante un tiempo he sido invisible para vosotras —prosiguió antes de que Vera la interrumpiera—. Siendo sincera, creo que también fui invisible para mí.

—Ambas hemos abierto los ojos y eso..., eso está bien, mamá. Es bonito el panorama que se ve.

—¿Me hablas de la persona que has conocido?

—¿Te importa si te digo que aún no?

—Lo entiendo, no te preocupes.

—¿Y tú? ¿Me cuentas algo?

—No quiero que os penséis que es un sustituto de vuestro padre, ¿eh?

—¡Mamá, por favor! ¿Se puede ser más carca? No tienes nada que justificar.

—A vosotras os debo todas las justificaciones del mundo.

—No nos debes ninguna. Tienes todo el derecho del mundo a ser feliz. Ni más ni menos que cualquiera.

—Estoy en el camino. Oye, si hoy va a ser el día de las confesiones sinceras, ¿me confiesas tú algo?

—Dime.

—¿Tú estás bien?

—¡Claro! ¿No me ves?

—Digo de lo tuyo. De tu enfermedad.

—¿De qué enfermedad me hablas, mamá?

—¿De la que casi te mata?

Vera se llevó la mano a la boca: —¿Cómo sabes tú eso?

—¿Piensas que tu padre no me lo iba a contar? Cuando se fue Claudia, quien además se iba por mucho tiempo y sin haber acabado la carrera... No solo me lo contó, sino que además me hizo prometer que no te diría nada a tu vuelta. Lloré un río, que lo sepas.

—¡Ay mamá! —La abrazó—. ¡Qué gran tipo era papá! Y sí, estoy bien. Por suerte, estoy bien.

—Cada vez que viajas a un país extraño es una agonía, ¿lo sabes?

—No tienes de qué preocuparte porque estoy totalmente recuperada. Al

principio la desinformación fue mi mayor problema.

No quería ni abrir las ventanas por miedo a que me picara un mosquito.

—¿Te puede pasar algo si te pica uno?

—No. El problema vendría si pillara el dengue de nuevo. Cogería de otro tipo del que tuve y eso sí que sería peligroso. Pero es muy difícil que eso pase. Me tendría que picar un tipo de mosquito muy específico y encima que fuera portador del virus. Serían demasiadas casualidades juntas.

»Puedes estar tranquila porque me informo de los niveles de dengue en los países a los que viajo.

Le sonó el teléfono. Era Theo. Miró a su madre y le preguntó: —¿Te importa?

Su madre negó con la cabeza y Vera se levantó de la mesa. Con voz queda le contestó: —Me tienes abandonada. ¿Ya te has aburrido de mí?

—¿Por qué hablas tan bajito?

—Ando comiendo con mi madre. No me has contestado...

—¿Tú qué crees?

—Oye, ¿qué es eso de devolver el pago de la casa?

—¿Piensas que te la íbamos a cobrar? Yo he vivido allí contigo prácticamente todo el tiempo.

—¡Pero yo estaba allí por trabajo! Lo paga mi empresa.

—Y te has ido antes... No has disfrutado de todo lo contratado y ante el riesgo de disconformidad por parte del cliente preferimos poner todo nuestro empeño en que esté contento para que así, si vuelve, repita con nosotros.

—Este cliente estaba y está plenamente satisfecho con los servicios recibidos. Así que dile a tu asesor que se cobre lo que se tiene que cobrar.

—Mi asesor, quien curiosamente soy yo mismo, ya sabrá cobrárselo.

Vera sonrió.

—Tengo ganas de verte.

—Y yo.

—¿Te recojo mañana en Atocha?

—Vera, me bajo a Huelva. Tengo que recoger mis cosas. Dejé casi todo allí.

—¡Genial!

—Sabes que pensaba que no te irías de allí.

—Tengo que dejarte, ¿vale? Mi madre está esperando.

—¿Estás enfadada?

Tardó en responder.

—No..., disgustada solo. Es muy raro esto, Theo.

—¿Piensas que no te quiero ver? ¿De verdad, lo piensas?

—Espero que no. Hablamos luego, ¿Vale?

—Vera..., nos vamos a ver muy pronto. Lo sabes.

—Ya pero, en serio, está mi madre esperando y me había imaginado recogerte mañana..., vernos... y, bueno, es más una decepción personal que culpa tuya. No te preocupes. Hablamos luego, ratón.

—¿Te creo?

—En realidad he quedado con mi hermana para cenar y regalarle todos los detalles de esto, pero sí, haré todo lo posible para que hablemos luego.

»Perdóname, ¿vale? Me había hecho ilusiones.

—Nos vamos a ver muy pronto.

—Ojalá...

...

Llevó a Claudia a vivir una experiencia gastronómica donde no tener que elegir nada y todo vaya acompañado por vino del bueno.

Algo parecido a lo que vivió con Theo en Casa Dirección, pero con menos encanto.

Hablaba de Theo como su presente y de Pedro como su pasado lejano.

—¿Y cuándo vuelve de Huelva?

—No lo sé, no me lo ha dicho. Imagino que se subirá con la hermana o... ¡vete tú a saber!

Vera le dio un sorbo al vino blanco que acompañaba al *sashimi que tenían en el plato*.

—Venga, Vera, ¿cuéntame qué piensas? Tu retorcida mente no ha podido cambiar tanto.

Soltó un bufido.

—Estoy pilladísima como no recuerdo haber estado nunca de un tío. Al que encima, prácticamente acabo de conocer. ¿Sabes el miedo que me da eso? Cuando acabo de salir de una relación de mierda que yo creía perfecta.

—Pedro no te ha merecido nunca y mucho menos tú te has merecido a él.

—Con Pedro ya he pasado página, Enana. No sé..., pero esto se parece mucho a una relación estable en tiempo récord. Lo que tengo con Theo si lo

analizo en frío me da como respuesta que apenas sé nada de él.

—Pues fíjate lo bien que te salió saberlo todo de Pedro. Nunca se llega a conocer del todo a alguien, Mayor. La cosa está en intentarlo.

Te vuelvo a repetir la misma pregunta que te hice hace unos días.

»¿Eres feliz?

—Bueno, ahora mismo estoy muy enfadada con lo de que no lo pueda ver mañana.

—Tampoco podríais hacer mucho. Estás en lo mejor de tu mes...

—Puedo hacer muchísimas cosas sintiéndome muy mujer.

—¡Serás cerda!

—Has sacado tú el tema. Lo echo tanto de menos que solo quiero tenerlo cerca...

—¡Bien de azúcar!

—Al borde de la diabetes. Bueno, bicharraca. ¿Y tú? ¿qué tienes por ahí que te quita las telarañas?

—¡Ay, Mayor! Me aburrí.

Vera soltó una sonora carcajada.

—¿En serio?

—Sí. Terriblemente guapo, terriblemente tierno, terriblemente potente...

—¿Y?

—Desgraciadamente, terriblemente simple.

—Drama.

—Dramón. Al principio pensé que era porque nos estábamos conociendo y tal..., pero qué va.

—¿Cómo os conocisteis?

—Por *Tinder*.

—¿En serio, Clau? ¿Usas una *App para ligar*?

—A ver, tiene su explicación.

—Soy toda oídos, promiscua cenicienta.

—Una noche de estudios aburrida de la vida, Loreto y yo nos hicimos un perfil falso con la foto borrosa de una cantante inglesa que no conocíamos y que tras bichear en Google *vimos que no tenía repercusión aquí*.

—Sabes que eso es ilegal, ¿verdad?

—Solo usamos su foto y era para bromear. Íbamos a borrar la aplicación después. Pero, ¡joder!, nos habló, estaba muy bueno y parecía simpático. Así que cuando se fue Loreto y tras muchas risas seguí escribiéndome con él... Le

conté la verdad.

»Al día siguiente me invitó a un café que acabó en cena y el resto, pues ¡saca tus propias conclusiones!

—Hasta que te aburríste.

—Siendo sincera, me divertí mucho durante un par de días. No te digo yo que con el tiempo le dé otra oportunidad si sigue disponible.

Vera volvió a sonreír.

—¿Cuando olvides lo aburrido que es?

—Es que quizás no sea tan aburrido...

—¿Entonces?

—Yo tengo ahora mismo una relación muy estable con mis oposiciones. No estoy para andar contestando *WhatsApps de ¿cómo estás?, ¿qué haces? y ¿ya te has olvidado de mí?*

—¡Joder!

—¿Qué?

Vera se apretó la sien con dos dedos.

—¡Me acabas de describir!

Claudia soltó una sonora carcajada.

—¡Claro! Pero es que da la casualidad de que tú eres una adolescente a la que acaban de dejar usar el *WhatsApp por primera vez*.

—No te soporto.

—Ni te soportas.

—También.

—Por cierto, mañana me volveré a casa de mamá.

Vera desvió su atención de las palabras de Claudia a sus propios pensamientos.

¿Cuándo dejó de ser su casa para convertirse en «casa de mamá»? Ella se independizó cuando comenzó a viajar. Claudia también lo hizo por unos meses. Hasta que falleció su padre que decidió volver.

Vera regresó a la conversación cuando Claudia seguía hablando de su madre.

—Espero que no tenga citas clandestinas en casa con su maromo.

—¿Por qué te vas? ¡Quédate conmigo!

—¿En serio, Pastora Soler? Vera hizo un mohín divertido.

—Yo grito menos que ella... y, oye, ¿por qué no? Te di unas llaves para que te quedaras todo el tiempo que quisieras.

—Y si lo tuyo con Theo progresa adecuadamente, ¿qué?

—Y si lo tuyo con el aburrido empieza a divertirme, ¿qué?

—No entiendo qué me quieres decir.

—Nos contamos hasta cuando nos cortamos las uñas de los pies, Enana. ¿Qué más da quién duerma en nuestras camas?

—Pero yo no curro, Vera, y mis ahorros son cada vez menos.

—¿Y?

—¿En serio me aceptas como parásito de piso?

—La verdad es que no. Te lo he dicho solo por seguir hablando de algo.

»¡Pues claro!

Claudia alzó su copa de vino, miró a Vera con ternura dibujando una enorme sonrisa en su cara y en sus ojos azules destellantes por culpa del alcohol. Sentenció: —¡Sí, quiero!

Compartieron aquella cena de cinco platos minimalistas entre vinos varios y risas en un precioso entorno gastronómico que descubrieron por recomendación.

Vera saldó su deuda y acabaron la noche en un antro cercano al restaurante tomando una copa, o dos...

No recordaban la última vez que salieron juntas y solas. En realidad, Vera no recordaba ni la última vez que salió.

Las risas, los recuerdos desagradables de la infancia... Todo enmarcado en una noche entre semana en un bar del centro más lleno de modernos que de turistas.

Vera gritó por encima de la música.

—¿Ahora se sale todos los días?

—¡Siempre se ha salido todos los días!

—¡Joder! ¿Tan mayor estoy?

Claudia sonrió socarronamente.

Cuando salían con destino a casa, en la puerta estaba él y por supuesto, acompañado.

—¿Vera, has vuelto?

Se quedó bloqueada. Tan solo acertó a contestar:

—¡Venga ya!

Claudia continuó entre risas: —¡Hola, Pedro! Sí, ha vuelto. ¡Eres mogollón de listo! —enfaticó cada palabra de forma exagerada—. Y sí, vamos pedo. Y no, no va a hablar contigo.

Vera tiraba del brazo de Claudia. No quería que le dedicase ni un segundo.

—Venga, Clau.

—Espera, espera... —Le dio una colleja delante de la chica que lo acompañaba—. *Chao, pescao*.

Aceleraron el paso calle abajo riendo a carcajadas.

—¿*Chao pescao*?

—Es un *seta*.

—¿Le has pegado?

—Ha sido suavecito.

—Yo no voy tan pedo, ¿eh?

—No, no. Ni yo.

—Bueno..., un poco igual sí.

—Sí. Yo igual.

Y entre risas cogieron un taxi de vuelta a casa.

Cuando amaneció para Vera, Claudia ya no se encontraba en casa. Tenía dos llamadas perdidas de ella en el móvil y unos quince *WhatsApps*.

Theo le había escrito. Ella le contestó antes de irse a dormir. No se acordaba.

Yo no me olvido de ti... En  
cambio, tú.

Al final sí estabas enfadada. 23:49

No me he olvidado de ti.  
Tampoco estoy enfadada.  
A veces, lo que soy es gilipollas.  
Te echo de menos.  
Voy... aprovechable.  
Aunque no me puedes aprovechar.  
Ni podrías si estuvieras.



:( 03:12

Quería dedicarle la noche a  
mi hermana.

La he tenido muy  
abandonada.

Me duermo.

Te quierooooooooo. 03:15

Se sintió orgullosa al ver que no había cometido ninguna incongruencia ortográfica al enviarle los mensajes. También se sintió un poco avergonzada. Era la primera vez que le decía que lo quería sin que él lo hubiera dicho antes. Era la primera vez que le decía que lo quería y que lo hacía de verdad.

Llamó a Claudia.

—¡Vera!

—No puedo con tu maldita actividad. ¿De dónde sacas la energía?

—De tres cafés. Oye, ¿me he dejado las llaves allí?

—¿Las de aquí?

—Dime que sí.

—Están encima de la mesa.

—¡Joder, gracias! Menos mal. Me estaba volviendo loca. Ahora voy a recogerlas.

—¿Dónde estás?

—En la biblioteca.

—Yo no voy a salir.

—Pero por si acaso.

—Vale.

Puso lavadoras, recogió la maleta y comenzó a organizar su nueva vida.

Agradecía tener más cajones para ella. Iba a poder tener más organizada la ropa.

Miró a sus desangeladas estanterías, a sus aún vacíos armarios y a las paredes, de las que habían desaparecido los horrorosos cuadros que les regaló por la boda su por entonces suegra.

«Los habría puesto en el contenedor de basura competente», pensó.

Abrió el ordenador y puso una lista de canciones felices. Pedrina y Río inundó la casa de amor y los bailó de habitación en habitación.

A lo lejos creyó escuchar el timbre. Bajó el volumen.

Sí.

Corrió a abrir a Claudia.

Pero al abrir la puerta no era Claudia.

Lo volvió a ver.

No lo podía creer y no pudo hacer más que cerrar de nuevo sin decir palabra.

Soltó un bufido tranquilizador.

Poco a poco volvió a abrir la puerta.

Su perfecta sonrisa. Sus ojos cristalinos. Su desaliñado cabello castaño claro.

No estaba en Huelva. Estaba allí.

En la puerta de su casa, con su perfecta sonrisa, sus ojos cristalinos y su desaliñado cabello castaño claro.

Detrás de Theo apareció Claudia.

—Perdón..., perdón. Mis llaves y me voy.

Vera estaba alucinando.

—¿Cómo has sabido dónde...?

Desde el salón Claudia gritó: —¡De nada! Theo sonreía.

—Tienes una hermana genial. Llevamos planeando esto desde que me dijiste que te volvías.

—¡Seréis... cabrones! —Se acercó a él con la sonrisa expuesta y el corazón a mil—. Hola.

Lo besó y no se lo creía.

Lo abrazaba.

Lo tocaba.

—¡Joder, que estás aquí!

Claudia volvió a pasar por el lado de los dos, le enseñó las llaves a Vera y le dijo: —¡Estrategia!

—¡Espera, Clau! —Vera se separó de Theo y se abrazó a su hermana—. Gracias. De verdad, gracias. Te quiero.

Claudia sonrió.

—¡Dáselas a *Facebook*! *Él ha sido el verdadero culpable.*

—¿En serio?

—Sí, pero me buscó Theo...

—Es verdad —respondió él con media sonrisa.

—Que sepas que ya te tenía fichado desde antes de que tú y yo fuéramos amigos allí. Tengo una hermana un poco cotilla...

Carraspeó.

—Bueno pareja, me voy a tener que ir porque no me gusta ser una sujeta vela. Os dejo libres hoy, aunque no podáis aprovechar el día como quisierais.

—¡Venga! Que se entere todo el vecindario que estoy con la regla.  
Sonrieron.

Claudia se marchó y Vera empujó a Theo hacia el interior de su hogar al tiempo que cogía del suelo la bolsa de equipaje de mano que tenía a su lado.

—Has sido muy cruel conmigo, vaquero.

—Lo dice la intocable.

—¡Joder! Ahí también pierdo yo, ¿eh?

—Ya...

Le enseñó su casa ahora cargada de recuerdos robados.

De la mano íntimos, nerviosos y de repente, algo desconocidos.

—No me creo que estés aquí.

—Pues lo estoy.

En la puerta de su habitación Theo la aprisionó contra la pared. Recorrió el contorno de sus caderas, hasta el pecho. Hasta el cuello. Le acarició la mejilla.

Vera cerraba los ojos y su respiración se agitaba. Notaba cómo le temblaba la pierna derecha.

Le susurró: —¿Me quieres matar?

—Te he echado mucho de menos, pistolera.

—Dame dos días y recargo municiones, si me apuras en uno puede que esté disponible.

—Odio las dietas.

Vera le mordió su labio inferior.

—No te preocupes que la de la dieta, soy yo.

—¿Escribiste tu crónica?

—Estás desviando la atención.

—Sí, por pura necesidad personal, además.

—Pues ahora mismo tu necesidad personal me da igual.

Lo besó.

Aprisionada a un lado de la puerta de su dormitorio, con una mano acariciando el contorno de su pecho y todas las ganas contenidas.

—Vera..., no empieces lo que no puedas acabar.

—¡Mierda! —Se separó de él suspirando con desidia. Hundió la cabeza en su pecho—. Yo también te he echado infinitamente de menos.

Lo acompañó al salón y se acurrucó a su lado en el sofá.

—Y no, no he terminado de escribir. Me quedan los remates. ¿Qué tal el trabajo?

—A mí también me quedan unas cosillas por hacer. Podemos trabajar juntos, si quieres.

Vera soltó un bufido de desaprobación.

—¿Qué?

—Que yo quiero que me trabajes a mi...

—Madre mía, ¡cómo estás!

—Soy una perra en celo.

—¿Y te crees que yo no? Me estoy mordiendo las ganas.

—Da gracias de no tenerlo y de que no te hayan castrado.

—Pero como buen perro soy capaz de detectarlo a más de cuatro kilómetros.

—Te quedas conmigo hoy, ¿verdad?

—No puedo.

—¡Los cojones! En la bolsa que traes no entra un traje.

—¿Y?

—Que ya has pasado por tu casa.

—¡Joder con la teniente Colombo!

Enarcó una ceja.

—Son muchos años con la maleta a cuestas.

—Ya veo, ya.

—Gracias por la sorpresa, ratón. Me encanta tenerte aquí.

Eran capaces de ser ellos dos sin filtro.

Capaces de hablar de todo con naturalidad lasciva, con valentía e incluso algo de miedo.

Capaces de sostener el deseo que flotaba en el ambiente como parte de sus auras y que viste de pasión las ganas que recorren sus cuerpos como en una carrera a contrarreloj.

Del cerebro al pecho.

Del pecho al estómago.

Del estómago al sexo.

Sangre que bombea a mil pulsaciones por minuto un corazón loco que ya no recuerda que hace no mucho estaba hecho de diminutos pedazos inservibles.

Pulsiones que ni Freud fuera capaz de definir.

Porque lo inservible, de repente, se recompone con una pureza que hasta entonces no era concebida.

Para Vera, durante un tiempo, su corazón latió al ritmo que marcaba el de Pedro.

Un tipo pragmático, educado por herencia, serio y algo gris.

Theo era todo lo contrario.

Era libre como una buena canción. El tipo de persona en el que jamás se habría fijado porque no estaba a ese alcance que ella misma se había marcado.

Vera vivió a la sombra de un león que solo era comparable a la canción en el título, porque Pedro no era comparable a tan majestuoso animal. Puestos a comparar, era tan cobarde como el del Mago de Oz.

Sin querer y tan siquiera darse cuenta lo coronó rey en su sabana. Pero la abandonó y en ese abandono, por suerte, se reencontró.

—¿Qué tal por Zaragoza? No me has contado nada.

»Además de trabajar y emborracharte, ¿qué más has hecho?

—Pues la verdad es que no he hecho mucho más. ¿Y tú? ¿Qué tal anoche? Creo que también acabasteis un poco perjudicadas.

—¡Ostras, anoche...! Ni me acordaba de que habíamos salido. Que por cierto, eso es buena señal. No tengo resaca.

—¿Os lo pasasteis bien?

—¡Genial! Amo a mi hermana con todas mis fuerzas.

—¿Qué hicisteis?

—Estuvimos cenando y después nos fuimos a tomar una copa.

»¡Hacía tanto que no salía por aquí! Bueno... hacía tanto que no salía en general. ¿Tú sabías que la gente sale entre semana?

—¿Qué hiciste tú durante la carrera?

—Liarme con un tuno.

Theo soltó una sonora carcajada.

—¿En serio?

—Y tan en serio...

»Bueno, el caso es que al salir de un bar nos encontramos a Pedro. Creo que iba con Beatriz.

»Aunque lo mismo no, porque no lo miré. Solo sé que iba acompañado por alguien.

—Madre mía...

—Yo con toda mi felicidad ética, con mi hermana enganchada del brazo, entre risas y ¡zas!

»Empezó a preguntarme si había vuelto y sin venir a cuento Claudia le pegó.

—¿Cómo que le pegó?

—Sí, un golpecito en la cabeza.

»Consecuencias del alcohol. Fue muy divertido.

—Sabes que te va a costar muchísimo quitártelo de encima, ¿verdad?

—No creo.

—Pues yo le veo ya como un poco acosador.

»Fíjate que tremenda casualidad que estuviera en el mismo lugar que tú sin saber ni siquiera que habías vuelto y más cuando habitualmente no sales.

—Mira, Theo, Pedro puede ser el tipo más gilipollas y pesado de este universo pero, créeme, en el fondo no es mal tío. Es más un aburrido que un acosador.

—Ve, solo sabemos cómo vamos a actuar nosotros mismos y a veces hasta en eso podemos sorprendernos.

Le acarició la mejilla regalándole una sonrisa sincera.

—Entre mil calificativos más, ¿sabes que mi hermana me llama *Ve*? *Y respecto al tema, ya sabes que también existen las casualidades.*

—Tú ándate con ojo, por si acaso.

Estuvieron casi diez minutos en silencio.

Con la vista perdida en la nada. Theo jugaba con su mano derecha a dibujar líneas invisibles en el brazo de Vera, quien permanecía recostada entre su hombro y cuello.

—Espero no haberte preocupado, pistolera.

—Para nada, vaquero. Sigo pensando lo mismo.

—¿El qué?

—Que no es ningún pirado.

—¿Entonces? ¿Por qué tan callada de repente?

—Estaba pensando que debería ir al súper. Claudia solo tiene comida vegetariana en la nevera.

—Yo debería ir a ver a mis padres. ¿Vendrías conmigo?

—¿A ver a tus padres?

—Claro.

—¿Tú estás loco? Ahí, a lo presentación oficial.

—Joder, puedes ser una amiga.

—Sí y vamos a recoger unos apuntes para estudiar juntos el examen.

—No veo el problema. Tú madre ya sabe lo nuestro.

—¿Y te piensas que no me ha preguntado nada más?

—Pues más a mi favor.

—¡No! Porque no le he contado nada.

—Sigo sin entenderlo.

—Cautela.

—Tu inseguridad a veces me desconcierta muchísimo.

—¿Soy insegura?

—Más de lo que crees.

—Bueno, pues dame tiempo.

—¿Para qué lo necesitas? ¿Acaso no tienes todo lo que quieres ya?

—Porque veo mi futuro lleno de ojalás... y me da miedo que se quede en eso.

—Todos tus «ojalás» están llenos de «posibles», Vera.

—Y todos mis «posibles» van acompañados de «tal vez y quizás».

—Porque tú quieres.

—Porque no quiero pegármela otra vez.

»En fin, ¿hay un supermercado cerca de casa de tus padres?

—Sí, claro.

—Pues te acompaño hasta allí y mientras tú los ves yo hago la compra, ¿te parece?

—Bueno...

—¡Genial! Tengo un plan —dijo al tiempo que se levantaba del sofá posando su mano delicadamente en el muslo de Theo.

—Sorpréndeme.

—Me voy a la ducha. Dame cinco minutos que me dé tiempo a ocultar las pruebas del asesinato y cuando empieces a escuchar el agua caer, entra..., lo mismo sacas algo bueno de mí y todo.

Le guiñó un ojo y desapareció por el pasillo.



## Capítulo 10

### Te odio. No.

Salían de casa, íntimos, delicados, sonrientes y desde dentro del portal lo volvió a ver.

Vera se llevó las manos a la cabeza.

—¿En serio? ¡No me fastidies!

—¿Es él?

—Sí, hijo, sí.

—Te lo dije.

—¿Te importa esperarme fuera?

—Vera...

—Por favor... Luego te compenso tu paciencia, de verdad. Le regaló una sonrisa sincera.

—¿Quieres que le pegue también o darle un sustito?

—¡Venga ya, Stallone! —Le dio un beso fugaz y le susurró al oído: —Voy a intentar acabar con eso, ¿vale?

Asintió y Vera presionó el botón que abría la puerta.

Theo salió del portal pasando por delante de Pedro y Vera se quedó parada en la puerta. Mirándolo fijamente le dijo: —Érase una vez: mi sombra.

—¿Qué cojones fue lo de ayer, Vera?

—Uy, me encantó verte.

—Me dijiste que no estabas.

—Y no estaba. Ahora sí estoy.

—No te pega ser tan borde.

—Es que no sé qué quieres, Pedro.

—Quiero paz.

—Y yo quiero que me dejes en paz.

—¿Ese es...? —Señaló a Theo

Recordó la frase de Frida Kahlo que Claudia lleva en su carpeta desde la carrera: «Cada tic-tac es un segundo de vida que pasa, huye y no se repite. Y hay en ella tanta intensidad, tanto interés, que el problema es solo saberla

vivir».

Le sonrió sin contestarle.

—¿Es?

—No voy a perder el tiempo contigo. Una vez más, ¿qué quieres, Pedro?

—Quiero una explicación de lo que pasó ayer.

—No te debo ninguna explicación a nada. A lo mejor tenía que preguntar yo qué hacías tú allí.

—¿Crees que voy tras de ti, que te sigo?

—Prefiero creer que no, pero me lo estás poniendo muy difícil.

—Vaya, gracias.

—¿Te puedo pedir un favor, Pedro? —No lo dejó contestar— No vuelvas ni me llames más. No te quiero cerca... ¿Recuerdas que te dije que no tenía ningún problema por quedar contigo? Pues sí lo tengo y el problema en realidad eres tú.

—Eres una egoísta.

—¡Al fin!

—¿Al fin?

—Sí. Hay una vida preciosa después de ti. ¡Qué pena que tú no puedas verla!

—¡Te estás pasando!

—Pues ni siquiera me acerco un poquito a tu bando. Hasta... Adiós.

—Vera.

Y caminado hasta donde Theo se encontraba imitó a Claudia con su infantil ¡*Chao, pescao!*

Se aferró al brazo de Theo quien sonreía tibiamente mientras seguían calle arriba.

—¿De qué te ríes?

—De ti.

—¡Vaya! ¿Y eso?

—Porque no tienes nada que ver con la chica a la que rescaté de aquella llamada telefónica en Riotinto.

—¡Hace tanto de eso!

—Parece que hace mucho... pero, por favor, deja que el tiempo se tome su tiempo. Que no corra.

—Has sido un importante accionista a la hora de volver a ser yo. ¿Paramos a comer en algún lado algo antes de ir a casa de tus padres?

Estaban cómodos juntos.

Se compenetraban bien en sus rutinas, pero sin ahondar demasiado en esas vidas. Iban encajando poco a poco como un puzle que se va completando con tiempo hecho de piezas pequeñas.

Con paciencia y dedicación.

Durante su estancia en el supermercado llamó a Antía para intentarla convencer de que le cobrara la casa. No hubo suerte.

¡Dafía! Sí, ahora escribo  
*WhatsApps*. No nos cobran  
la casa ¿vale? 16:28  
Ya te contaré con tiempo.  
Beso. 16:29

Una vez en casa, Vera continuó recogiendo la ropa. Ordenó sus nuevos adquiridos cajones mientras que Theo trabajaba en el salón.

Se puso cómoda y se recogió el pelo de mala manera. Los mechones clareados por el sol le caían sobre sus ojos mientras resoplaba por inercia para apartárselos de la cara.

Puso la lista de canciones que solía escuchar cuando quería que le llegara la inspiración por si ayudaban a Theo a ser más productivo.

Desde el pasillo lo miraba sin que él la viera.

Sentado en la misma mesa del salón donde Claudia estudiaba. Nunca esa mesa tuvo tanta actividad.

Lo observaba concentrado en su trabajo, con el semblante serio y la vista perdida en la pantalla del ordenador.

Tecleaba con destreza y convicción.

Palabras que desconocía pero que llegaban a una hoja de *Word desde el salón de su casa. El lugar donde quería tenerlo.*

Llenando sus espacios.

Escrutaba las facciones de su cara como un espía buscando respuestas.

Sintiéndose a salvo de todo porque él estaba cerca. Porque ahora allí, sí que olía a casa.

Con el leve murmullo de la música instrumental, en silencio le sonrió.

Al entrar de nuevo en su habitación Theo llamó su atención.

—Se invierten los papeles.

Se giró sobre su propio pie.

—¿Cómo dices?

—Yo te observaba trabajar en Riotinto, tú me observas trabajar en Madrid. Tú en mi casa, yo en la tuya.

»Tú... yo...

Se acercó a él abrazando su cabeza sobre su pecho. Besándole el pelo.

—¿Mío?

—También.

Vera miró la pantalla del ordenador.

En la parte superior del documento de texto se podía leer: «La revolución de las pequeñas moléculas. Ciencia para niños.docx [Modo de compatibilidad]»

—¿Ciencia para niños?

—Sí. La traducción al castellano. Hay experimentos muy chulos.

—¡Qué interesante! Pensé que tu trabajo era más temas judiciales, cosas duras y escabrosas como asesinatos a sangre fría y tal.

—Soy más el traductor judicial de ricos guiris borrachos por Marbella.

La atrajo por la cintura y la sentó en su regazo. Con la punta de sus dedos recolocaba los mechones de su cara.

—¿Te queda mucho?

—No. En nada me tienes aquí, a tu ladito. Tengo que acabar la crónica.

—Esa crónica invisible.

—Esa crónica que ya no verás hasta llegado su momento.

—Te odio.

—No.

Cuando se quisieron dar cuenta estaba uno frente al otro con las pantallas de sus portátiles dándose la espalda y ellos mirándose a los ojos.

A un lado las moléculas y al otro la vida.

Abrió su crónica de viajes y al más puro estilo Labordeta revivió su particular país en la mochila, más llena de vivencias que de recuerdos.

Releía sus últimas líneas tal y como siempre hacía. Un impulso loco agitó su incrédulo corazón.

Levantó la vista, miró a Theo y le sonrió a su suerte.

Esa que va de la mano del dolor y que viajó con ella en su particular huida.

Porque es curioso cómo sufrir se puede convertir en la mejor de tus suertes.

Lo hicimos con vistas al muelle cargadero de la Riotinto Company, conocido como Muelle del Tinto y fiel escudero del Nuevo Colombino, apuestan los de la zona que pertenece a la escuela Eiffel, aunque yo tenga mis serias dudas al respecto.

¡Ay, Huelva! La marinera, la descubridora, la de la luz y la sal, la que está llena de magia. Por la que no sabía que días después pasearía sola.

Tharsis no entraba en mis planes iniciales de viaje, pero si hablamos de minas y de legado es ahí donde parte de la historia sigue latente.

La casualidad me llevó hasta el corazón de quien la vivió desde dentro, quien además con respeto y agradecimiento te ilustra como esos grandes maestros de la educación primaria.

Porque primero está la pasión y luego está el conocimiento. En la Sierra Bullones y sus cortas sigue vivo el futuro de la mina, entorno que además alberga la ilusión anual de niños y mayores, pues según el Papa Benedicto XVI fue ese el lugar desde donde Sus Majestades los Reyes Magos de Oriente emprendieron su camino hacia Belén.

Historias religiosas aparte, mi mayor fe la deposité en el pequeño cementerio inglés que encuentras si dejas atrás el jardín de la Señorita Gray. Alguien tan importante para Tharsis como la riqueza que se extraía de la mina.

Educada y servil se hizo un hueco entre los plebeyos del pueblo, quienes aún la recuerdan paseando por su literario jardín o recibiendo visitas en La Casa de Huéspedes.

Visualmente tan impactante como Riotinto parece vivir en el letargo de una ciudad que desgraciadamente apenas conoce su historia.

¡Y aquí me tienen!

Mil quinientas cuarenta y cuatro palabras después sin querer cerrar esta historia.

Porque cuando te encuentras después de tanto tiempo perdida, cuando recompones los añicos de tu existencia y llenas la vida de vida, lo único que te apetece de verdad es asomarte a un lugar como la Corta Atalaya, ese donde el tiempo se equivoca para bien, abrir los brazos de par en par y, por fin, respirar.

Buscó en las entrañas de su ordenador las fotos que adjuntar a su recién terminada crónica.

Su corazón bombeaba como una cafetera exprés en su punto álgido de

ebullición.

Hacía mucho que no sentía el nervio de la importancia intangible. Lo sintió cuando escribió sobre la hambruna, o cuando acercó el dengue a ojos de los turistas en la que sin duda alguna fuera su publicación más complicada. También lo sintió cuando contestó la llamada de Beatriz.

Ahora todo era distinto. El nerviosismo se había elevado. Lo sentía ahogado en la garganta viviendo días felices.

Sonrió cuando vio la foto que capturó de Theo del vídeo que hizo en Berrocal, en primer plano, luciendo una carcajada tras su caída. Volvió a sonreír incrédula cuando alzó la vista y lo vio frente a ella. Concentrado, enigmático.

Guardó los cambios en el documento de texto y tomándose su tiempo cerró el portátil.

—The *End*?

—Y de los buenos, chato.

—¿No lo puedo leer?

—No.

—Estás muy negativa.

—Solo con lo importante.

—Pero dentro de poco serán muchos los que lo lean.

—Pero ninguno de ellos es tú.

—¿Eso es bueno o es malo?

—No lo sé. Pero es lo que pienses tú lo único que me importa. Por eso prefiero que lo leas cuando esté impreso, porque me conozco y como discrepes en algo no lo publico.

—En mi defensa diré que no sé mucho de crónicas de viaje, pero las que me ha enseñado Internet de ti me han gustado bastante, aunque no te encuentre en ellas.

Vera arrugó la frente.

—¿Me has buscado por internet?

—¡Claro! ¿Y si eras una asesina en serie en busca de un guapo heredero británico?

—Sí. Es la imagen que suelo dar.

—En serio, te busqué cuando me fui porque quería tenerte cerca, aunque fuera a través de una página web.

—¡Jo, qué tierno!

—También leí tu blog adolescente, Vera viajera. Se llevó la mano a los ojos con vergüenza.

—Buscabas calidad, entonces.

—Buscaba tu mejor versión y mira por dónde en el blog sí que te encontré.

—¿Te queda mucho para acabar? Sonrió irónico.

—¿He llegado al hueso?

—¿Qué? ¡No! ¡Para nada! Solo que tengo el culo cuadrado de tanta silla. Quiero acurrucarme contigo cómodamente en el sofá.

»Estás demasiado lejos de mí y, ¡fíjate la tontería!, el universo con forma de la mesa que está entre nosotros me resulta hasta intimidatorio.

—Tú lo que quieres es meterme mano.

—También.

Theo cerró decididamente la pantalla de su ordenador.

—Pues, ¡soy todo tuyo, pequeña!

Vera se levantó de la silla con dirección a la cocina.

—Dame un segundo. Voy a por agua. ¿Quieres algo de beber?

—No, gracias.

Con atuendo cómodo y veraniego Vera se deshizo de las zapatillas. Se acurrucó al lado de Theo subiendo los pies y aferrándose a su brazo.

—¡Ves! Así estamos mucho mejor. Sonrió.

—¿Qué me quieres contar?

—Todo lo que quieras saber.

—No sabía que hubiera una historia detrás de tu forma de escribir. Pensaba que tenía más que ver con el tema editorial.

—Por suerte nunca me han exigido ese tipo de cosas... Pero sí es cierto que hay otra versión de mí en lo que hayas podido leer.

—¿Por qué?

—Ya te conté que no interactuaba con desconocidos en mis viajes y que siempre los he llevado demasiado organizados.

»Es curioso, Theo, pero me he pasado los últimos años escapando de mi vida.

—No logro imaginarte.

—Pues aunque no te lo creas, así ha sido. De hecho, a Huelva hui sin mirar atrás.

»Te podría contar mucha mierda de mi relación de pareja pero no lo voy a hacer porque creo que ya no merece la pena.

—Puedes hacerlo si quieres.

—Mira, la noche que se fue Claudia me dijo algo así como «parece que te los mereces», refiriéndose a los cuernos. Ahora miro atrás y pienso que lo mismo sí que me los merecía.

—¿Tú no serás idiota? Que un tipo con pocas luces no sepa valorar lo que tiene no quiere decir que te merezcas el daño que te haga.

—Pero bueno, pasó y ya está. Tanto mis historias como yo estábamos carentes de vida, al menos en primera persona. Me acostumbé a un plural vacío.

—Te voy a hacer la pregunta que me hice en su momento y que no me atreví a preguntarte. Si no quieres no la contestes, ¿vale? ¿Por qué no os casasteis de verdad?

—¿Para qué? Vivíamos de alquiler, teníamos las cuentas bancarias separadas y como único nexo de unión teníamos un Fiat Punto que curiosamente pusimos a su nombre y que por supuesto se ha quedado.

—No sé. Por el futuro, tal vez.

—Es que no había futuro. Yo quería ser madre y pisar un poco el freno del trabajo. Quería vivir un poco más relajada, dar clases y escribir por placer. Pero nada de eso entraba en sus planes. Así que me enfadé mucho. En su momento me enfadé mucho y.. Al final no casarme fue una buena decisión.

—¿Querías ser mamá?

—Sí. Una mañana me miré en el espejo y me dije: Esto es lo que eres y esto es lo que tienes... —Abría sus manos, mirando primero la palma de su mano derecha y luego la de su mano izquierda—. Así que decidí seguir viajando y queriéndolo de esa peculiar manera tan nuestra.

»¿Sabes? Había meses que estaba deseando largarme lejos y perderme del mundo. Otros ni siquiera quería volver a casa.

»¿Cómo me ha podido doler tanto enterarme de que llevaba una vida paralela?

—A lo mejor tú sí que lo querías.

—Claro que lo quería. Pero no entiendo el por qué. No se merece que lo quieran bien.

—Y tú, ¿te merecías su trato?



—Pues lo mismo sí. Por descuidar mi hogar, cuando por hogar entendemos la relación.

—El hogar no lo forma uno solo, Vera.

—No sé si quiero seguir hablando de esto.

—Me gusta conocerte.

—¡Me he perdido tantas cosas, Theo! Tengo la sensación de no conocer ningún lugar en los que he estado.

—¡Venga ya! Sabes de más que eso no es así.

—Casi que me muerdo cuando me dijeron que el único destino que tenía era un pueblo de Huelva. Acababa de llegar de Noruega y pedí el primer lugar disponible para perderme otra vez. Fíjate qué curioso, ha sido ese el lugar que ha cambiado mi vida.

»Tú me has cambiado la vida.

—Nos hemos cambiado la vida.

—Te quiero más de lo que me imaginaba, ratón —le dijo cuando le pasaba su dedo índice por el mentón—. Puto amor precoz.

Theo soltó una carcajada.

—¡Al carajo el azúcar!

—Es verdad. Amor a contrarreloj..., amor precipitado.

—...Amor.

—En definitiva, querido..., amor, quiero que sepas que he sido una acojonada toda mi vida y ahora ¡mírame!, llevo con valentía el ir en pelotas sin importarme una mierda quién es el que esté mirando.

—Pues a mí sí que me da cierto temor no saber qué nos espera, Vera.

—¿Miedo a qué?

—Tu ex no ayuda mucho, ¿eh?

—Es inofensivo, tranquilo.

»¿Te importa si dejamos de hablar ya de él? Creo que ya le hemos dedicado bastante tiempo. Está de más hablar de quien ha compartido nuestras vidas.

—Puedes preguntarme lo que quieras también, ¿eh?

—¿De ella? No, gracias.

—¿Por?

—Porque no me interesa. Es más, le estaré eternamente agradecida por dejarte ir, pero lo que viene siendo su vida no me interesa nada.

»Entiendo que tú puedas tener cierto interés en saber de Pedro porque lo has visto y te puedes crear una imagen de él conmigo, pero en lo que a mí respecta y sabiendo dónde estás ahora mismo me sobra todo lo demás.

Theo sonrió mirándola a los ojos.

Le colocó con cuidado el mechón de pelo rebelde que le caía sobre los ojos detrás de la oreja derecha. Le sujetó las mejillas y la besó con ternura.

—Gracias por huir, pistolera. No te pega, pero gracias.

—De nada.

»Y después de todas estas confesiones a lo *Diario de Patricia te voy a dejar seguir trabajando. Mientras yo iré preparando una deliciosa cena para dos con vino y velas.*

—¿Es que quieres algo de mí?

—¡Claro! Todo.

—Pues no es por ganar en encanto, pero tengo unas ganas tremendas de ir al baño.

—¡Cómo sabes lo que me gusta!

En la soledad de su cocina, con la música suave de fondo, mientras sacaba de la nevera la verdura para la base de lo que iba a ser un *risotto de setas*, se detuvo más de lo necesario en cerrar la puerta.

Una polaroid, un invierno en París y una no propuesta de matrimonio a orillas del Sena.

Hizo un gurrño con la foto apretando el puño con fuerza y antes de arrojarla con desprecio al cubo de la basura pensó en el tiempo con Pedro en esa misma cocina. Algo, de repente, tan lejano que hasta le costaba ubicarlo.

Pensamientos fugaces que iban desde la nevera a la papelera. Acciones cargadas de sentido pero que sin darse cuenta se habían convertido en algo completamente carente de importancia.

A su vuelta del baño Theo se asomó por la cocina antes de volver al salón.

Se acercó a ella desde su espalda, colocó las manos sobre sus caderas hundiendo la nariz entre cuello y cabello.

—¡Cuidado! Llevo un cuchillo.

—Pues suéltalo.

Lo dejó sobre la encimera cuando no había cortado ni una sola pieza de verdura.

Se giró sobre su propio pie para mirarle a los ojos.

—Así no hacemos nada productivo ninguno de los dos.

Theo no contestó.

La tomó a horcajadas y la llevó hasta el lado deshabitado de la encimera.

La abrazaba con fuerza y ella hundía la yema de sus dedos en sus despeinadas greñas.

Alzó su cabeza y mirándola a los ojos le regaló un beso fugaz.

Se separó de ella y dejándola plantada en la encimera de su cocina le dijo: —Sigo trabajando, muñeca.

—¡Joder! ¡Esto conmigo no se hace!

Y sonriendo victorioso, salió de la cocina.

Vera saltó de la encimera y corrió tras él.

Tomando impulso se aferró a su espalda como aquel koala que días atrás le describió a Claudia.

Le mordió el lóbulo de la oreja cuando Theo la comenzó a sujetar por los muslos para que no se cayera.

—¡Pero mira que eres bruta!

—¡Te aguantas!

—¿Qué quiere de mí, señorita?

—Que me comas los morros de verdad y no la mierda que acabas de hacer. Y no, no hablo de la del baño. Quiero que me dejes en los huesos y maldiciendo mis hormonas por horas.

Vera se apeó de su espalda con cuidado de no hacerle daño y en la silla, se sentó en su regazo.

Lo miró a los ojos. Sin decir nada más volvió a hundir los dedos en el mar de su pelo con ambas manos.

Tenía un pequeño lunar en el iris del ojo izquierdo el cual no había visto hasta ese momento. El azul inmenso de sus ojos que se van tornando en amarillo cuanto más cerca están de la pupila.

Seria y serena.

Concentrada en él, en su espacio y su tiempo.

—¿Me dices qué miras?

—Tienes una peca en el ojo izquierdo.

Theo instintivamente se restregó el ojo como si pudiera quitársela.

—Hay más de una si te fijas bien.

—Me encantan tus ojos azul piscina.

—Hay piscinas verdes.

—¿A qué piscinas vas tú?

Hizo un gesto dubitativo con los hombros.

—Theo, ¿crees que debemos pisar el freno y darnos un poco de espacio?

—¿Cómo? ¿Y este cambio de tema tan drástico?

—Dale las gracias a mi hormonada situación. Llevo días queriéndotelo preguntar, pero no he sido capaz. No me preguntes por qué lo acabo de hacer jodiendo este precioso momento. Contéstame y ya. No pretendo fastidiar esto.

Se abrazó a él posando delicadamente la cabeza sobre su hombro derecho.

—No sé qué quieres que te conteste. Explícame tu pregunta primero y no por qué la has hecho.

—Somos como una pareja estable pero viviendo la pasión descomunal del inicio y...

»No sé, no quiero que explote la burbuja.

—No entiendo por qué se tiene que explotar. Estoy muy seguro se esto, Vera.

—¿Me quieres?

—¿Qué pregunta es esta?

—Me gusta hacerme preguntas miserables.

—Pues no te las hagas. Estoy donde quiero estar y con quien quiero estar.

—¿Y si nos la pegamos?

—Habrá merecido la pena.

—Demagogo.

—Pero enamorado.

—¿Ah, sí?

—¿Acaso tú no?

Volvió a elevar la cabeza para mirarlo a los ojos incrédula.

—¿Yo? ¡Qué dices! Eso es para tiernitos como tú.

—Hace unos días, en una ciudad del sur te declaraste enamorada.

Hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—¡Bah! Eso era para llevarte a la cama. Theo sonrió despreocupado.

—Eres sorprendente, Vera.

—¿Por?

—Porque hasta de las cuestiones más serias haces algo sencillo. Eres un espectáculo.

—Bueno es que yo tampoco quiero perderme esta función. Me gusta mucho el protagonista, aunque la actriz sea un poco intensa.

Lo besó pausadamente sujetándole las mejillas.

Al separarse de él, se mordió el labio inferior, lo miró con descaro y le susurró: —Voy a seguir cocinando, amor de mis amores.

—¿Después de esto quién se pone a trabajar?

Y desapareciendo por el pasillo al tiempo que le guiñaba un ojo le contestó irónicamente: —¡Pues tú!

En el lugar que había establecido como su área de trabajo entre verduras,

hortalizas y enseres varios de cocina, escuchando a lo lejos una voz que no era capaz de reconocer cantándole al amor, recordaba a Theo donde minutos antes intentaba ubicar a Pedro.

La sonrisa pícaro se le dibujaba en la cara al recordar el sentir de sus manos en sus caderas y cómo estas iniciaron su recorrido hacia las costillas. Cómo la aprisionó en la puerta de su habitación dejando los deseos flotando en un ambiente cargado de pasión contenida antes de su ducha con premio.

Como en la canción, la memoria es cruel y viaja por los recodos de la mente más rápido de lo quiere creer.

Le devuelve recuerdos vividos de quien fue, de lo que es y de lo que no fue.

Le regala un momento íntimo, único, en una cocina en el centro de Madrid con un corazón latente en todo su centro. Necesitado de sangre que bombear a ritmo acelerado y deseoso de generar endorfinas por gusto y placer.

De un pequeño botellero que tenía junto a la nevera sacó una botella de vino blanco.

Cogió dos copas y las llenó hasta su justa medida. Inspirando con fuerza se llevó su copa a los labios y bebió.

Se relamió con delicadeza mientras dejaba su copa a un lado de la encimera. Tomó la otra y la llevó hasta el salón.

La posó con cuidado al lado del ratón del ordenador y colocó su mano sobre la de Theo, lo miró a los ojos y su voz brotó en un susurro

—Si tu mente juega como la mía sé que no te vendrá mal una de estas — le dijo mientras señalaba la copa de vino—. Y ahora, voy a ver si soy capaz de que me dejes cocinar tranquila.

Él no le contestó.

Sonrió, alzó su copa y guiñándole un ojo, bebió.

De nuevo y en la soledad de su cocina pensó en el momento en el que se le ocurrió hacer *risotto para cenar*.

Su elaboración es lenta y, sobre todo, precisa de tenerla pegada a los fogones hasta su finalización.

Le hubiera gustado arreglarse un poco.

Haber dejado la comida a fuego lento y poder marcharse de puntillas a su habitación para no hacer ruido y ser descubierta. Haber cogido aquel *short negro de encaje que se compró en rebajas y que aún no había podido*

*estrenar. Haberse puesto su top favorito, ese que le deja un hombro al descubierto e incluso haberse maquillado un poco y adecentado el pelo que en ese momento llevaba recogido en una maltrecha coleta.*

No se quería arrepentir. Cambió de menú.

Las setas, las verduras y todo lo que iba a usar como fondo del arroz lo utilizó para hacer un hojaldre relleno.

Preparó con esmero varios canapés donde los sabores dulce, salado y picante se mezclaban y combinaban a la perfección.

Colocó el horno a baja temperatura con el hojaldre en su interior y corrió de puntillas hasta su habitación.

Se aseó y cambió su ropa interior antimorbo por un conjunto más acorde.

Estaba preciosa.

El maquillaje suave resaltaba el verano en su piel.

Viendo su reflejo en el espejo del baño se dijo en voz queda: «Esto puede salir bien, Vera. Va a salir bien».

Se regaló su sonrisa más sincera y salió del baño.

De su habitación cogió un par de zapatos de tacón. También sus favoritos. Unos *Stiletto de color negro y con ellos en la mano volvió a la cocina.*

Desde allí le gritó:

—¿Theo, te queda mucho?

—Puedo parar cuando quieras.

—Pues para ya. La cena está lista —le dijo cuando subía un poco la temperatura del horno para que el hojaldre terminara de hacerse.

—¿Necesitas ayuda?

—¡No! Tú no te muevas de ahí.

Preparó los platos, cogió un mantel negro con líneas finas blancas, se calzó sus zapatos de tacón, apagó el horno y salió al salón.

Cuando Theo escuchó los pasos acompasados de Vera se puso en pie: — Espera, espera, espera...

La analizó, la escrutó e incluso la disfrutó con la mirada.

Parada en la entrada a su salón, con el mantel en las manos luciendo figura y moreno.

—Me estás poniendo nerviosa.

—Tú me estás poniendo malo. ¿Qué es esto?

—Una preciosa cena para dos. —Sonrió.

—Sobre todo una preciosa. Que sepas que por tu culpa ahora mismo me siento como un puerco y arrepentido de no haberme traído algo más de ropa. ¿Me dejas al menos cinco minutos para asearme y parecer algo medianamente acorde contigo?

—No te hace falta, créeme.

—Y a ti ¿te hacía falta?

—¿Me puedo acercar ya? No me gustan las distancias...

—Es que eres un maldito espejismo.

Se acercó a él y lo besó delicadamente en los labios. Olía a cítricos y rosas.

—No. Solo es lo que me provocas...

Theo la respiró. Tenía la nariz hundida entre su estratégicamente alborotado cabello y cuello. Lentamente pasó el reverso de su dedo corazón por el hombro que su top *dejaba desnudo*.

—Muero por poderte arrancar la ropa, que lo sepas.

—Esto es una cena.

—Sin postre.

—De momento, es una cena.

—Cinco minutos y vuelvo. Me alegro de haber metido algo de ropa por si salíamos a cenar. Además, necesito una ducha rápida. ¿La cena aguantará?

—Tranquilo. Yo voy preparando la mesa.

Se descalzó en su ausencia.

Vistió la mesa con el mantel que había traído de la cocina, servilletas de tela negras y platos de un blanco impoluto, redondos, sin florituras.

En el centro de la mesa dos grandes velas blancas tintineando al ritmo de *Les Yeux Ouverts*.

Vera serpentina en su hábitat.

Quería tener todo perfecto antes de que él volviera.

Corría de la cocina al salón y del salón a la cocina. Copas para el vino, cubiertos...

No tenía nada de postre. Pensó incluso improvisar algo, pero él debía estar al salir y lo dejó pasar.

Theo volvió al salón oliendo a ducha recién recibida. Llevaba el pelo aún



mojado y la sonrisa de temporada.

La miraba incrédulo de soslayo mientras ella terminaba de colocar los aperitivos sobre la mesa.

Entre el tintineo de la llama de las velas su piel se tornaba en dorada. Como la de Dolores O’Riordan en el videoclip de Zombie pero con un sentido totalmente opuesto al de la canción. Aquí no había más bombas que la propia exaltación de sus cuerpos a punto de declararse la más deseada de las guerras.

Vera se asustó al verlo.

—¿Llevas mucho tiempo ahí?

—No pretendía asustarte.

—No te he escuchado salir de la ducha. Bueno, tampoco es que la música me deje escuchar lo que sucede al final del pasillo. —Se acercó a él—. ¡Qué guapo estás!

—Dijo ella.

—Sí.

Cenaron entre sonrisas tímidas y confesiones absurdas.

Jugando con sus manos sobre la mesa a sentirse a través de la yema de los dedos. A reconocerse con las manos como complementos de sus propios cuerpos.

—Esto está delicioso, pistolera.

Vera extendió la mano derecha y con dulzura le quitó de la comisura de los labios un trozo de seta que se le había quedado atrapada en su incipiente barba.

—Me alegra saberlo porque me lo he inventado sobre la marcha.

—¿En serio? Pues está buenísimo.

—¡Como tú!

—¿A este nivel de chistes hemos llegado? Vera asintió avergonzada.

—Iba a hacerte el mejor *risotto de tu vida, pero eso mejor me lo guardo para otro momento.*

Se quedaron un instante en silencio mirándose a los ojos.

—No tengo nada de postre... ¿Quieres un café? ¿Una copa?

—No, gracias.

—¿Un yogur bio?

Sonrió: —No. De verdad.

—No suelo comer postre y la fruta que había en el súper al que hemos ido no me gustaba demasiado. Mañana compraré.

—Vera que ¡da igual! Estoy bien.

—Lo mismo tengo algo de chocolate y puedo improvisar algo.

—Vera..., en serio.

—Vale.

Se descalzó antes de levantarse. Theo la miró a los pies.

—No quiero que mis vecinos me odien. Es tarde para andar con zapatos de tacón.

El teléfono de Theo comenzó a sonar. Con los platos en las manos le preguntó: —¿Quién te llama a las doce y media de la noche?

—Es mi jefe que está en Estados Unidos. Me preguntó si me podía llamar. ¿Te importa?

—Habla tranquilo. Yo recojo la mesa y te espero en la cama o ¿vas a seguir trabajando?

—No, ya está bien por hoy.

—¡Corre, contesta!

Contestó en inglés a un tal Andrew.

Era la primera vez que escuchaba su perfecto acento británico en una conversación fluida.

Hablaban de traducciones judiciales, de transcripciones que enviar..., todo lo que pudo escuchar sin prestar atención desde la mesa del salón a la cocina.

Además de la mesa, quitó también la música y le señaló que lo esperaba en la habitación.

Él le arrugó la nariz y le regaló un guiño de ojo.

Se desnudó quedándose en braguitas. Salió del baño de puntillas tras desmaquillarse y lavarse los dientes. De la cajonera sacó la camiseta que Theo le regaló. Se la puso.

Lo escuchaba a lo lejos sin lograr descifrar una sola palabra. Como un arrullo lejano, como un silbido provocado por el aire, como una hermosa nana. Y, abrazada a su propio cuerpo, se durmió.

Eran las diez y media de la mañana cuando Theo le recolocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

Vera abrió un ojo con esfuerzo y soltando un sonoro bufido espetó:

—¡Mierda!

—Buenos días a ti también.

—¡Me dormí y no tenía que haberme dormido!

—Estuve más de una hora hablando por teléfono, lo raro hubiera sido que no te durmieras.

—Buenos días, ratón. —Sonrió al tiempo que se desperezaba abriendo mucho los ojos para acostumbrarse a la claridad del día—. Me parece mentira tenerte a mi lado, en mi casa y en mi cama.

—¿Por qué? ¿Acaso hay un lugar mejor?

—No lo sé... Digamos que este no ha sido un lugar muy feliz últimamente.

—¡Vaya!

Lo miraba a los ojos arropada con la sábana y la cabeza apoyada sobre su mano. Cada uno en su lado de la cama.

—¿Recuerdas el mensaje que te mandé hace...? —dudó un segundo—, ¿tres noches?

—¿Qué mensaje?

—El *WhatsApp*. *La noche que no hablamos*.

—¡Ah! Hace dos noches. Sí, claro. Tu noche «feliz».

—Sí, eso. Dos noches. Por cierto, aún alucino que mi hermana pudiera levantarse para ir a buscarte.

Theo sonrió.

—Sí que me acuerdo.

—Pues sentí mucha vergüenza al releerlo por la mañana. También estaba orgullosa de mí misma por no haber cometido ninguna incongruencia lingüística por causas éticas, pero la vergüenza ganaba.

—Vergüenza, ¿por qué?

—Porque fue la primera vez que te dije que te quería sin que tú me lo hubieras dicho a mi antes.

—¿Acaso cuando me lo decías no era cierto?

—¡Claro que sí! Pero es extraño... Te empecé a querer como dicen los mejicanos, de a poquitos. Si analizara esa forma de querer sería como entrar en un círculo pequeño que cada día se ha ido haciendo mayor ¿sabes?

—Y, ¿por qué analizarlo? Eso es querer. Lo jodido sería que quisiéramos al límite desde el principio y que luego fuera a menos.

—No voy por ahí, ratón. Es que... A ver, me asomo al precipicio de ese círculo y me acojono.

—¿Por qué?

—Porque esto parece de ficción. Los días felices de una película romántica del canal Hallmark y más pronto que tarde yo me tendré que ir y sé que lo voy a pasar muy mal. Pero el teléfono sonará y me irá.

—¿Y por qué tienes que pensar en todo eso ahora? Ya lo afrontaremos cuando llegue.

—Porque lo he soñado esta noche y tengo una maldita sensación de angustia que me parte el alma.

—Bueno, pues tú te irás y yo me quedaré esperando a que vuelvas.

—¿Cuánto tiempo?

—Lo peor que puedes hacer es intentar hacer real un mal sueño, pequeña. No te preocupes por eso ahora. Ya veremos llegado el momento.

Se acercó a él y acariciándole la mejilla lo besó suavemente.

—Gracias. Voy al baño.

A los pocos minutos Theo llamó al quicio de la puerta entreabierta.

—¿Puedo?

—¡Claro, pasa!

Vera estaba terminando de lavarse los dientes. Él entró con el teléfono en la mano.

—Mi hermana me ha puesto un WhatsApp, han llegado esta mañana y nos propone comer con ellos.

—Me apetece un montón verlos. ¡Qué buen plan!

—Genial. Les digo que reserven en algún lado y nos digan.

Se aclaró la boca, se secó con la toalla y mirando a Theo a los ojos le dijo saliendo del baño: —No tardes en acabar lo que vayas a hacer aquí dentro. He vuelto de mis vacaciones.

—¿Cómo?

Y quitándose su camiseta, dejando su torso desnudo al descubierto, caminando de forma acompasada, esbelta y preciosa, con sus braguitas negras de encaje, sentenció: —Que como tardes, lo mismo empiezo sin ti.

## Capítulo 11

### Jodida pero contenta

Cuando Vera llegó al restaurante Dalía ya la estaba esperando. Estaba sentada al fondo, sola, y hojeaba sin prestar demasiada atención una revista de moda.

—Dalí, ¿llevas mucho tiempo esperando?

—¡Hola, bonita! Acabo de llegar.

—Perdóname, desde que he vuelto no he parado ni un segundo. Llevo una semana de locos.

Se pidió una copa de vino blanco.

—Nos tienes a todos alucinados con tu última crónica, que lo sepas.

—Pues no le pienso dar explicaciones a nadie más que a ti. Por cierto, hablé con Cristina y le dije que querías escribir.

—Y ¿qué te dijo la jefa?

—Que lo tendrá en cuenta.

—¡Qué bien! ¡Gracias!

—Al menos ya hemos dejado la pelota en su tejado. Imagino que te pedirá algo pronto para tantearte.

—Bueno, no me cambies de tema. ¿Qué te ha pasado en Huelva? Soltó un pequeño bufido:

—¡Qué no me ha pasado en Huelva!

—¡Mira mis uñas! —Le enseño las manos—. Casi no me quedan... ¡desembucha!

Vera le acercó su teléfono.

—Desbloquéalo.

—No me sé tu código.

—No te va a hacer falta.

Al pulsar el botón de bloqueo apareció su foto con Theo delante de la Corta Atalaya, sonrientes, felices...

—¿Y este par de ojos?

—Se llama Theo Brooks y..., bueno, todo lo que te pueda contar creo

que ya te lo imaginas.

—Quiero detalles. ¿Dónde os conocisteis? ¿Cómo fue? ¡Todo!

—La versión corta es que el día que llegué me encontré a la casera con su novio por la calle y me invitaron a cenar...

—¿No me fastidies que te has liado con el novio de la casera?

—¡No! ¿Estás loca?

—Podría ser, ¿no?

—¡Pues no! Llegamos a un restaurante familiar. Allí estaba su hermano y lo que fue un polvo porque sí se ha convertido en...

Vera se llevaba la mano a los ojos con cierta incredulidad.

—¿Te avergüenzas de contármelo?

—Para nada..., solo que sé para qué me has llamado y no sé si quiero.

—Tenía muchas ganas de que me contaras el viaje. Me parece tu mejor crónica, de verdad. Además, me vas a contar la versión extendida de los hechos ahora ¿verdad?

—¿Sólo me has llamado para eso?

—Bueno y para lo de siempre. Que ya tienes próximo destino.

Se había preparado una coraza invisible e impenetrable tras recibir la llamada de Dalía. Sabía a lo que iba.

Los últimos días con Theo entre su casa y la de él, los ratos con Claudia, Antía y Sergio, trabajar juntos, pasar el tiempo juntos...

Se había descubierto ante una nueva vida que no quería perder.

—Te va a encantar el destino. Suiza. Festival de *Jazz de Montreux*.

—Pero eso empieza ya, ¿no?

—Sí, el día treinta. Te toca vender la vida más allá del Festival. Además, a ti que te flipa el jazz.

—No estoy flipando por el jazz *precisamente*. ¡*Hablamos del viernes!*

—Sí.

—¡Genial! No tengo tiempo para preparar nada. Ni tan siquiera para estudiar la zona.

—Vas a vivir rodeada de música, ¿qué necesitas preparar?

—¿En serio? Vale, te vienes conmigo.

—¿Cómo?

—¿No querías escribir?

—Pero, ¿te has vuelto loca? Cristina no va a querer.

—Dos billetes en turista en vez de uno en preferente. Compartimos habitación. ¿Crees que le va a importar? Así ves lo fácil que es llegar a un lugar desconocido sin preparar nada.

—¿Te estás vengando? Yo solo soy el mensajero y esto siempre ha sido así.

—Perdona. Me ha pillado de sorpresa. Pero no es tan mala idea... Te podrías venir.

—¿En serio crees que van a querer?

—¿Te apetece?

—¡Claro que me apetece!

—Pues déjame intentarlo.

Le contó todo lo que sucedió con Pedro antes de irse a Huelva, su nueva vida con Theo, su enriquecedora experiencia en el sur... Le contó todo con el corazón hinchado de orgullo y amor.

Orgullo por su propia valentía. Esa que era una completa desconocida hasta hace relativamente poco tiempo.

Amor por todo lo demás.

Aún se sorprendía al escucharse y por su mente a mil kilómetros por hora volaba un fugaz y casi increíble ¡Joder, es que lo quieres!

Nada más salir del restaurante llamó a Claudia.

—¿Estás en casa? ¿Te pillo mal?

—¡Vaya! Yo una vez tuve una hermana que se llamaba como tú.

—Lo siento, Clau. Te tengo abandonada, lo sé. Pero es que no me da la vida. Encima estoy incubando una depresión.

—¿Qué te pasa?

—Me voy el viernes a Suiza.

—¿A la capital?

—A Montreux.

—¿Al festival? Pero ¡serás cerda!

—Pues no quiero ir y mucho menos ir sin ti.

—Sabías que esto iba a pasar, Ve.

—Ya, Enana. Pero no porque pase es más fácil.

—¿Se lo has dicho ya a Theo?

—No. Voy caminando hacia su casa.

—¿Por cuánto tiempo te vas?

—Pues los quince días del festival más unos días después para ver la repercusión. Casi tres semanas en total.

»Voy a intentar que Dalía se venga.

—Si Dalía no quiere, yo aparco las oposiciones.

—¿En serio?

—Ojalá. Sabes que no puedo.

—Bueno, pequeña ¿te veo luego en casa?

—Sí.

—Vale. Pues me abrazas fuerte porque llegaré hecha una mierda.

—Una mierda que habrá recibido lo suyo y lo de su prima antes de venir.

—Eso no lo dudes, maja.

—No sé cómo te puedo querer tanto... Esto es maltrato.

—Hablamos luego, pequeña.

Tenía planeado ir caminando hasta casa de Theo tal y como le había dicho a Claudia, pero, a pesar del calor del verano, en Madrid el día se estaba arrugando, como su corazón al pensar que tenía prácticamente dos días por delante antes de marcharse de nuevo.

Esa sensación de tristeza era completamente nueva para ella pero, ¿sería soportable? ¿lo podría llevar bien?

No quería hacerse más preguntas. Era ridículo.

No lo iba a saber hasta llegado el momento y ¿para qué? Si lo hacía, lo único que iba a conseguir era sentirse peor.

Comenzaron a caer algunas gotas de lo que iba a ser una incipiente tormenta. Sacó los auriculares del bolso, los enchufó al teléfono y buscó una lista aleatoria de sus canciones favoritas en *spotify*.

Con *Lost On You de LP* sonando en sus oídos entró en la boca de metro del barrio de Salamanca con destino a la calle Alcalá.

Veinte minutos después estaba en la puerta de casa de Theo. Sabía que se encontraba allí porque tenía trabajo pendiente por terminar.



Con el nerviosismo que da la inseguridad llamó al portero automático.

Él contestó: —¿Sí?

—¡Paquete a domicilio!

—¡Qué bien! —Pulsó el control que abría la puerta— ¿Ya?

—¡Sí!

Cuando salió del ascensor la estaba esperando en la puerta. Descalzo, con los cabellos locos, pantalón corto y una camiseta básica.

Lo vio realmente guapo.

—¡Qué sorpresa! Te iba a llamar ahora.

—Me he adelantado. —Lo besó—. Eso y que quería verte.

Lo abrazó con fuerza quedándose así unos cuantos segundos. Los suficientes como para que Theo notara que algo le pasaba.

—¡Vale! ¿Cuándo te vas?

—El viernes.

—¿Tan pronto? Pasa, anda.

Vera contestó con resignación: —¡Esta es mi vida!

—¿Y no puede ir otra persona? Aún tienes vacaciones, ¿no?

Vera negó restregándose los ojos con la mano derecha al tiempo que se sentaba en el sofá.

Estuvieron unos incómodos segundos en silencio.

—No me quiero ir, Theo. Pero ya te dije cómo va esto.

»No puedo decir que no voy a ir con tan poco tiempo y sin haberme pedido vacaciones previamente. ¡Ojalá todo fuera más fácil!

—¿Por cuánto tiempo te vas y adónde?

Le contó todo lo que sabía de su viaje. Las casi tres semanas lejos de él, sus pocas ganas y sus preguntas al aire.

Le repitió.

—Joder, ¡si me pudiera quedar! Podremos aguantar, ¿verdad?

—Si no lo intentamos no lo sabremos.

—Esto va a ser así siempre, Theo. Va a ser lo habitual a partir de ahora.

—¿Estás poniendo ya el parche?

—¿Qué parche?

—El del porrazo.

—No. Para nada. Intento ser sincera contigo.

—Es que si vas a ir con la balsa a cuevas... No quiero hacer el gilipollas y que se acabe en un par de meses, la verdad.

—Theo, ¿en serio?

—Yo también quiero serte sincero.

—Y yo no me lo puedo creer...

—¡Joder, Vera! No quiero que esto se acabe. Ni me lo planteo, ¿vale?

—Pues... explícate, porque no creo que las relaciones a distancia eventuales sean el fin del mundo.

—No me apasiona tener una relación con alguien que va a estar más tiempo lejos que cerca. Pero... ¡Joder! Mira Vera, tenemos dos días por delante. ¡Ya nos enfrentaremos a la distancia a partir del viernes! ¿Vale?

—Ahora pones el parche tú. Yo quiero luchar, Theo. Por ti, por mi..., por todo.

—¡Y yo! Pero no sabemos qué nos espera y hay que saber esperar.

—¡Ostras! No sé si he entendido del todo este momento filosófico. — Sonrió para quitarle tensión al momento. Le acarició la mejilla con dulzura y mirándolo a los ojos le dijo—: Yo esperaré lo que haga falta. Al igual que espero que me des ahora un poquito de amor para poder irme a casa como la canción.

—¿Como qué canción?

—Jodida pero contenta.

Soltó una sonora carcajada.

—¡Experta exterminadora de momentos extraños!

—Pues estoy acojonada.

—Pero al menos esta tarde estás a salvo.

Theo quiso llevarla a casa en moto pero Vera prefirió caminar. De pronto, estaba más preocupada que asustada.

Habían hecho el amor casi en silencio e incluso a ella se le había escapado alguna lágrima que limpió con el reverso de su mano antes de que fuera descubierta.

¿Hasta qué punto merece la pena arriesgar por alguien que acaba de llegar?

Ya sabían a lo que jugaban y lo que les esperaba.

Llevaban la fecha de caducidad marcada como los yogures. Ella se arriesgaba por él y él tendría que hacer lo mismo por ella.

Confianza. Ya lo dice la parte teórica del manual no escrito de la pareja.

Paseaba por las calles de Madrid acompañada por una atípica brisa en

verano, el desasosiego y la razón.

Porque quería no preocuparse en exceso, pero al mismo tiempo, le era imposible dejar de hacerlo.

La casualidad la hizo detenerse en la puerta de un rústico local. Era la primera vez que lo veía.

Una ecléctica carta llena de verduras y comida sana en general. Pidió un par de ensaladas para llevar y sonrió reconfortada al pensar que tenía a Claudia esperándola en casa.

Entró en la habitación donde estaba estudiando. Había comprado un escritorio y alguna que otra cosilla para ir decorando su desangelado hogar.

—¡Hola!

—Uy, ¡hola! Para acabar de follar no traes muy buena cara.

—¡Mira que eres bruta! Traigo cena.

—Genial. Me muero de hambre.

—Creo que Theo me va a dejar.

—No tendrá huevos.

—En serio, Clau.

—¿Qué te ha dicho?

—O eso o no aguanta. Mi trabajo no es fácil de llevar. Puede ser que por eso Pedro...

—Mira, ni lo nombres ¿eh? Y mucho menos lo compares.

»Lo he visto tres veces en mi vida pero ya te puedo decir con total seguridad que ni por asomo Theo se parece al impresentable con el que compartías tu vida.

—¿Y si no aguanta?

—Pues que te quiten lo bailao *que la vida es para vivirla*. ¿*Qué vas a hacer?*

—¿Ahora? Ver *Dirty Dancing*.

—¿En serio?

—Es un buen plan, ¿no?

—Pues no permitas que nadie te arrincones, *baby*.

Le extendió su ensalada.

—¿Quieres que te traiga algo de beber? Me voy a recluir en mi habitación con mi cena también, en plan ermitaña.

—No te preocupes, ahora voy yo a por algo.

Cogió una botella de agua de la nevera, su cena y se lo llevó todo en una

bandeja con patas que tenía para estas ocasiones.

¿Era normal preocuparse tanto? ¿Se estaban excediendo?

Vio *Dirty Dancing con el mismo interés* que la primera vez. Cuando terminó era tarde, pero era incapaz de dormirse.

Se puso a ver una *sitcom de esas que no precisaba de tenerla muy pendiente de la televisión*.

El vibrar del teléfono la alertó.

Pistolera. 00:35

Ratón. 00:35

¿Te he despertado? 00:36

No. Ando perreando  
y viendo series. 00:36

¿Me abres?

Estoy abajo. 00:38

¡Claro! 00:38

Corrió hacia el portero automático, descalza, con un pantalón corto de pijama y camiseta holgada.

Descolgó y pulsó el botón sin decir nada. Con suma delicadeza le abrió la puerta de su casa, Theo no tardó en aparecer.

Vera hizo un gesto de silencio con el dedo y en un susurro le dijo:

—No sé si Claudia duerme o estudia.

Theo le sujetó las mejillas. Tenía las manos frías.

La miró a los ojos por unos segundos. Los tenía vidriosos, titilantes, como a punto de romperse en mil pedazos caleidoscópicos de lágrimas descontroladas.

La besó.

—Vámonos a la habitación, ¿vale? Por si Clau duerme.

Él asintió.

—Me alegra que hayas venido. ¿Has terminado de trabajar?

—Sí. Quiero aprovechar lo que nos queda y el trabajo estorba.

Vera le sonrió tímidamente.

Se sentó en su lado de la cama, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en el cabecero.

Theo se quitó los pantalones e hizo lo mismo que ella.

—No quiero tener miedo, Theo. No me gusta esta sensación ni quiero que esto sea un atenuante de algo que no te pueda dar.

—Le he dado muchas vueltas a toda esta tarde, Ve.

—Theo no quiero que a la larga haya un ultimátum o una intención de hacerme elegir. Me gusta lo que hago..., soy feliz.

—No voy a hacer eso nunca. Puedes estar tranquila.

—También creo que le estamos dando mucha importancia a todo esto por culpa de la incertidumbre. Creemos que nos conocemos perfectamente y hay muchas parcelas de nuestras vidas que ni siquiera hemos compartido.

—¿Como cuáles? ¿Nuestros padres, resto de familia, amigos...?

—Por ejemplo, pero también están nuestras propias situaciones complejas. Nuestros enfados tontos..., esos que llegarán y no hemos vivido aún.

»¿Sabes, Theo? A veces me siento ridícula haciendo planes o viéndote en ellos, porque no sé hasta qué punto tú quieres estar o los compartes.

»Tengo la sensación de que esto se me está haciendo bola y que no estoy siendo capaz de digerirlo bien.

—Define a qué esto te refieres.

—No a nosotros..., a esta conversación. A eso me refiero con esto. Es nuestro actual recurso.

—A ver, pistolera. Creo que todo esto es normal solo que no estamos acostumbrados. Ya verás como la próxima vez es todo más fluido.

—Esta tarde me has preocupado muchísimo.

—Esta tarde estaba embotado con tanto trabajo y no sabía ni qué decía. Perdona por eso.

»Pensar que en dos días te vas, me parte en dos.

»También pensaba que íbamos a tener más días para asimilarlo.

»Tendrás que preparar un montón de cosas y eso será menos tiempo aun.

—Bueno, tengo un lado positivo.

—¿Hay lado positivo?

—Estuve en ese mismo festival con Claudia hace dos años con un cartelón mucho mejor que el de este. Así que, sé adónde voy, pero eso en mi trabajo no lo saben. Me tengo que quejar cuando hacen las cosas así porque si no se me acostumbran.

Se acomodó sobre su pecho.

—En fin, ratón. Ni una vuelta más a esto ¿Vale?

—Vale.

—¿Puedo hacer fuerza y tragarme ya la bola, entonces?

—Enterita.

Lo que no sabían ninguno de los dos es que en el momento que dejaron de hablar hicieron lo correcto aunque la herida ya estaba abierta.

Cuando Vera abrió los ojos Theo ya llevaba bastante rato despierto. Tenía puesta la tele pero apenas se escuchaba.

—Buenos días, ¿por qué no me has despertado?

—Se te veía muy a gusto.

—¡No! Tenemos que aprovechar el tiempo. ¿Qué hora es?

Theo cogió su móvil de la mesilla de noche: —Las nueve y media.

—Bueno, no es tarde. ¿No has dormido?

—Sí. Lo normal, vaya. Me levanté a las siete o así, fui a la cocina a por agua y casi mato a tu hermana del susto. Se había levantado a estudiar.

—Entonces anoche se fue a dormir temprano. ¿Qué te apetece hacer hoy?

—¿Te parece comer con mi hermana y Sergio? Quieren despedirse de ti.

—Mañana mejor. Tengo que ir a ver a mi madre. Te puedes venir si quieres.

—Bueno, eso luego lo vemos.

Vera frivolizó llevándose la mano al pecho.

—¡Cuánto entusiasmo! Dile a Antía que no hagan planes mañana, ¿vale?

—¿Sabes? Te acompaño a despedirte de tu madre. Se sorprendió.

—¿En serio?

—¡Cuánto entusiasmo!

—Es que no me esperaba que accedieras.

—Es que soy sorprendente.

—Y solo por eso te voy a hacer el desayuno de tu vida y te lo voy a traer a la cama. ¿Te parece?

—Me parece.

Vera le dio un beso fugaz y salió de la habitación descalza. Corrió de puntillas por el pasillo hasta la habitación de Claudia.

Llamó a la puerta con los nudillos y sin esperar respuesta la abrió.

Estaba concentrada y aunque Vera le hablaba no la escuchaba pues

llevaba tapones en los oídos.

Se acercó por la espalda y le puso la mano en el hombro.

—¡Joder! Hoy queréis matarme todos de un susto.

—Baja la voz que te ha escuchado medio bloque. Buenos días. Se llevó la mano al corazón.

—Esta mañana, tu novio; ahora tú. He perdido siete minutos de vida.

—Segundos. Siete segundos.

—No, no..., que este ha sido grande.

—Bueno, de él vengo a hablarte. Me va acompañar a despedirme de mamá.

—Ayer te dejaba y hoy lo presentas oficialmente. Lo tuyo es una montaña rusa emocional.

—Lo mío es un puto descontrol con todo.

—¿No quieres que vaya?

—Sí..., no sé... Sí. Creo que sí. Quiero creer que sí.

—Decídetes.

—Sí. Sí que quiero que lo conozca pero, joder, ¡es mamá! Impredecible mamá.

—Mamá será impredecible ahora y dentro de diez años, Ve.

—Vamos a comer con su hermana y su cuñado mañana. Te podrías venir.

—No, gracias. Tengo cena por la noche con los chicos y si me escapo no haré nada en todo el día.

—En fin, que voy a hacerle un desayuno rico para tenerlo contento. ¿Quieres?

—Pues no estaría mal.

—Vale y ya de paso, cuando te lo traiga, te vuelves a poner los tapones.

Le guiñó un ojo y salió de la habitación. Preparó zumo de naranja, café y tostadas con queso crema y frutos rojos. Le llevó a Claudia el suyo y en la misma bandeja que ella utilizó la noche anterior llevo el de ellos hasta la cama.

—¡Servicio de habitaciones!

Con el pie abrió la puerta, la cual se encontraba entornada.

—Espera, que te ayudo. —Theo se levantó de la cama y cogió la bandeja—. ¡Madre mía, qué pinta!

—Tranquilo que sabré cómo cobrármelo. Desayunaron sin prisa aparente.

Vera llamó a su madre para avisar de que iría a comer y despedirse. No le dijo que iría acompañada.

Compartieron ducha, amor y besos.

Se arregló más de lo habitual, se maquilló más de lo habitual y estaba más nerviosa de lo habitual.

Al mirarse en el espejo de su habitación le dijo a Theo: —¡Esto es ridículo!

—¿Qué es ridículo?

Señaló su vestido.

—¡Esto! Voy a presentarte a mi madre y estoy de los nervios. ¿Me bajas la cremallera, por favor?

—Estás espectacular.

—Es exagerado, creo.

Se acercó, le apartó el cabello con cuidado y le bajó la cremallera vista de su vestido negro entallado.

—Exageradamente espectacular.

—Venga, me lo guardo para cuando me presentes a los tuyos. —replicó de forma jocosa.

—¡Cuando quieras!

—¡Estaba de broma! Eso, si acaso, nos lo planteamos a la vuelta. Serían demasiadas emociones para dos días a contrarreloj.

—Están en Riotinto, además.

—Pues viendo cómo les han salido los hijos me encantará conocerlos. Me cambio de ropa y nos vamos, ¿vale?

—Pasamos por mi casa y me cambio yo también ¿te parece? Le acarició la mejilla.

—Vas a tener que traerte algo de ropa para estas situaciones, vaquero. En fin, no tardo.

Le pidió a Claudia su coche para poder moverse con mayor libertad. Esa era otra de las cosas que haría a su vuelta. Tenía que comprarse un coche aunque fuera de segunda mano. No le gustaba la aglomeración del metro ni las esperas de cualquier transporte público.

Llegaron a las dos en punto de la tarde.

Cuando subieron se encontraron la puerta entornada. Vera empujó con cuidado.



—¡Hola, mamá!

—Pasa, estoy en la cocina.

—Vengo acompañada.

Sofía salió secándose las manos en un paño de cocina.

—¡Hola! —Le dio un beso en la mejilla a Vera—. Pensaba que venía con mi otra hija. Encantada, soy Sofía.

—Él es Theo, mamá.

—Encantado.

—Pasad, anda. Vera, enséñale la casa... Aunque espera, que yo también quiero presentaros a alguien.

Del fondo del pasillo salió un hombre. Llevaba vaqueros, un polo de manga corta azul marino y el pelo peinado hacia atrás.

A Vera le dio un vuelco el corazón.

Se le vino la imagen de su padre caminando por ese mismo pasillo y un halo de tristeza repentina invadió su corazón.

Se alegraba por su madre, pero a su vez, se tenía que acostumbrar.

—Él es Diego. Ella es mi hija Vera y su ¿novio?, ¿amigo? Theo rápidamente extendió su mano y dijo:

—Soy Theo, encantado. Vera le susurró:

—Lo siento.

—No te preocupes. —Le respondió.

Vera se acercó y le dio dos besos. Olía bien.

—¿Os pongo algo de beber? Preguntó Diego con absoluta confianza.

—Mi hija seguro que quiere vino y yo la acompaño.

—Yo soy más de cerveza. ¿Tú, Theo?

—Te acompaño con una cerveza.

Vera se fue a la habitación de Claudia a soltar el bolso. La suya fue convertida en sala de estar cuando se independizó.

Del bolso sacó el móvil y le puso un *WhatsApp a Claudia*.

Estoy flipando.

Está aquí el novio de mamá.

Se llama Diego y es un yogurin. 14:17

¿En serio? 14:17

Mínimo diez años menos que ella.

14:17

¡Viva la madre que me parió! 14:17

Parece un Erasmus y mamá está guapísima. 14:18

¿Arreglada? 14:18

Tiene un rollo Michelle Pfeiffer que flipas. Te sigo informando, Enana.

No quiero que me pille.

¡Estudia! 14:19

Pues, ¿sabes que te digo?

Que se lo merece.

Olé por ella. Sabes que tengo el teléfono cerca.

14:23

Le enseñó la casa a Theo, sus pocos recuerdos de infancia y a su padre, quien sigue presente en una fotografía que descansa en la mesilla de noche de

Claudia.

Volvieron al salón.

Diego había preparado unos aperitivos, vino blanco y un par de botellines de cerveza bien fríos con su jarra al lado.

—Voy a ayudar a mi madre ¿Te importa?

—Para nada, sin problema.

Le acarició el brazo con dulzura e incluso algo de timidez, cogió su copa de vino y se alejó hasta la cocina.

—¿Necesitas ayuda, mamá?

—No te preocupes, hija. Pero puedes preguntarme lo que quieras.

—No sé si quiero saber demasiado, la verdad.

—Tu... Theo es muy guapo.

—Sí, es muy distinto a Pedro. En todos los sentidos, la verdad.

—Vino a verme cuando estabas de viaje.

—¿En serio? ¡Qué pesado!

—Sí. Vino a disculparse. No quise decirte nada para no cabrearte más de lo que ya pudieras estar.

—Espero que no te dé más la lata. No me lo ha puesto nada fácil. Bueno, ronda de preguntas, porque no tengo ni pizca de ganas de hablar de mi ex. ¿Dónde os conocisteis?

—En la frutería del supermercado.

—¿En serio?

Soltó una carcajada.

—¡No! Es mi profesor de pilates.

—Pero... ¡Mamá!

—Sí, me estoy redescubriendo a mí misma, Vera.

—Yo creo que te estoy descubriendo, directamente.

—No me había planteado estar con nadie, la verdad. Pero me hace sentirme bien, segura y a salvo. A mi edad...

—¿Qué le pasa a tu edad?

—Vera, tiene diecisiete años menos que yo.

Le guiñó un ojo. —¿En serio? Ni me había dado cuenta.

—Menos mal que tus abuelos están muertos, que soy hija única y que con tus tías no tengo trato desde que murió tu padre.

—¿Qué pasa si mis tías se enteran? ¡Ya quisieran ellas!

—Sigo echando de menos a tu padre. No quiero que te quepa duda de eso.

—Vale, has vuelto. Pensaba que te había perdido en este halo de Michelle Pfeiffer en *El novio de mi madre*.

—Yo no estoy operada de nada.

—Cierto. Tu cuerpo hecho para el pecado te lo estás currando en el gimnasio. Literalmente.

—¡Vera!

Soltó una sonora carcajada.

—Disfruta, anda. Que te queda mucho por vivir aún.

Volvió al salón con los platos para poner la mesa. Tras hacerlo, cogió el móvil e informó a Claudia.

Diecisiete años menos que ella.

Cambio mi versión.

Mamá es Samantha Jones.

14:32

Jajajajajaja.

Lo siento, tía.

¡Me encanta!

¡Qué pena no estar ahí! 14:38

¡Menos mal que no estás!

14:38

Theo y Diego hablaban de fútbol. Vera se metió en la conversación.

—No sabía que te gustara el fútbol.

—Lo que no te va a gustar es de qué equipo es —respondió Diego.

—Como me digas que eres del Barça esta relación ha llegado a su fin. Encantada y buena suerte.

Theo asintió decepcionado.

—¡No me fastidies!

Los dos soltaron una sonora carcajada. Diego asintió mirando a Theo y le replicó:

—¡Te lo dije!

—Tranquila, Vera. Soy de Manchester y por tanto... del Tottenham.

—¡Qué raro eres! Pero, al menos, visten de blanco.

»Claudia y yo somos socias del mejor equipo del mundo, así que te tocará aguantar domingos de rastro y fútbol si es que no huyes despavorido.

Diego, espero por tu bien que seas merengue o tendré que verme obligada a echarte. Yo no digo nada.

Sofía salió de la cocina con una inmensa tortilla de patatas. La comida favorita de Vera tras largas ausencias.

—En esta casa está prohibida la entrada de nadie que no huela a dulce merengue, ya lo sabes. Contigo, Theo, hacemos una excepción por extranjero.

Comieron como perfectos desconocidos pero entregados a la comprensión y el entendimiento.

Vera acariciaba la mejilla de Theo con dulzura cuando hablaba de ella. Lo hacía con expresión de entusiasmo, cariñoso y entregado.

La describía con admiración. Su trabajo, su valentía, la forma en la que se conocieron....

Sofía miraba a Vera y asentía con orgullo.

Con Pedro no solía ir a casa de sus padres a no ser que la ocasión fuera especial. Solía ir sola y por poco tiempo.

El que su madre fuera una desconocida también fue provocado por esa situación.

Allí, sentada junto a la ilusión con quien su madre seguro que practicaba medio Kama Sutra, se dio cuenta de que se había perdido muchos momentos importantes de su vida.

Sofía había sido el poli malo de la historia durante muchos años y aunque posiblemente la relación entre ambas continuara siendo algo extraña, se alegraba de verla sonreír y feliz, aunque fuera al lado de un chico de cuarenta y pocos años.

Esa tarde de ella aprendió que se puede afrontar con absoluta naturalidad la situación más surrealista. Tan solo hay que saber lo que se quiere y aferrarse con tal fuerza que ni unos pocos años de diferencia consigan que lo sueltes.

Eran aproximadamente las cinco y media de la tarde cuando Vera y Theo se marcharon.

De la mano por las calles de Madrid como una pareja al uso.

—Gracias por acompañarme, ratón. No me quiero imaginar cómo hubiera sido afrontar esto sola.

—Te pareces muchísimo a tu madre.

—Pero no tengo sus ojos.

—Claro, ¡tienes los tuyos!

Le dio un golpe con la cadera.

—¡Theo!

—Sois muy guapas las dos.

—Mira que visto lo visto lo mismo hasta eres su tipo.

—¿No te asusta que tu madre salga con alguien tan joven?

—La verdad es que es tan sorprendente como si saliera con uno de su edad. Es una auténtica desconocida para mí, pero es fuerte. Si esto se acaba pronto, se quedará con lo positivo.

—Me lo he pasado bien. Él parece buen tipo.

—Espero que lo sea. Oye, vuelvo a ser libre ¿Qué me propones hacer? Tenemos unas horas hasta que me entregue a la divertida tarea de hacer las maletas.

—¿Al final tu compañera va contigo?

—Sí. Me vendrá bien no irme sola. Sigo alucinando con mi madre...

Paseando por el centro y en un pequeño cine de La Latina vieron que proyectaban películas clásicas.

—¿Te gusta el cine de terror? —le preguntó Theo con entusiasmo.

—Me encanta.

—¿Hacemos un *Psicosis*?

—Pues aunque no te lo creas no la he visto.

—¡Yo tampoco!

—La putada de esto es que como nos guste la peli no me vas a poder meter mano.

—¿En nuestra primera vez? Perdona, pero soy todo un caballero.

—Fuimos al cine de verano.

—¡Es verdad! Pues entonces, no te libras. Lo siento.

—¡Qué se le va a hacer! Nos debemos a las costumbres ancestrales.

...

En la cama, abrazados, desnudos y silenciosos miraban al frente cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Vera jugaba con su dedo índice a hacer un recorrido indefinido por el pecho de Theo. Un camino de ida y vuelta. Una y otra vez.

Él jugaba a enterrar la yema de sus dedos en su pelo.

—Vera...

—Dime.

—¿Me enseñarás algún día los lugares donde has estado?

—¡Son muchos! Y siendo sincera, a algunos no me gustaría volver, la verdad.

—Digo en fotos.

—¡Ah! A estas horas ya estoy espesa. Bueno, algún día te contaré mis historias.

—Vera...

—Dime.

Quería decirle tantas cosas...

Quería abrirse y exponerse del todo, quería que no hubiera ni un ápice de duda en su actitud de las últimas horas, quería decirle tantas cosas que tan solo acertó a decir:

—Te voy a echar muchísimo de menos.

Y ella reincorporándose para mirarlo a los ojos, al tiempo que le pasaba su dedo índice por el mentón, le respondió: —Lo sé.

—Engreída.

—Idiota. —Hizo un mohín de decepción—. Lo sé porque evidentemente, yo también.

Para Vera amaneció temprano. Se sentó delante del ordenador con una camiseta básica y en ropa interior a organizar su trabajo y revisar algunas cosas que quería dejar preparadas antes de marcharse.

Cogió un lápiz de memoria y lo insertó en su portátil.

En la cocina, con una taza de humeante café, sola, pero con la sensación de estar arropada por las dos personas que dormían en las habitaciones contiguas.

Con Claudia habló nada más llegar tras su cine de tarde con Theo. De su madre, de Diego, de lo bien que la veía y de lo poco que se iba a meter con ella en este tema. Quería apoyarla, quería que se sintiera arropada.

Pensaba en eso en ese momento de soledad. En cómo iban a ser sus próximos días de viaje con Dalía.

Buscó hoteles por los alrededores, museos, mercadillos e incluso alguna actividad alternativa al festival.

Abrió la carpeta donde guardaba los archivos de sus viajes y desde su cocina volvió a un pasado que cada vez le parecía más lejano.

Pasadas un par de horas, Theo apareció por la cocina. Se quedó apoyado en el quicio de la puerta.

—¡Estás aquí!

Cerró con cuidado el ordenador.

—Buenos días, bombón.

—¡Qué dulce! ¿Qué haces?

—Trabajaba un poco. Organizaba el viaje.

—¿Has terminado?

—Lo importante sí.

—Bien..., no me gusta el despertar si tú no estás en él.

—¡Oh! Pues aquí estoy. ¿Quieres un café, zalamero?



—Por favor.

—Pues te lo cambio por un beso. No quería despertarte. Me he levantado muy temprano.

Se acercó a ella, le retiró el pelo de la cara y la besó.

—¿Qué tal has dormido, pistolera?

—He dormido de un tirón. Ayer fue un gran día, Theo.

—Haremos todo lo posible porque hoy también lo sea.

Quedaron con Antía y Sergio a las dos de la tarde en un restaurante con encanto del barrio de Chamberí.

Le había dado tiempo a dejar lista la maleta. Las baterías tanto del portátil como de la cámara de fotos cargando, el tarjetero lleno de tarjetas de memoria formateadas y algunos folios impresos con información de interés.

Con Dalía se vería en el aeropuerto un par de horas antes del vuelo para poder facturar.

Llegarían a Ginebra y una vez allí alquilarían un coche. El trayecto hasta Montreux no les llevará más de una hora.

Vera mantenía el mismo ritual de organización en cada viaje. Actuaba de forma mecánica.

Tenía un neceser solo para eso. Comprobó que todo lo que necesitaba se encontraba dentro. Reemplazó una crema que agotó en su última noche en Riotinto.

En la nevera, bajo un imán, había colocado un papel con una lista escrita bajo las palabras en mayúsculas «NO OLVIDAR»

En ella se podía leer: «Cambiar crema, tampones, pen *drive e imprimir billetes*».

Se acercó, cogió el bolígrafo y tachó la primera línea. También agregó una nueva: «Pasar por la oficina»

—¡Estás acelerada! —le replicó Theo cuando la veía entrar y salir de la habitación.

—Aunque no te lo creas es todo mecánico. Es el ritual del viajero. Son muchas cosas y si me salto un paso seguro que se me olvida algo.

—No te creía tan maniática.

—Será este mi TOC. Dicen que todos tenemos uno.

—¿Quieres que llame a Antía y cancelamos la comida?

—No, ¿por qué? Yo en media hora habré acabado, al menos por ahora.

—Porque no quiero que hagas nada por obligación. Se acercó a él y le arremolinó el pelo.

—Hay tiempo para todo y me apetece mucho verlos. Así también dejó un ratito de pensar en el viaje.

Se sentó a su lado en el sofá.

—Tengo la sensación de que no te estoy echando mucha cuenta esta mañana, ratón.

Theo hizo un mohín.

—Un poco, la verdad. Pero lo entiendo, así que no te preocupes.

—Acabo y soy toda tuya, ¿vale?

Por el pasillo apareció Claudia con el pelo recogido de mala manera.

—No eres tú, Theo. Es ella, que cada vez que viaja se vuelve un poco gilipollas.

Theo sonrió y Vera le contestó con ironía: —¡Cuánto te quiero, Enana!

—Lo sé —dijo tirándole un beso al aire—. Termina, que yo le hago compañía un rato. Así socializo.

Aún no habían entrado al restaurante y Vera ya tenía la sensación de llevar muchas más horas del día vividas que lo que el reloj marcaba. Eran las dos y media de la tarde. Le pesaban las extremidades y la tensión se le acumulaba en los hombros.

De repente, se sentía algo cansada.

—Necesito una copa de vino —le dijo a Theo cuando entraban al restaurante.

—¿Y eso?

—Estoy superembotada.

—Has vivido tan deprisa la mañana que tu cuerpo necesita paz.

—Más que mi cuerpo quien la necesita es mi cabeza. Esa sensación de que se te olvida algo constantemente es agotadora.

Antía y Sergio no habían llegado aún y por unos minutos los esperaron en la barra tomando ese vino entre brindis típicos.

—¡Por nosotros! —dijo Vera.

—Siempre —le respondió Theo.

Por la cabeza de Vera viajó el recuerdo del reloj que le regaló a Pedro y su inscripción en la caja. Su «Te quiero, siempre» que ahora carecía de sentido.

Se apresuró a contestarle:

—Que nuestro ahora sea infinito.

—Por algo eres tú quien escribe.

Alzaron sus copas y bebieron. Antía puso la mano en el hombro de Vera.

—¿Interrumpimos?

—¡Hola! ¡Por favor, qué guapa!

—Dijo ella. ¡Hola, cabezón!

Vera esbozó una sonrisa al escuchar como Antía le contestaba de la misma forma que hacía Theo cuando realizaba ese mismo comentario.

—¿Qué tal, Anti? ¡Por favor, Sergio! ¡Qué guapo! —ironizó Theo.

—¿Verdad? —le contestó Sergio recolocándose la camisa.

—¡Vaya dos! —susurró Vera entre risas.

De repente volvieron a su cabeza las imágenes de todos ellos juntos en el sur. La excursión, la primera cena, las noches en su casa, su té con Antía, Tharsis...

Sentía que la vida la había premiado en un corto espacio de tiempo por lo que había vivido ignorante en mucho.

Almorzaron sin prisas. La charla distendida los hacía cómplices del momento.

Sergio y Theo hablaban de trabajo y Antía preguntaba a Vera por su

viaje con interés.

—¿Y te vas mañana, dices?

—Sí, a las nueve.

—¿Por cuánto tiempo?

—Tres semanas.

—¡Ostras! ¿Y después?

Se mordía el labio inferior con preocupación.

—Después volveré y estaré el tiempo que mi empresa quiera que esté.

—Es muy duro, ¿verdad?

—¿Quieres que te sea sincera?

—¡Claro!

—Hasta ahora, no lo había sido. Ahora todo es muy distinto. Pero bueno..., es mi trabajo y, mira, gracias a él os conocí.

—Vale ya del viaje, ¿no? —interrumpió Theo.

Vera le puso la mano cariñosamente sobre el muslo.

—No me importa, de verdad.

—Pero a mí sí.

—Te preocupas demasiado.

Sergio interrumpió.

—Te voy a contar un secreto, Vera. Todos los hombres, absolutamente todos, tenemos un corazón sensible que se hace pequeñito con las situaciones que se le escapan de las manos. —Antía lo miraba incrédula—. Yo, al menos, puedo ocultarlo.

—Cariño, lloraste con *La vida es bella*.

Vera soltó una sonora carcajada. Sergio fingía indignación.

—¡Eso no es cierto! Estaba fatal con la alergia.

Antía continuó su réplica:

—¡Sollozabas!

—¡No!

—¡Estuviste investigando la vida de Rubino Romeo Salmoni por meses!

—¿Ves Vera? Por cosas como estas... nunca hablo.

Tomaron café en el mismo restaurante, entre risas y nuevas costumbres.

La tarde fue quitándole minutos al reloj y casi sin que se dieran cuenta, llegaron al portal de casa de Vera donde se despidieron de Antía y Sergio.

Antía se abrazó a ella. Al oído le dijo:

—Nos escribimos, ¿eh? Ve contándome cosas y manda fotos.

—¡Claro! Yo quiero que me informes de todo lo que Theo se calle.

—¡Uy! Cuenta con ello. Vera se abrazó a Sergio.

—Adiós, corazón tierno.

—¡Joder, la que me espera! —Se restregó los ojos con los dedos—  
Disfruta del viaje, ¿vale?

—Se intentará.

Theo permanecía más callado de lo habitual, pero no de forma preocupante. Le dejaba su espacio..., le daba su protagonismo.

Se despidió de su hermana y su cuñado con naturalidad habitual y, sujetando la mano de Vera con firmeza, subieron a su casa.

Claudia no estaba. Era experta en desaparecer cuando Vera lo necesitaba.

En una nota al lado de su lista en la nevera le escribió: «Ando de cena con los chicos como te dije. No te preocupes, cuando te levantes estaré aquí para decirte adiós y abrazarte tanto que te toque el corazón».

Sonrió a aquel trozo de papel como si fueran los ojos de Claudia. Lo quitó con cariño de la nevera y lo metió en el bolsillo interno de la maleta.

Guardó el portátil en su bolsa junto con el cargador. Insertó las baterías dentro de la cámara réflex y de la cámara deportiva, y las guardó en la mochila junto a sus cargadores y un par de objetivos.

Esa mochila es la que utilizaría como equipaje de mano.

En el neceser metió algunos tampones por si acaso al periodo le daba por adelantarse.

Imprimió los billetes, guardó el pen *drive en el bolso y tachó casi toda la lista menos la última línea. Esa que le recordaba que aún tenía que pasar por la oficina.*

Entró en el salón con cansancio visible y mirando a Theo le dijo: —He terminado...

—La próxima vez, ¿dejarás que te ayude?

—Son muchos años de costumbre, de verdad que lo siento. — Extendió las manos moviendo los dedos para que se levantara y se acercara ella—. Abrazame, por favor.

Se aferró a él con fuerza. Respirándolo, sintiendo su acompasada respiración. Hundiendo la cara en su pecho.

—Vera, ¿estás bien?

Asintió con la cabeza: —No.

Con absoluta delicadeza Theo elevó su cara sujetándola por la barbilla para que pudiera mirarlo a los ojos.

—Venga. Aún no te has ido, ¿verdad? Pues vivamos lo que nos queda.

La besó con calidez y ternura.

Una lágrima cargada de temor surcó su mejilla derecha. Theo se la secó con un certero movimiento de pulgar.

—Sin lágrimas, preciosa.

—Solo ha sido una que tenía prisa por salir —le respondió esbozando una pequeña sonrisa—. Quiéreme.

—Ya lo hago.

—Pues haz que lo recuerde.

La tomó a horcajadas hundiendo la nariz entre su pelo hasta llegar a su cuello e inhaló con fuerza.

La besó.

Vera sentía la humedad de sus labios debajo de la oreja derecha y su acelerada respiración latente cerca de su oído.

—Va a ser épico, pistolera —le susurró.

Y lo fue.

Inundaron el ambiente de gratitud y complicidad. De amor y pasión desmedida. De tiempos completos y cuenta atrás.

Aún lo sentía dentro cuando se quedaron inmóviles por un momento.

Vera sobre Theo pero siendo solo uno.

El periodo refractario hecho metáfora.

Se habían vaciado e incluso por unos minutos se abandonaron.

...

El despertador comenzó a sonar a las cinco de la mañana, aunque en realidad Vera apenas había logrado pegar ojo en toda la noche, a pesar de su cansancio. Escuchó a Claudia llegar pasadas las tres de la madrugada.

Estuvo a punto de levantarse e ir a verla, pero entonces sí que no habría dormido nada.

Extendió el brazo y apagó la alarma.

Theo abrió los ojos y le preguntó: —¿Qué hora es?

—Las cinco.

—¿A qué hora has quedado con Dalía?

—A las siete y media en el aeropuerto. Pero tengo que pasar antes por la oficina. Quédate durmiendo, pequeño. No quiero que te pegues la paliza por mí.

—No.

—De verdad.

—No. A no ser que no quieras que te acompañe.

—¡Claro que quiero!

Pedro nunca la había acompañado al aeropuerto a excepción de aquel viaje tras su boda ficticia.

Era inevitable que determinados recuerdos le llegaran de forma muy vívida.

Cuando se despidió de Claudia y vio que Theo iba con ella, le dijo: — Me caes bien, Mr. Brooks.

—Y tú a mí, Little Torres. A pesar de que estés completamente loca.

Le pidió al taxista que primero hiciera una parada en su oficina. Theo la esperó en el taxi.

No tardó.

Salió con un sobre grande acolchado en las manos que guardó en su mochila.

En el aeropuerto, Dalía esperaba en la cola de facturación. Tenía los ojos hinchados por el sueño.

—Buenos días, Veri. No sé cómo eres capaz de hacer esto tan a menudo. ¡Con lo que me gusta a mi dormir! He estado a punto de llamarte y decirte que no venía.

Hizo las presentaciones pertinentes, facturaron y se fueron a tomar un café hasta que pudieran subir al avión.

Actuaban con normalidad fingida pues una vez más y aunque no quisieran reconocerlo, esa situación era totalmente nueva para ellos.

Dalía se adelantó a pasar el control de embarque y darles su tiempo para despedirse.

Se abrazó a él sin ser capaz de mirarlo a los ojos.

—Llegó el momento, ratón.

—Y te tengo que dejar ir, pistolera. Asintió.

Del bolso sacó el lápiz de memoria que guardó el día anterior y se lo extendió.

—Esto es para ti. Tranquilo, lleva sus instrucciones dentro. —De la mochila sacó el sobre acolchado—. Y esto no lo abras hasta que me haya ido. ¿Vale?

—¿Qué es?

—Ya lo verás.

—Vale.

—Te escribo cuando llegue a Ginebra y te llamo cuando llegue al hotel..., o al apartamento, o lo que sea que haya pillado Dalía en Montreux.

Theo se guardó el lápiz de memoria en el bolsillo trasero del pantalón al tiempo que le respondía: —Por favor.

Vera ocultó su cara tras las manos.

—No me puedo creer esto. Te voy a echar tanto de menos.

—Yo no.

Le dio un manotazo en el hombro.

—¡Idiota!

—Sé que nos lo hemos dicho en más de una ocasión, pero, de verdad, me has cambiado la vida, Vera.

Lo besó sujetándole las mejillas, empujándose y mirándolo fijamente a los ojos. Dejó suspendidas en el aire las palabras con absoluta convicción: —Te quiero.

Sus ojos vidriosos empezaron tornarse en tonos cristalinos.

—No quiero que llores, pequeña. Y sabes que yo también, ¿verdad?

—Quiero creer que sí. ¡Joder! Me tengo que ir.

—¿Quieres creer que sí? ¡Te quiero, todo!

—Un día menos para volver. —Lo volvió a besar y le señaló el sobre—. ¡Haz los deberes, ratón!

—En cuanto te vayas.

La vio alejarse agitando su mano de vez en cuando y lanzándole besos al aire.

Aunque le sonreía tenía los ojos tristes.

Se marchó.

Sentada en su asiento del avión lo imaginó abriendo el sobre.

Dentro se encontraba uno de los ejemplares de prueba de la revista que saldría en unos días con su crónica de Riotinto.

En portada, la majestuosa Corta Atalaya en todo su esplendor y su nuboso



cielo azul intenso.

En letras blancas enormes a modo titular entre otras columnas de secciones se podía leer: «El lugar donde el tiempo se equivoca».

Con un clip había dejado sujeta una nota en una tarjeta color crema con su nombre impreso en la parte superior.

Tienes en tus manos uno de los ejemplares de prueba de la próxima publicación. La que me devolvió a la vida y te trajo a mí.

Todo lo que encuentres en esas letras nacen por y de ti.

Gracias por tu amor y generosidad.

Espero estar a la altura.

*I love you, Dear.*

Vera.

Le gustaba mantener la sensación de que la iba a estar acompañando durante todo su vuelo. Primero, leyendo su crónica con un café en el carísimo Paul del aeropuerto, recordando un pasado nada lejano, pero con la sensación de haber sido vivido en otra vida.

Cuando llegara a su casa, cogería el portátil y vería el contenido del lápiz de memoria.

Un montón de carpetas y un documento de texto con el nombre:

«Soy lo primero que debes abrir.docx».

Estoy cumpliendo las que seguro habrán sido mis últimas palabras al despedirme, pero sí... ¡Te estoy echando de menos, ratón!

Me pediste que te enseñara los lugares en los que había estado y no se me ocurre una forma mejor que esta para que me sientas cerca en mi ausencia.

En cada carpeta encontrarás otro documento de texto y un montón de fotos numeradas por orden cronológico. Te recomiendo que sigas el orden si quieres que lo que te he ido escribiendo tenga sentido.

¡Ponte cómodo! Vas a viajar conmigo.

Si estás listo abre la carpeta «El comienzo de todo».

La primera carpeta contenía sus fotos como cooperante y un documento de texto que abriría antes de hacer clic en ninguna imagen.

Punto por punto le iba contando los lugares, las personas y cual había sido su función. Cada punto en el texto era el nombre de la foto que tenía que ir abriendo. En la octava imagen empezaba su viaje a Haití en 2010. El antes y el después del dengue. El desastre del terremoto en tres imágenes.

Su enfermedad se haría visible en la undécima imagen.

11-Eres el primero que ve esta foto.jpg

Aparecía junto a una jovencísima Claudia en el hospital.

Su delgadez extrema y el semblante de su cara nada tenían que ver con su imagen actual. Se lo imaginaba haciendo clic carpeta por carpeta. Los lugares de sus crónicas. Nueva York, Tanzania, la ruta del Nilo, Tailandia... Su viaje en balde a Damasco, a donde llegó para escribir sobre su gastronomía y de donde se tuvo que volver por riesgo de bombardeo.

Hasta llegar la última carpeta llamada: «Nosotros». En ella encontraría todas las fotos del viaje, las que ni sabía que le había hecho, Antía, Sergio, la casa, los videos...

En el documento de texto que acompañaba a esa carpeta podría leer:

Y de repente, no sé qué escribir.

¡Menos mal que esta no necesita de un orden para que la comprendas!

...Érase una vez, mi nueva vida.

Acabamos de aterrizar.

En un par de horas te llamo. Sigo sin creérmelo. 11:02

Sabía que habías aterrizado.

He seguido tu vuelo

por Internet.

Sigo viajando contigo...

Me tienes emocionado. 11:06

Luego me cuentas.

Vamos a buscar las maletas

y el coche de alquiler.

Te quiero, te beso y te llamo. 11:13

—¿Ya estás despierta?

Le preguntó con ironía a Dalía quien se quedó dormida nada más sentarse en el avión.

—Te quejarás de compañera de viaje. No te he dado ni un poquito de lata.

—Has roncado un poco.

—¿En serio?

Vera soltó una sonora carcajada: —¡No!

—No te voy a preguntar nada de tu chico.

—Mejor.

—Está y se le ve bueno.

—Lo está y lo es. ¡Bueno, Dalí! ¿Preparada para la aventura?

—Vale, cambio de tema. Estoy preparada.

—¿Tenemos hotel o casa?

—Un apartamento muy coqueto. Te va a encantar.

—¡Genial! Podemos movernos por los pueblos de alrededor también y bichear. Al ser dos hay más libertad para hacer cosas interesantes.

—Yo sigo los pasos que me indiques, para eso eres mi mentora.

—Tú puedes volar sola, pequeño saltamontes.

Fue Vera quien condujo desde Ginebra a Montreux.

Estaba acostumbrada a las carreteras europeas, a leer indicaciones en otros idiomas y entender el GPS de los coches de alquiler.

Dalía volvió a quedarse dormida nada más montarse en el coche con un cuaderno en su regazo y un bolígrafo que se le cayó en la primera curva y rodó hasta la alfombrilla del asiento trasero en el que tenía pensamiento de ir anotando todo lo interesante que viera.

Vera sonreía al mirarla de soslayo, negando al infinito con sus *Wayfarer para protegerse del sol*.

La despertó nada más llegar al aparcamiento que le tenían reservado.

—Dalí, despierta. Que sepas que eres un desastre como compañera de viaje.

—¡No, joder! Es que no he dormido en toda la noche, lo siento.

—Yo tampoco he dormido.

—Ya, pero tú estás acostumbrada.

—¡Claro! Bueno, haz los honores y preséntate al menos. Eres tú quien ha cogido la casa.

El apartamento estaba denominado como *La Maison de Charme* y no podía ser más cierto. Los caseros le mostraron un coqueto hogar con dos dormitorios lleno de encanto, minimalista y con una terraza solárium con vistas al lago Lemán.

Era otro de esos lugares idílicos donde imaginarse escribiendo tal y como le sucediera en Riotinto.

El festival del jazz tenía muchísimos espacios disponibles para disfrutar en esos quince días. Desde los típicos escenarios hasta paseos en

*barco con música en directo.*

Tenían que recoger sus acreditaciones de prensa, que les daban acceso prácticamente a todas las áreas del festival, a primera hora de la mañana.

El primer día Vera siempre lo usa para descansar y comprar algo de comida.

Dalía llamó a su madre y a su chico. Ella le puso un *WhatsApp a Claudia, otro a su madre y llamó a Theo por Facetime.*

Los dos dormitorios tenían una pequeña terraza desde donde también se podía ver el lago y las montañas al fondo.

Se quitó los zapatos y se sentó en la cama con la espalda pegada al cabecero mientras esperaba que Theo contestara.

La imagen que le apareció estaba casi en penumbra.

—¡Hola, ratón! —lo saludó mientras se recogía el pelo en una coleta alta sujetando el móvil con las rodillas.

—¡Hola, preciosa! ¿Con qué estás sujetando el móvil?

—Con las rodillas. En ocasiones, como bien sabes, soy contorsionista.

Estaba en la habitación en la que solía trabajar desde su casa y por la calidad de la imagen le había contestado desde el ordenador.

—¿No has salido? Negó con la cabeza.

—Me vine a hacer los deberes.

—Enciende la luz. A penas se te ve la cara.

Encendió el flexo.

—¿Mejor?

—Acércate a la cámara, anda.

—¿Para qué?

—¡Acércate!

Theo se acercó a la cámara del portátil y Vera sonrió con dulzura.

—¿Qué?

—Nada, que te ha pegado Sergio su ataque de alergia y es... enternecedor.

—Es que en esta mañana he vivido contigo una montaña rusa de emociones. ¿Qué tal el viaje?

—Bien. Tranquilito. Es increíble que haya tardado lo mismo de Madrid a Huelva que de Madrid a Montreux.

Theo se restregó los ojos con las manos.

—Dímelo, Theo.

—¿El qué?

—Pues lo que quieras decirme y estás evitando.

—Tranquila. Gracias por los regalos..., he puesto de fondo de pantalla en el portátil tu foto subida en el elefante.

—¡Ay! Me encanta esa foto.

—Tenía que haberte dado algo mío en el aeropuerto.

—No te preocupes. Te he robado otra camiseta.

—¿En serio?

—La otra olía más a mí que a ti y, claro, no me valía. Pero no te preocupes, esta te la devuelvo cuando vuelva. —Se levantó de la cama y abrió la puerta de la terraza—. ¡Mira mis vistas!

Al salir vio a Dalía haciendo lo mismo con su chico. Sonrió y le dijo:

—¡Vecina, somos una básicas!

—¡Luego me paso a pedirte azúcar! —le contestó entrando de nuevo en su habitación.

Theo viendo el lago tan solo acertó a decir:

—¡Muy chulo!

Vera volvió al interior de la habitación, se sentó en la cama en la misma posición que antes y le preguntó en un nuevo intento.

—¿Qué te pasa?

Se volvió a restregar los ojos con las manos.

—Parece que jugamos en ligas distintas, Vera. Tan solo hay que ver tus fotos, tu trabajo, lo que has vivido...

—¿Has leído la crónica?

—Sí, claro.

—Es lo mejor que he escrito en mi vida, Theo. Lo mejor.

—Es eso lo que quiero, Vera. Quiero que sigas escribiendo lo mejor en cada viaje, que lo compartas con el mundo...

—Pero...

Miraba hacia abajo sin ser capaz de hacerlo a la pantalla.

—No sé si yo seré capaz de aguantar en la distancia eso.

—Espera cariño, no me digas eso estando tan lejos y sin poder hacer nada, por favor. Me acabo de ir de tu lado, es la primera vez que nos separamos y, ¡joder!, estoy haciendo estragos para no desmoronarme desde

que me he alejado de ti en Barajas. Déjame demostrarte que podemos. Por favor...

—Me ha impactado mucho tu foto en el hospital.

—Eso es tiempo pasado, Theo. Respóndeme. Dime que vamos a poder. Que lo vas a intentar.

No le respondía.

—Theo, mi vida, como empezamos con la paranoia se nos va. Confía en mí, por favor.

—Vera, yo confío en ti. ¡Claro que confío en ti! Pero esto es duro, ¿eh?

»No saber cuánto tiempo vas a estar aquí. No saber adónde vas a ir. Hasta entiendo a tu madre cuando te decía... ¡Joder!, no saber cómo vas a volver.

—No me seas dramático, por favor. Siempre puedo decir que no, si no me apetece ir a algún sitio o lo veo arriesgado. Ratón, ¿qué es lo que quieres que te diga?

—Yo te creo y confío en ti, de verdad. Solo que..., como a ti, se me ha hecho esto un poco bola y me está costando digerirlo.

Le sonrió a su pantalla del móvil:

—Pues haz fuerza, vaquero, y trágatela, porque esto es demasiado bonito como para perderselo.

—¿Hablamos luego, pistolera?

—Hablamos cuando quieras, mi vida.

—Me gustan los nuevos calificativos.

—Sacas mi lado más tierno.

¡Anti, he llegado!

Por favor, cuando puedas habla con Theo.

Está hecho un trapo. 13:52

¡Gracias por avisar, bonita!

No le eches cuenta.

Es un acojonado.

Dale unos días. 14:00

Se quedó por unos segundos en la cama, mirando al techo y sin saber bien qué hacer ¿Se lo contaba a Dalía? ¿Fingía normalidad? ¿Llamaba a Claudia? Decidió una vez más dejarse llevar. Se mordía el labio inferior con rabia contenida. Tenía unas ganas enormes de echarse a llorar. Se obligó a levantarse y hacer algo productivo para aislar todos los pensamientos que en ese momento no era capaz de asimilar.

Eres lo más importante en mi vida junto con Claudia y mi madre.

No temas, porque siempre voy a volver.

Recuerda que lo he hecho hasta cuando no merecía la pena. 14:11

Soy gilipollas...

Lo intento, de verdad. 14:12

Recurre a tu hermana si quieres desahogarte. 14:13

Claro y que te informe de paso. 14:15

No lo he dicho por eso. Entendería que no lo hiciera.  
Me preocupas, mucho. Solo eso.  
Me voy a ir a comer porque creo que al final nos podemos enfadar y las letras aquí se malinterpretan. 14:17

Lo siento. 14:18

Yo también.

Un beso. 14:19

Salió de la habitación y llamó con delicadeza a la puerta de la de Dalía.

—¿Nos vamos a comer?

Abrió casi al instante.

—Habrá que buscar algo.

—Creo recordar un sitio que te puede gustar.

—¿Cómo? ¿Conoces esto?

Vera hizo un mohín dubitativo.

—Bueno...

—¿En serio?

—Vine al festival con Claudia hace un par de años.

—¡Ostras! Entonces te va a resultar una crónica muy fácil.

—No, porque no la voy a escribir yo.

—¿De verdad?

—¡Claro! Has venido para algo, ¿no? Venga, vámonos que te invito.

No le contó nada de su llamada con Theo, ni de lo preocupada que estaba en realidad. Se hacía muchísimas preguntas sin respuesta que tal y como llegaban se iban.

Comieron con vistas al lago. La brisa agradable se podía sentir en la piel.

Hicieron fotos de un lugar en el que ya se notaba la afluencia de público del festival y en un supermercado cercano compraron algo de comida, fruta, café y leche, para tener algo en la nevera si fuera necesario y también para poder desayunar.



Decidieron pasar por el stand de acreditaciones y ver si ya estaba abierto.

Lo estaba.

El kit de prensa venía en una mochila del festival llena de mapas de la zona, sitios de interés turístico, una botella de vino y una propuesta de visita al sendero temático del vino Montreux de ocho horas de duración.

Dalía sacó la botella de la mochila.

—Sé de dos que se van a dar un homenaje.

—Mañana hay que madrugar.

—Una copita en la terraza, ¿no?

Vera lo que en realidad quería era irse a dormir. Estaba agotada. Meter la cabeza debajo de la almohada, llorar, gritar y descansar.

Todo en ese orden.

Todo para soltar tensión.

No habló con Theo más pero sí recibió un mensaje de él pasadas las diez de la noche.

Ve, perdóname.

Me gusta tener todo controlado  
y las inseguridades me  
convierten en un  
crío pequeño. 22:09

No te preocupes, ratón.

No pasa nada. 22:15

Hablamos mañana, pistolera.

22:15

Te llamo por la mañana,  
vaquero. 22:18

En la soledad de su cama suiza analizó cada peldaño de su vida. Escalón por escalón.

Su vida.

Su infancia.

Su familia.

Su padre.

Su enfermedad.

Claudia.

Pedro.

Sus disputas.

Su trabajo.  
Sus huidas.  
Sus días felices.  
Su ruptura.  
Sus días infelices.  
Su adiós para siempre.  
Antía.  
Theo.  
La familia.  
Siempre, Claudia.  
Su madre.  
Su novio.  
El de su madre.  
Su trabajo.  
Irse.  
Su trabajo.

...

Sentía que había llegado al final de la escalera.

«¿Qué más necesitas?». Se dijo en voz queda.

Lloró en soledad.

Lo hizo porque necesitaba purificarse entre tanta presión, por necesidad y por ella.

La mañana había amanecido fría y Vera estaba cansada de dar vueltas en la cama.

Se levantó, se preparó una taza grande de café, se puso un fino jersey de hilo y mientras esperaba que Dalía se despertase se marchó a la terraza del salón a ver amanecer.

Hizo una foto con el móvil y se la mando a Theo.

Tú, aquí, ahora. 06:54

Ojalá. 07:02

¿Te vas ya a trabajar? 07:03

Sí, en breve. 07:03

¿Cómo estás? 07:03

Con una sensación rarísima, la verdad.

Como si tuviera resaca. Pero estoy bien. Acostumbrándome a esto.

De nuevo, siento lo de ayer. 07:05

Somos un equipo, así que no hay nada que perdonar. 07:07

Lo llamó.

No contestó.

—¡Mierda!

Recibió un nuevo mensaje de él.

Pequeña, tengo que salir ya.  
Tengo que estar antes de las  
ocho en la otra punta de  
Madrid. 07:07

Esto también me lo podías haber dicho por voz. 07:08

No quiero hablar contigo dos frases y colgar... Hablamos luego, te lo prometo.  
Hablamos de verdad..., viéndonos.  
¿vale? 07:09

Espero.  
Por cosas como estas odio el *WhatsApp*.. 07:10

Preparó la jornada con Dalía. Eran conscientes de que se marcharían a dormir tarde, así que no tendrían horarios para levantarse.

En el primer día las actuaciones comenzaban a las ocho de la tarde y se prolongarían hasta bien entrada la madrugada. Por lo que irían juntas a esos primeros conciertos y, ya a partir del segundo día, se separarían entre los distintos escenarios.

Vera tenía la intención de recorrerse pueblos cercanos y ver la afluencia de turismo por los alrededores. Montreux era una zona bastante turística y con un programa cultural muy amplio. Siendo muy conocidos sus festivales de televisión y humor.

Vera frivolisaba contándole estas anécdotas a Dalía.

—En definitiva, Dalí, Montreux es un festival.

—¡Ya ves!

—¿Te importa si me llevo el coche? Si quiero moverme por los alrededores sería interesante dormir por ahí, poder traerte material jugoso de las zonas menos conocidas y hacer una crónica con sus propios matices atípicos. Me da la sensación que en el fondo esto es lo que es y que los pueblos de alrededor se benefician de lo que aquí se vive, pero sin

demasiadas grandezas.

—¡Perfecto! Yo me puedo mover por aquí en transporte público. Aunque me da un poco de vértigo enfrentarme a esto sin ti... pero,

¿quién dijo miedo?

—Si te ves más cómoda moviéndote tú por los pueblos... Sonrió.

—No me veo cómoda con nada. Poco a poco, por favor.

—De momento coge la cámara que nos vamos de paseo.

La llevó de ruta por los monumentos musicales de la ciudad, tan presentes como el frío carácter de los lugareños.

Vera le contaba como Montreux era el lugar ideal para los entusiastas de la música, como era su caso y el de Claudia.

Visitaron la estatua de Ray Charles, la de Aretha Franklin y, por supuesto, la de Freddy Mercury, con su puño en alto clavando su férrea mirada en el lago Lemán.

Le hizo una foto y se la mandó a Theo junto al texto «*The show must go on*» pero aunque la vio, no le contestó.

Eran muchos los turistas que se fotografiaban con la estatua y les fue prácticamente imposible realizar una instantánea de Freddy solo.

En su anterior viaje se quedó con ganas de visitar el Château de Chillon, un castillo de la edad de bronce considerado el monumento histórico de Suiza.

También pasearon por el casino Barriere.

—Fíjate el sentido que tiene la música en este lugar que este casino tuvo que ser reconstruido porque se incendió en un concierto de Frank Zappa en el año setenta y uno. El humo se podía ver sobre las aguas del lago Lemán y eso fue lo que inspiró a Deep Purple para componer *Smoke on the Water*.

»Somos unas privilegiadas por estar aquí, Dalí.

—Me dejas sin palabras, Vera. Si piensas que yo voy a ser capaz de descubrir estas cosas por mí misma...

—La información que tú me pasas habitualmente vale oro. Tan solo hay que leer mucho, hablar con la gente, informarse lo justo y dejarse llevar. También hay que estudiar un poquito, pero bueno, Montreux para mí es algo excepcional. Normalmente no sé tanto de los sitios a los que voy. El que viniera de vacaciones hace un par de años me hace conocer más de la zona, nada más.

Aprovecharon la tarde para descansar en casa y preparar el equipo que se iban a llevar a los primeros conciertos.

Vera se encerró en su habitación con la intención de hablar con Theo.

No le contestó a la llamada.

Diez minutos después la llamó él.

Parecía que se encontraba en casa de Antía y Sergio.

—Me tienes preocupada todo el día, Theo.

—Te eché cuenta y me vine a ver a mi hermana después de trabajar.

—No entiendo lo que te está pasando. Lo intento, pero no lo entiendo.

—¿Tienes un ratito para hablar?

—¡Claro! Sino no te estaría llamando. ¿Me vas a ser sincero?

—Sí. Pero tenme paciencia por favor, porque no sé por dónde empezar.

—¿Te importa si abro el portátil y te vuelvo a llamar? Aguantar el móvil es incómodo y así me puedo sentar en la cama.

—Vale.

No tardó ni dos minutos.

—Ya. Perdona.

—Nada, pequeña.

Se pasó la mano por la sien.

—Cuéntame.

—Espero que no te moleste que le haya enseñado las fotos a mi hermana y tu crónica. No quería enseñarle la foto del hospital, pero al final lo he hecho porque creo que forma parte de mi caos mental.

—No me importa. No te preocupes por eso.

»El que fueras el primero en verla es porque a Claudia le duele mucho recordar todo aquello. Por eso nunca la vio.

—Sé que te lo pedí yo, Vera. Sé que fui yo quien quería ver todo lo que habías hecho o vivido, pero no puedo estar a la altura de eso. De tus viajes, de tu vida fuera...

—¿Me vas a dejar, Theo?

—No quiero dejarte.

—Pero...

—¿Cómo lo hacemos?

—Dame quince días. Catorce ya.

»Dame eso y luego vemos.

—Es que... A ver, yo no te voy a pedir nunca nada que no quieras, Vera. Pero tú y yo sabemos que no es fácil.

Créeme, nada, absolutamente nada, justifica lo que hizo Pedro contigo. Pero yo, que te quiero como jamás habría podido imaginar en tan poco tiempo, veo un abismo enorme entre nosotros.

—No seríamos los primeros que viviéramos una relación en la distancia.

—Ni los últimos que se degradan porque al final olvidan cómo echarse de menos.

Vera no sabía qué contestar, cómo reaccionar, ni qué hacer.

—Vera, vida..., no solo te doy catorce días. Te doy todos los días. Yo no me voy a ir. No voy a huir. Pero que esto es jodidamente difícil, sí. Lo es.

—Theo, lo único que no le puedo poner a lo nuestro, a nuestro futuro ahora mismo, en este preciso momento, son fechas..., no sé adónde iré, cuándo volveré, cuánto tiempo tendremos. Pero si me dijeran que el poco tiempo de calidad que voy a tener lo voy a pasar contigo para mí ya merece la pena. Para mí, quererte es suficiente.

»Y si seguimos analizando cada minuto, lo que parecemos es ser dos cobardes justificando sus temores y yo no quiero andar justificándome.

—Tú estás acostumbrada a esto...

—Bueno, esa respuesta es muy fácil decirla.

»Dame unos días, anda. No lo pienses y dame estos días.

»Y por favor, no dudes que para mí tampoco es fácil afrontar esto estando lejos.

Theo permanecía en silencio.

—Mira, te comprendo. De verdad que te comprendo, Theo. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—¡Claro!

—¿Merecemos la pena?

—¿Lo dudas?

—Pues la piscina no está vacía, vaquero. En ti está el lanzarte o no. Yo te espero dentro. Tampoco sé hasta qué punto desconfías de mí.

—No es desconfianza, Vera. Es descontrol. Desorden. Falta de calendario.

»¿Cómo planeamos una vida en común sin fechas?

»¿Somos novios ocasionales?

»Es temor. Puro temor.

»Miedo a la costumbre, al olvido y al deterioro.

—Theo, no quiero dejarte así, pero tengo que irme con Dalía. De verdad, me fastidia muchísimo, pero tengo que irme.

»Dime, por favor, que no vas a seguir dándole vueltas a esto.

»Tira el pendrive por el váter, a la basura o haz lo que quieras con él.

»No te lo di para esto.

—¡Fue un regalo precioso, pistolera! He visto tu mejor versión...

—Mi mejor versión la tienes desde que tú llegaste a mi vida... No lo dudes nunca.

»¿Sabes? Parece que te estoy dorando la píldora para que no me abandones y me escucho como una acojonada.

»Merecemos encontrar nuestro camino a la felicidad. Estoy convencida de que ese camino te tiene a mi lado y sino... habrá merecido la pena.

»Un día menos en esta carrera de fondo, ratón. El resto, ya vendrá.

—¡Eres increíble!

—¿Eso es bueno?

—¡Claro! Llevo dos días para mandarme a la mierda y tú eres capaz de comprenderme.

—Porque me importas. Me preocupas un montón, pero me importas. Además, no te voy a mandar a la mierda por una pantalla de ordenador. — Le guiñó un ojo—. Pero sí te voy a pedir algo... No me pidas perdón por una actitud cuando luego sigues con ella.

—Soy un *dramas*.

—De manual.

Esta vez no fue capaz de abstraerse con Dalía, aunque sí que fue capaz de fingir.

Sabía que Theo estaba sufriendo.

No había nada peor que el miedo a lo desconocido y no es más que lo que le pasaba a él.

Se estaba enfrentando por primera vez a un futuro en blanco. Lo entendía.

Antía le escribió. Le dijo que no dudara ni un segundo de los sentimientos de Theo y que eran precisamente esos sentimientos los culpables de sus actos recientes.

Ella llamó a Claudia.

La Enana ejercía más a menudo de hermana mayor que ella misma.

—Vera, merecéis la pena. Él no es Pedro. Tú no eres la que estaba con Pedro. Escúchate y muéstrate a él. Entonces llegaréis a comprenderos.

»Porque ¿dónde queda tu opinión? ¿dónde quedas tú? ¿qué quieres tú?

—Yo lo quiero a él.



—Pues como decía Joaquín Prat..., ¡A jugar!

—Te echo de menos, Enana. Este festival eres tú y me haces tanta falta aquí, ahora...

—Estoy... Recuerda, es mi mano invisible la que te sujeta, solo que ahora creo que no va sola.

—Te quiero, Clau.

—Tampoco pienses tú más de la cuenta, ¿eh?

—No, tranquila.

Colgó el teléfono a Claudia tras alejarse hasta la zona de aparcamientos para poderla escuchar con claridad. Dalía se encontraba entrevistando a algunos de los patrocinadores concienciada en su papel de cronista.

Se apoyó en un coche con matrícula belga y el maletero cubierto de pegatinas musicales.

Volvió a analizar «los escalones torcidos de Vera».

Su vida.

Su infancia.

Su familia.

Su padre.

Su enfermedad.

Claudia.

Pedro.

Sus disputas.

Su trabajo.

Sus huidas.

Sus días felices.

Su ruptura.

Sus días infelices.

Su adiós para siempre.

Antía.

Theo.

La familia.

Siempre, Claudia.

Su madre.

Su novio.

El de su madre.

Su trabajo.

Irse.  
Su trabajo.  
...Más peldaños.  
La soledad.  
La incertidumbre.  
El tiempo.  
El futuro.  
Theo.  
Claudia.  
Su trabajo.  
Theo.  
Su trabajo.  
Theo.

## Capítulo 12

### Déjame que te cuente

No había probado bocado en la cena y apenas compartió palabras con Dalía tras llegar a casa. Estuvo un par de horas sentada en terraza de su habitación con una infusión en las manos que ni siquiera fue capaz de terminarse. Con la vista perdida en las luces del puerto y pendiente del relajante susurro del lago. Tenía muy claro lo que quería, pero las inseguridades de Theo se convertían en un pequeño parásito alojado en la boca de su estómago, cerrándole tanto el hambre como las ganas.

La última vez que miró el reloj eran las dos de la madrugada y aun no habían llegado a casa. Cuando se marchó a dormir prácticamente amanecía. Estaba preparando una bolsa para irse a recorrer los pueblos de alrededor mientras Dalía se recorrería los conciertos y la noche en barco. Su intención era visitar los pueblos de la zona rodeando en círculo el lago Lemán desde Montreux a Ginebra y desde Ginebra a Montreux. Comenzaría su ruta por la zona francesa del lago. Un recorrido con menos pueblos que por la zona suiza.

Buenos días, ratón.  
Salgo de ruta con el coche.  
No sé a qué hora podremos  
hablar. Dime que estás mejor.  
9:07

*Step by step.*  
*Brick by brick.* 09:12

*Yeah.* 09:13

¿Dónde te vas? 09:14

*Stone by stone?* 09:12

:) 09:13

Voy a rodear el lago Lemán.  
Primero por la zona francesa  
hasta llegar a Ginebra  
y, desde allí, mañana a  
Montreux por la zona  
suiza. 09:17

Suena bien.

Ten cuidadito. 09:17

Te llamo a la tarde, amor.

¿Facetime? 09:17

¡Obvio! 09:18

A las diez de la mañana ya estaba metida en carretera. La vista era maravillosa. Rodear el lago se le antojaba un buen plan para alejarse del turismo y del festival. No tenía ganas de diversión desmedida, de conciertos y, sobre todo, no tenía ganas de ocultar su drama a Dalía.

Desayunó en Port-Valais, una pequeña región a dieciséis kilómetros de Montreux. En Le Bouveret. Precioso, con encanto y convirtiéndose en el lugar donde cicatrizar heridas invisibles de vida.

Prosiguió hasta Thonon-les-Bains, donde comió más temprano de lo habitual su plato más típico, la *tartiflette*.

Lo cierto es que no se diferenciaban mucho de las patatas gratinadas que hacía Claudia algún que otro fin de semana.

Había mucho turismo europeo tanto en Port-Valais como allí, pero tenía que ver más con la época estival que con el propio festival. Probablemente la vuelta le fuera más productiva al coger la zona suiza.

Tomó café en Douvaine y cuando se quiso dar cuenta ya se encontraba en Ginebra.

No llamó a Theo.

Dejó el coche en el parking y *la bolsa en la habitación del hotel que había reservado para pasar la noche. Cogió la mochila que le habían regalado con el kit de prensa y salió del hotel a las cuatro y media de la tarde.*

Lo había pensado durante toda la noche.

Lo pensó con vistas al lago desde la terraza de su habitación temporal mareando con la cuchara una taza de té.

Los nervios la comían por dentro.

La iban devorando poco a poco como la ilusión desmedida de por fin estar haciendo lo correcto.

¡Le había costado tantos años saberlo y, a su vez, había derramado tantas lágrimas ahora tan carentes de sentido!

Eran casi las nueve y media de la noche cuando se bajó del taxi. Cogió la mochila y caminó con prisa.

Suspiró varias veces antes de dar el último paso. Agitó los brazos con fuerza para soltar la tensión que se le había acumulado en el cuello y hombros.

Lo iba a hacer.

No había vuelta atrás.

Llamó al timbre y seguido a la puerta con los nudillos. Estaba despeinada, tenía ojeras y le pesaban las piernas.

Cuando abrió la puerta lo vio más guapo que nunca.

—¡Vera!

—¡Hola! No he tenido tiempo de llamarte. —Le temblaba la voz y las lágrimas se le acumulaban en la cuenca de los ojos—. ¡Espera!

Soltó un suspiro sonoro.

Theo se abrazó a ella con fuerza.

—¿Qué haces aquí?

—Rescatarte. Como Julia Roberts a Richard Gere en *Pretty Woman*. —*Sonrió*—. *¿Puedo pasar?*

—¡Claro, claro! Perdona. —Le dejó el espacio justo para que pasara—. ¿Y tu maleta?

—En Ginebra. En un hotel. Nadie sabe que estoy aquí. Necesito sentarme porque creo que me voy a caer.

Sacó una botella de agua de la mochila, le quitó el tapón y le dio un sorbo.

—Vente. Ven. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Sí, estoy bien. Tenía que verte. —Lo besó con ternura—. Tenía que venir.

—¿Por mí?

—Y por mí.

Le acariciaba la mejilla, con la mano derecha.

Se quitó la mochila y la dejó a un lado en el suelo.

De pie en el salón de la casa de Theo, lo miraba, le sonreía y no se lo creía.

—Estás muy guapo.

—Tú estás hecha un horror.

—Lo sé.

—Pero igualmente preciosa.

—No me mientas.

—No te miento.

—Bueno, ¡joder! Estoy de los nervios.

—Tranquila. Respira.

—Me hago pis, dame un segundo.

—Estás en casa.

En realidad, también necesitaba tiempo para ordenar las ideas.

Sentada en su baño. Mirándose en el espejo. Recolocándose el pelo. Lavándose la cara. Contando hasta diez. Soltando aire. Saliendo del baño.

—No sé por cuánto tiempo vienes ni qué haces aquí, pero tengo el corazón a mil por hora, pistolera. ¡Estás aquí!

La abrazó.

—Estoy aquí —le susurró al tiempo que lo besaba entre el hombro y el cuello—. Mi vuelo de vuelta sale a las nueve y veinte de la mañana. No quería llamarte por *Facetime para hablar de cosas serias, Theo, y me niego a que sufras por mí.*

Lágrimas nerviosas comenzaron a surcar su rostro. Theo se las limpió con el reverso de la mano.

—No sé qué decir. ¡Estoy aquí! Sabes que iba a seguir aquí pese a lo cuesta arriba que se hiciera esto.

»Te quiero por estar aquí. Te quería sin estarlo.

—No digas nada. Espera. —Se tomó unos segundos—. Theo, me he dado cuenta de que me he pasado la vida corriendo de un lado a otro y que en realidad siempre he estado muy perdida.

»La vida está hecha para arriesgarse.

»Yo no te puedo pedir que arriesgues y no hacerlo yo.

»He vivido cómodamente teniendo una vía de escape con escalas y, ¿sabes?, quiero llegar a casa y que alguien me espere o que ese alguien llegue a casa y yo lo esté esperando.

»Quiero enfermar, que me cuiden y me arropen.

»Quiero enfadarme mirando a los ojos y llorar con rabia escupiendo sandeces.

»Y sí, también quiero ser mamá.

»Quiero formar una familia y quiero tener un hogar.

»Quiero todo lo que Harry le prometió a Sally en su noche de fin de año.

»Quiero querer y que me quieran.

»Quiero sentir que estoy en casa cuando llego y no cuando me voy.

»Quiero ser siempre quien soy cuando estoy contigo.

—Espera, Vera. Yo no puedo permitir que lo pierdas todo. No lo tires todo por la borda... Sí, he sido un gilipollas las últimas cuarenta y ocho horas, pero no sé... Es tu felicidad.

—No pierdo, pequeño. Gano. Gano muchísimo.

»Elijo vivir.

»Te elijo a ti en mi vida.

—¿Y si te equivocas en la elección?

—Pues elijo equivocarme contigo.

»Llevo años regalando mi vida y mi tiempo a algo intangible.

»Viajar te da cultura y conocimiento, pero también te da un puntito de prepotencia muy desagradable. He pagado mi precio y creo que ya he cumplido.

»He perdido mucho por el camino y es lo que ahora tengo lo que de verdad no quiero perder.

»Así que... ¡Ya está!

»Se acabó.

»Me planto aquí.

»Me da igual si hay quien no lo entiende.

»Se acabó el sufrir y el hacer sufrir.

»Te quiero, Theo y eso, ¡joder!, eso gana a absolutamente todo.

Theo le sujetó las mejillas con las dos manos.

—¿En serio? ¿Estás segura? ¿Quieres que se acabe? Yo puedo...

No le dejó terminar. Le acarició la mejilla y con una sonrisa tranquilizadora le sentenció: —En serio, ratón. Desde hoy, y si lo quieres, te regalo todo el tiempo del mundo y todos los días de mi calendario.

Y mirándola a los ojos, con la sonrisa reflejada en el brillo de los suyos, asintió.

## Agradecimientos

A mi familia. Los mejores.

Los que siempre están pese a todo. Mis padres, hermanos, cuñada y, la que sin duda nos regala amor en su forma más incondicional y sincera, mi sobrina.

Sobra decir cuánto os quiero.

A los Cárdenas y los Sánchez. A los que están y a los que no.

A Rafa Pérez. Por cantar por Massiel conmigo, por improvisar letras con una guitarra desafinada, por las charlas, las risas, los libros y lo que nos queda por vivir.

Por ser un loco y que de tu locura nazcan nuestros sueños.

A la familia que yo elegí, mis amigos:

A los Delgado Farelo. En especial a Gonzalo, por explicarme la historia de Tharsis con tanto amor y devoción. Eres un pozo de sabiduría.

A Carmen, Noe, Dani y Leo. Por todo y más.

A Ali, Javi y Vera, quien antes de nacer ya nos regaló un momento cargado de magia respecto a esta historia.

A Macu y Javi. Porque da igual el tiempo que pase. Juntos seremos jóvenes eternamente.

A Patri del Sol. Porque eres un regalo de la vida. Tu humildad y tu talento no son comparables con tu enorme corazón. Gracias por ponerle cara una vez más a mis historias.

Espero que hayas sabido encontrarte dentro.

A María Villalón y Mario Jefferson. Por nuestro grupo de *WhatsApp*, por las risas y la sinceridad, porque la ilusión de uno es la de todos. Seguimos siendo unos niños convencidos de hacer posible lo imposible. Os quiero.

A Pilar Diego y Sara Trejo, por ser primeras lectoras y vivir mis letras como si fuerais protagonistas. Porque no hace falta estar cerca para sentirnos cerca.

A Estrella Correa y Elizabeth Bermúdez. Por ser compañeras de letras. Por ser inspiración e ilusión, porque encontrarnos era necesario y porque mi vida con vosotras es mejor.

A Pilar Osso. Por enseñarme tanto, por disfrutar de cada pedaleo, refresco, vino, directo o fiesta. Porque la televisión contigo es mejor y, sobre todo, por ser imprescindible.

A Adolfo Zarandieta y Dalía Ramos. Porque esta historia nació en una sobremesa en mi casa con vino y croquetas. Es un privilegio veros, quereros y teneros.

A Huelva Televisión y todo su equipo. En especial a Luisito y Sonia.

A María José Blaya y Feli Goyanes. Porque, aunque somos unos culturetas de pega, hacemos todo lo posible por aprender cada día y lo hacemos juntos. Por favor, no os vayáis nunca.

A Berta Hernández. Tienes la capacidad de conseguir todo lo que te propongas. ¡No



dejes de soñar, amiga!

A Andrés Barrero, Mariví y Andresete. Sois otro regalo de la vida. Gracias por cada lectura, por cada consejo, por cada cena y por cada recomendación. Porque las letras os trajeron a mi vida y ya no la concibo sin vosotros en ella.

A Susana Torres y Mari Ángeles Gallego. Por ser más amigas que compañeras. Porque la adversidad nos unió y lo hizo para siempre.

A David Aranda. Por regalarme las lecturas más emotivas, por hacer tuyas (que lo son) mis historias y con ellas volver a creer en lo que creías perdido. Haces que todo merezca la pena. Eres puro talento.

A Fatima Hani y las chicas del Le Petit Café (en especial a Rocío, Virginia, Isa y Ester) Porque gran parte de esta historia fue escrita en sus mesas, con un café, muchas risas y amistad sincera. Porque en ningún sitio huele a café como en casa.

A Luis Santa María. Por llevarme de la mano hasta Blue Ox y regalarme el entorno perfecto para la portada de esta historia. Eres una de las mejores personas que me trajo la casualidad. Gracias siempre, amigo.

A todos los que formáis parte de mi vida. A los que se me olvidan.

A los que habéis dedicado vuestro tiempo en leer o reseñar mis historias.

A los oyentes de El Camarote por formar una preciosa familia en torno a un programa de radio.

A ti, que acabas de llegar y lo haces para quedarte.